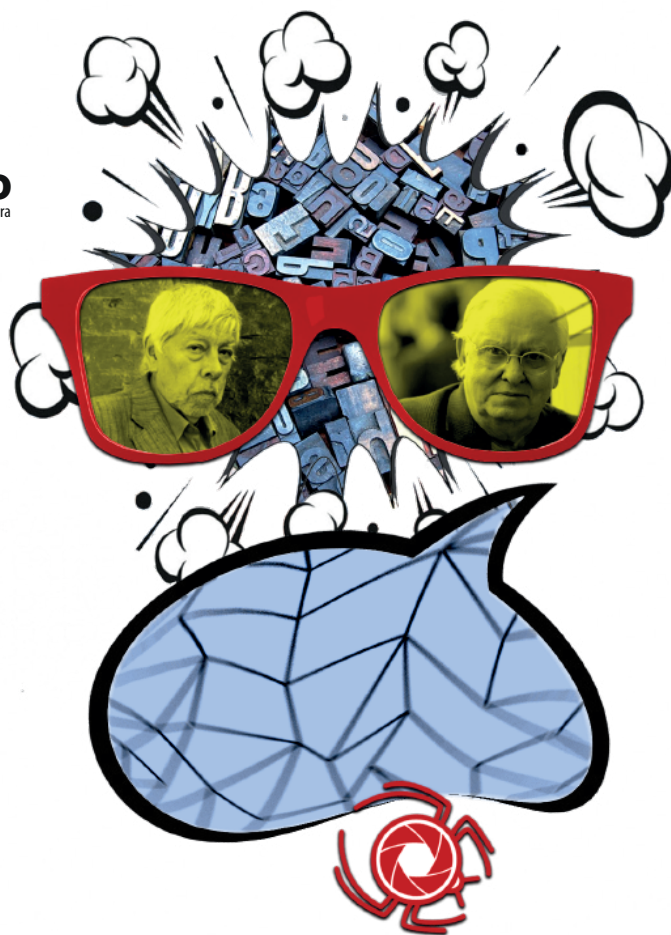


UniRío
editora



Intersticios

Abordajes teóricos y metodológicos sobre las obras de
Ernesto Laclau y Eliseo Verón desde el análisis del discurso político

Ivana Andrea Bridarolli

ISBN 978-987-688-537-9

e-book

Colección Académico-Científica **C*Q+C**

Bridarolli, Ivana Andrea

Intersticios : abordajes teóricos y metodológicos sobre las obras de Ernesto Laclau y Eliseo Verón desde el análisis del discurso político / Ivana Andrea Bridarolli. - 1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2023.

Libro digital, PDF - (Académico científica)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-688-537-9

1. Análisis del Discurso. 2. Semiótica. I. Título.

CDD 808.5

Intersticios. Abordajes teóricos y metodológicos sobre las obras de Ernesto Laclau y Eliseo Verón desde el análisis del discurso político

Ivana Andrea Bridarolli

2023 © UniRío editora. Universidad Nacional de Río Cuarto

Ruta Nacional 36 km 601 — (X5804) Río Cuarto — Argentina

Tel: 54 (358) 467 6309

www.unirioeditora.com.ar

ISBN 978-987-688-537-9

Primera Edición: *junio de 2023*

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina — Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial del texto de la presente obra en cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y escrito de la Editorial.



Uni. Tres primeras letras de “Universidad”. Uso popular muy nuestro; la Uni. Universidad del latín “universitas” (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.

El río. Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.

La gota. El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un “nosotros”.

Conocimiento que circula y calma la sed.

Consejo Editorial

Facultad de Agronomía y Veterinaria
Prof. Alicia Carranza y Prof. Mercedes Ibañez

Facultad de Ciencias Humanas
Prof. Graciana Perez Zabala

Facultad de Ciencias Económicas
Prof. Clara Sorondo

Facultad de Ingeniería
Prof. Marcelo Alcoba

Facultad de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales
Prof. Sandra Miskoski

Biblioteca Central Juan Filloy
Bibl. Claudia Rodríguez y Bibl. Mónica Torreta

Secretaría Académica
Prof. Sergio González y Prof. José Di Marco

Equipo Editorial

Secretario Académico: *Sergio González*

Director: *José Di Marco*

Equipo: *José Luis Ammann, Maximiliano Brito, Ana Carolina Savino
Lara Oviedo, Daniel Ferniot, Roberto Guardia, Marcela Rapetti*

*A Benicio Tomás y Tizziana Olivia,
que iluminan mi vida cada instante.*

A mi compañero de vida, Carlos, de quien aprendo todos los días.

*A mis padres Jorge y Adelma, quienes me acompañan
de manera incondicional.*

A mi hermana Mónica.

Índice

Prólogo.....	8
Introducción	11
1. Creando puentes entre las obras de Ernesto Laclau y Eliseo Verón	11
2. Estructura y transitividad de los capítulos. Voces polifó- nicas en lo decible y lo indecible	15

Capítulo I

Discurso, sujeto y política. Dinámicas interaccionales sobre el discurso político	17
1. Aportes teóricos para armar la discursividad	19
1.1. Nominaciones teóricas desde lo politológico	19
1.2. Directrices de significados: análisis político del discurso	23
2. Herramientas teóricas desde lo semiológico	33
3. Desplazamientos y giros. Transitividades politológicas y sociosemióticas sobre el discurso	43

Capítulo II

Implicancias y aproximaciones del análisis político del discurso .	47
1. Legados intelectuales: posmarxista, posestructuralista y posfundamento	47
1.1. Posmarxismo, algunas consideraciones desde Laclau	49
1.1.1. Posmarxismo, inscripciones desde la perspectiva de Verón	58
1.2. Posestructuralismo, aproximaciones desde Laclau y desde Verón.....	62
1.3. Posfundamento, algunas nociones desde el discurso político	67

2. Articulaciones, posicionamientos en construcción sobre el discurso político.....	70
---	----

Capítulo III

Teoría del discurso político.....	74
Consideraciones teóricas: hegemonía, discurso y desplazamiento de la política y lo político	74
1. Hacia una noción ontológica de la política en el discurso	77
2. Aproximaciones a la Teoría del discurso	80
3. Características principales de la Teoría del discurso.....	85
3.1. Antagonismos y formación de Fronteras Políticas	90
3.2. Significantes vacíos y flotantes	97
3.3. Articulaciones políticas y hegemonía	100
3.4. Lógicas de la equivalencia y de la diferencia.....	102
3.5. Demandas democráticas y populares	103
3.6. Heterogeneidad radical.....	105
4. La genealogía de una categoría de análisis: hegemonía	107
5. Notas acerca del legado intelectual de Ernesto Laclau. Bases ontológicas de la política	114

Capítulo IV

Enunciación y discurso en movimiento. Delineando y configurando marcas discursivas sobre los discursos políticos...	116
1. Algunas precisiones teóricas.....	117
2. Dispositivo de enunciación: discurso político	130
2.1. Destinación	133
2.2. Entidades del imaginario político	137
2.3. Componentes.....	138
2.4. Marcas de la enunciación en el enunciado	140

3. Posibilidades de articulación teórico-metodológico	146
Conclusiones.....	148
Hallazgos y disrupciones en la trastienda de lo decible e indecible.....	151
Referencias bibliográficas.....	153
Bibliografía de publicaciones y comunicaciones científicas producidas y vinculadas con la investigación.....	161

Prólogo

Prologar el libro de Ivana Bridarolli es una inmensa alegría. Recuerdo muy bien los inicios de su estudio en la carrera del Doctorado en Ciencias Sociales que dicta la Facultad de Ciencias Humanas-UNRC. Lo recuerdo porque son los primeros pasos en la estructuración de su tesis que la llevará a lograr el título de Doctora en Ciencias Sociales. Lo recuerdo también, porque me propuso ser el director de su trabajo. Rápidamente lo acepte.

Este libro es el compendio de un trabajo mucho más voluminoso que escribió Bridarolli a lo largo de su experiencia de tesista doctoral. Usted lector tiene apenas algunas de las páginas que dan fruto a una discusión densa y profunda sobre cómo entender los discursos en el pensamiento de dos autores claves de la literatura especializada: Eliseo Verón y Ernesto Laclau.

A lo largo del texto, Ivana lleva adelante un pormenorizado análisis de las posturas de cada uno de los autores citados. Pero no solo describe e interpreta sus posiciones, sino con apoyo de una copiosa bibliografía da cuenta de que esos intelectuales logran proponernos unos modelos de análisis que se inscriben en la tradición de varias escuelas del pensamiento sobre los análisis de los discursos.

Así, Bridarolli, rescata autores y escuelas de las más diversas perspectivas con la finalidad de buscar articulaciones con las posiciones de los autores principales tomados para su análisis. Desde el estructuralismo clásico hasta posiciones posfundacionales, pasando por miradas críticas marxistas y neo marxistas, recorren el abanico propuesto por la autora para presentar las posiciones tanto de E. Laclau como de E. Verón.

Si este trabajo es de por sí enorme, toda vez que implica que Bridarolli realice un esfuerzo de síntesis fenomenal del pensamiento de Laclau y Verón, desagregando dimensiones y categorías que dan cuenta de modos de encarar el análisis de los discursos. Más lo es porque, además, se inmiscuye en contener esos planteamientos en los límites de una actividad particular como es el análisis del discurso político. Aquí, I. Bridarolli, pone el esfuerzo en descomponer los

grandes relatos de cada autor y pensarlos de manera operativa con la finalidad de que no solo sean un relato global, meramente referencial, sino la posibilidad de ser incrustados en análisis específicos.

No conforme con la caracterización de cada uno de los autores fundamentales para su estudio, Bridarolli, lleva a cabo una significativa experiencia intelectual de buscar vínculos entre dos escritores representantes de corrientes teóricas, en principio, alejadas entre sí. Así, la autora construye “puentes teóricos” para conectar lo que parece difícil lograrse: la teoría política de la hegemonía desarrollada por E. Laclau y la perspectiva semiótica del análisis del discurso dada por E. Verón.

Aquí lo rico del trabajo de Bridarolli. Aventurarse en un debate con escasa tradición. Pero Ivana supo surfear por aguas turbulentas. Supo tomar el timón y orientarlo en medio de disputas teóricas nada fáciles de sobrellevar. Supo cual era el puerto al que debía llegar. Y lo hizo sin renunciar a las profundidades del debate que significa poner a dos intelectuales de la talla de Verón y Laclau en un mismo paño de conocimiento.

Y los hizo dialogar. Al modo de una mediadora que intenta lograr acercar posiciones. Ivana Bridarolli, consiguió que dos tradiciones teóricas encontraran espacios comunes para comprender, interpretar e interpelar los discursos llegados de un campo tan ríspido y tensionado como es el de la política.

Al hacerlo, Bridarolli, hace emerger consideraciones propias. Valoraciones sobre los *puentes teóricos* generados entre las dos posturas iniciales, lo que le vale crear un corpus de referencia valiosa, ahora diferente, a lo que proponen inicialmente Laclau y Verón. El diálogo que lograr entre estos autores le da sustento a sus propios fundamentos y eso es lo que se destaca en el planteo de Bridarolli. Su visión personal sobre lo que debe ser el momento del análisis de los discursos políticos. Un entramado teórico y metodológico denso, complejo y profundo surge de los razonamientos de la doctoranda Bridarolli.

Cierro el prólogo con palabras de la propia Bridarolli, que dejan constancia de las tensiones, contradicciones y sugerencias que deben

ser consideradas en el momento de cruzar visiones como las de E. Laclau y E. Verón en el análisis de los discursos políticos:

“Se reconoció la inherente dimensión relativa, parcial y contingente del conocimiento sobre el discurso político en Laclau y Verón. Ello implicó la necesidad de la reflexión crítica y el reconocimiento de las potencialidades en la reformulación que aloja su acervo teórico y metodológico. Involucró también formas de pensar la pluralidad de los sujetos políticos, la conflictividad, el antagonismo, la alteridad y la mediación significativa entre los discursos sobre la construcción de las identidades políticas y la relevancia que adquiere la hegemonía para el territorio situado...”.

Estimado lector, seguramente la lectura del libro le genere nuevos interrogantes sobre lo que usted ya conoce acerca de las teorías y metodologías del análisis del discurso. Si el libro consigue eso, Ivana Bridarolli habrá logrado transferir conocimientos novedosos a todos los interesados en la materia. De eso estoy convencido...

Ivana, nuevamente gracias.

Dr. Ramón Monteiro

Introducción

«Otro Logos es lo que su enunciado dice: un pensamiento del afuera, cuya misma dis-localización hace hablar a ciertas verdades atascadas en lo ya dicho; y es ese desvío desobediente el que produce lo político en la palabra y viceversa»

Eduardo Grüner

1. Creando puentes entre las obras de Ernesto Laclau y Eliseo Verón

El presente libro¹ tiene la pretensión de estudiar en las obras de Ernesto Laclau (1985) y de Eliseo Verón (1987) categorías teóricas que posibilitan analizar la discursividad política vinculada al análisis del discurso político. El libro propone dar cuenta de tópicos que permiten reflexionar sobre una organización general de cómo es posible, metodológicamente, leer discursos políticos. En Laclau: antagonismos, significantes, articulaciones, hegemonía, lógicas de la equivalencia y la diferencia, demandas y heterogeneidad radical. En Verón: la configuración del enunciador, la triple destinación, componentes y las entidades del imaginario político.

La noción de discursividad política puede pensarse a partir de la intersección de disciplinas con abordajes epistemológicos diversos: la politología, la sociosemiótica, la comunicación y la lingüística, las cuales encuentran en la noción de discurso convergencias interdisciplinarias: la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau (1985) y la teoría de los discursos sociales de Eliseo Verón (1987). En este sentido, algunas lecturas politológicas consideran que prevalecen ciertas contradicciones teóricas que impiden complementarlas en el análisis empírico. Esto se debe a que el caso de la perspectiva veroniana cen-

1 El presente escrito es la resultante de la investigación doctoral denominada “Las marcas de la enunciación local en movimiento. Análisis de actores y discursos políticos de la gestión gubernamental en el sur cordobés (2008-2016)”. Tesis doctoral que fue presentada y aprobada en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales de la FCH-UNRC en el año 2020, dirigida por el doctor Ramón Monteiro (UNRC) y codirigida por la doctora Fabiana Martínez (UNC/UNVM).

tra su mirada en las estrategias enunciativas; mientras que la perspectiva laclausiana centra su óptica en las prácticas de articulación hegemónica. Por otro lado, existen diferentes lecturas teórico-analíticas que intentan indagar acerca de ciertos encuentros teóricos, articulaciones, convergencias, límites y alcances entre Laclau y Verón, especialmente con la categorización de la triple destinación —paradestinatario, contradestinatario y prodestinatario (Verón, 1987a)— frente a la articulación contingente de la teoría laclausiana, pensando en fuentes de compatibilización y complementariedad otorgadas a las condiciones discursivas y a la dimensión conflictiva del discurso como así también a la noción de sujeto de enunciación.

En este contexto de intersecciones interdisciplinarias, el propósito de problematizar la discursividad política orienta la lectura en buscar los diálogos entre los pensadores acerca del discurso político. Tanto Laclau como Verón consideran que el discurso adquiere sentido social y nada se encuentra fuera de la significación. Hay acuerdos entre ambos pensadores sobre cómo entender el discurso político, pero presentan ciertas diferencias. Laclau (1985) recupera la lógica de los procesos políticos adentrándose en las materialidades discursivas, para dar cuenta de los actores sociales y políticos que trastocan bordes y contornos entre las articulaciones políticas y la gobernabilidad institucional; Verón (1987), por su parte, analiza las condiciones de producción y reconocimiento que circulan y producen representaciones políticas y sociales como modalidades significativas de entender el discurso.

Desde la perspectiva laclausiana, las diferentes lecturas dialogan con otros postulados, como los provenientes de las obras de Saussure (1945), Lacan (1973), Gramsci (2008), Marx (1978) y Althusser (1984). Desde el enfoque veroniano, son los trabajos de Peirce (1986), Ducrot (1984), Bajtín (1999) y Austin (1995) en los que se encuentran conexiones. Todos estos entrecruzamientos se inscriben en el marco de un diálogo abierto, sin restricciones disciplinares en relación al discurso, desde una búsqueda consistente con sus desafíos teóricos, tanto de manera particularizada como también desde diferentes ejes y modos de articulación que son consecuentemente dinámicos y polémicos. Los autores Saur (2018), Fair (2008), Fernández Massara (2015), Retamozo y Fernández (2010), y Bridarolli (2016, 2015a y b) son quienes tienden a inscribir directrices de significados al interior de visiones teóricas que, lejos de señalar aciertos

o desaciertos, buscan problematizar, interrogar y cuestionar conceptos que poseen especificidades propias y, en determinadas ocasiones, encuentran convergencias entre ambas teorías².

El carácter complejo del análisis del discurso político requiere de aportes de diversos campos de estudio, los cuales incorporan y circunscriben desde las nociones de Pecheux, línea francesa de la década del 80, colocando el acento en tópicos teóricos vinculados desde las lecturas marxista-althusserianas, la noción psicoanalítica lacaniana hacia la perspectiva sociosemiótica veroniana. Asimismo, se hace un recorrido por la inscripción de legados intelectuales que se ubican desde el posmarxismo, posestructuralismo, a la teoría política posfundamento. Esta última corriente considera al discurso como un elemento que representa y otorga sentidos, significación y efectos. Preestablece una estructura organizativa del orden social que, a la vez, en el campo del discurso puede ser entendido como una lectura hegemónica, desde la cual se inferen las condiciones de producción y reconocimiento que han hecho del discurso una modalidad de hacer y del decir de la política.

La complejidad de los aportes de Aboy Carlés (2001; 2011) referidas a las identidades políticas y, con ello, el desgranamiento de fronteras políticas y trayectorias ideológicas con la lectura de Panizza (2009), y los postulados de Barros (2002) respecto a los mitos o tópicos que estructuran el discurso hegemónico, anclados desde una lectura ontológica de la hegemonía, recuperada de la mirada

2 Avanzar en esta discusión constituye un área de vacancia, porque prácticamente no existen teorizaciones o investigaciones que apunten a trazar puentes analíticos y diálogos entre ambos. Salvo valiosas excepciones, se considera entonces que en otras investigaciones se deberá profundizar estos aspectos. Trabajos empíricos y teóricos podrían resultar innovadores. En el primer caso, contamos con *La semiosis social 2* de Eliseo Verón (2013). El autor se esfuerza en desplazar el eje de análisis de los soportes técnicos al uso de las tecnologías; «la secuencia de fenómenos mediáticos históricos que resultan de determinadas materializaciones de la semiosis obtenidas por procedimientos técnicos» (p. 147). La presencia de la mediatización devela la articulación de operaciones discursivas de los diferentes medios sobre las prácticas sociales, como también la bifurcación que se genera en torno a las gramáticas de reconocimiento a partir del análisis de las gramáticas de producción. En el segundo caso, artículos recientes publicados de Daniel Saur (2018) y el libro Ernesto Laclau denominado *Apropiaciones, debates y diseminación de su pensamiento en latinoamérica* (2018a) a cargo de las compiladoras Rosa Nidia Buenfil Burgos y Zaira Navarrete Cazales.

gramsciana (Balsa, 2006; 2007; 2011) son formas de abordar el análisis del discurso.

Desde la enunciación y el análisis del discurso se recurre a los aportes metodológicos de Eliseo Verón (1985), ampliando sus lecturas con los aportes de Retamozo (2010), Fair (2008), Montero (2009) y Muñoz (2008), quienes posibilitan estudiar las condiciones materiales de producción y reconocimiento de los discursos y sus marcas identitarias. Las mencionadas categorías y autores no son excluyentes de otras que son trabajadas y desarrolladas en el presente libro.

En otras palabras, los posibles cruces y confluencias metodológicas posibilitan interseccionalidad entre la teoría propuesta por E. Laclau y la teoría propuesta por E. Verón, donde el sujeto político se configura al interior del discurso, la identidad colectiva es simbólica, se inviste de mecanismos imaginarios que dotan de sentido e inteligibilidad a la acción. Se conforma la figura del sujeto político: el “Nosotros”, como configuración de lo colectivo, y el “Otro” negativo, un “Ellos”. Aquí la dimensión polémica del discurso político predomina sobre la función de persuasión porque lo que busca el discurso político es polemizarlo desde su configuración, teniendo en cuenta que existen discursos políticos que circulan con los que se está en una relación de oposición o de enfrentamiento. Esto implica que el análisis del discurso político conforma un campo discursivo en el que se dan relaciones interdiscursivas.

Las palabras no se inscriben en el vacío, sino que adquieren sentido y fuerza de transformación al articular el discurso como contexto social (conjunto de referentes sociogrupales que otorgan significaciones al discurso). Calsamiglia y Tusón (2015) conceptualizan al análisis del discurso como un instrumento que permite entender las prácticas discursivas que se producen en todas las esferas de la vida social en las que el uso de las palabras —oral y escrita— forma parte de las actividades que en ellas se desarrollarán.

Se comparte lo propuesto por Marradi (2002) al afirmar que la investigación consiste en «[...] escoger el camino, teniendo en cuenta la naturaleza de los senderos presentes en el terreno, el tiempo y los recursos disponibles» (p. 118). La tarea es dinámica y flexible, permitiendo el análisis del discurso político para conocer y profundizar la discursividad política.

2. Estructura y transitividad de los capítulos. Voces polifónicas en lo decible y lo indecible

El presente libro se estructura en cuatro capítulos teórico-analíticos, donde se desarrollan conceptos, categorías y dimensiones de manera articulada, a los fines de avanzar desde construcciones teóricas generales hacia específicas, y profundizar en los intersticios del discurso político desde E. Laclau y de E. Verón.

En el primer capítulo, se plantea una reconstrucción y articulación de la literatura bibliográfica de Laclau y Verón, puesta en diálogo con otros pensadores desde una lectura ontológica y epistemológica. Inicialmente, el discurso es una práctica social, entendido como situación de enunciación, estructura social, condiciones de producción, esfera de la vida social o simplemente contexto. Para Laclau (2000), el discurso es considerado como proceso de construcción social de sentido que abarca una multiplicidad de lenguajes; para Verón (1980) es construcción de sentido social. Desde esta última lectura, se incorpora la categoría de “discurso político”, considerada como una relación de enfrentamiento con un “Otro”, un enemigo, una lucha entre diferentes enunciadores al interior del discurso (1987; 1987a).

El segundo capítulo se orienta a recuperar de los legados posmarxismo, posestructuralismo y posfundamento una forma de leer los discursos. Así, algunas concepciones han ganado importancia en el terreno del pensamiento político, como por ejemplo el posfundacional. Marchart (2009) lo define como aquel que cuestiona la existencia de un fundamento último externo a lo social. Con esta distinción en el ámbito de la política se entiende que las prácticas ónticas refieren al conocimiento externo de un objeto terminado, mientras que la ontología centraliza en el mismo proceso de constitución de lo real. Esto contribuye a pensar los momentos instituyentes de lo social en un terreno de lógicas políticas y dinámicas de formación de colectivos sociales en el marco de la contingencia; y el funcionamiento de una dimensión de la política en un sentido óntico. Nos referiremos al campo disciplinar de la política y de lo político como ámbitos distinguibles, cuya articulación proceden de un funcionamiento lógico al interior de cada discurso.

En el capítulo tercero y en el capítulo cuarto, la convergencia que subyace entre los postulados laclausianos y veronianos permite pensar abordajes teóricos que se sitúan desde la teoría política al análisis de los discursos sociales. Esta propuesta intenta ir más allá de meras descripciones de cada pensador con sus divergencias, y busca construir andamiajes teóricos y empíricos sobre el discurso político, abriéndose a procesos de producción social de sentido incorporando al estudio del lenguaje escrito, el lenguaje oral, la imagen y las prácticas sociales. Los cruces e intersecciones metodológicas que integran el tercer capítulo, desde Laclau (2005) dan cuenta de las modalidades discursivas que los discursos institucionales en diferentes circunstancias y contextos revelan a través de las voces de los actores sociales y políticos. Se trata de articular “retóricas” (Laclau, 2002) provenientes de lógicas políticas, antagonismos y fronteras políticas en relación transversal con una estructuralidad heterogénea dada, y su vinculación con la dislocación que en algunos casos actúa de manera performativa al interior de los discursos políticos.

Las intersecciones esgrimidas del enunciador y la enunciación en clave de lectura referida a las gramáticas de producción, reconocimiento y circulación, forman parte del cuarto capítulo. Desde Verón (1987), imprimen huellas que se visibilizan en las múltiples, heterogéneas y dinámicas condiciones de producción y reconocimiento al interior de los discursos. Se recupera la construcción social y cómo la misma desplaza sentidos que se presentan en el discurso político como significantes que interpelan a las instituciones. En esa línea, el concepto de político distingue dos instancias diferentes: los discursos y las instituciones, El semiólogo argentino parte del supuesto de que las unidades de análisis significativas, en lo que hace al discurso, deben estar asociadas a condiciones sociales de producción y a condiciones de reconocimiento en un contexto determinado. Por último, las reflexiones finales se orientan a la búsqueda de proximidades analíticas y metodológicas de las teorías en tensión y promueve interrogantes en la búsqueda de líneas de investigación futuras.

Capítulo I

Discurso, sujeto y política. Dinámicas interaccionales sobre el discurso político

«Todos damos por hecho que un conjunto de marcas, líneas y espacios sobre el papel significan algo... y tendemos a olvidar que el acto de leer es una auténtica enseñanza. Más asombroso resulta si consideramos que leemos usando un cerebro que evolucionó mucho tiempo antes de que se inventara la escritura, y lo hizo para fines completamente diferentes»
Stanislas, Dehaene, 2014.

En el capítulo I se analiza, desde la perspectiva política de Ernesto Laclau³ y de la perspectiva sociosemiótica de Eliseo Verón⁴, el discurso político. Esta lectura exhaustiva del corpus teórico laclausiano y veroniano articula un enfoque de lo político y de la política. Para ello, se presenta un recorrido en clave de lectura histórica, describiendo y articulando puentes con los “giros post”⁵ marxista estructuralista y post fundamento, los cuales conforman de manera sistemática con-

3 La trayectoria biográfica de Ernesto Laclau (1935-2014) se inicia en Buenos Aires, Argentina. (1935-2014). Investigador, politólogo, profesor y Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Rosario, Universidad Católica de Córdoba, Universidad Nacional de San Juan y Universidad Nacional de Córdoba.

4 La trayectoria biográfica de Eliseo Verón (1935-2014) comienza en Buenos Aires, Argentina. (1935-2014). Semiólogo, sociólogo y antropólogo, su formación de grado filosófica la concluyó en la Universidad de Buenos Aires en 1961.

5 Para ampliar la complejidad que se advierte entre los diferentes perfiles del pensamiento político, el prefijo “post” indica un intenso movimiento de reinterpretación, más nunca de simple superación (Vergalito, 2016).

tribuciones teóricas importantes. E. Laclau, con el marxismo, desde la perspectiva althusseriana y gramsciana, la tradición estructuralista por Saussure, el psicoanálisis lacaniano, los aportes wittgensteinianos y la desconstrucción de Derrida. Desde Verón, recuperar con Peirce, Ducrot, Benveniste y Austin la mirada vinculada a un escenario en el que se articulan las narrativas, los sentidos y el significado en clave discursiva.

El análisis del discurso «se inspira en las ciencias interpretativas» (Howarth, 1995, p. 125) y busca comprender cómo, en la sociedad, los actores sociales, políticos y los sujetos actúan e interactúan recíprocamente. Esta propuesta teórica y metodológica facilita pensar desde las lecturas del análisis del discurso «de qué modo las estructuras de significado hacen posibles ciertas formas de conducta. Al hacer esto, pretenden comprender cómo se generan los discursos que estructuran las actividades de los agentes sociales, cómo funcionan y cómo se cambian» (Howarth, 1995, p. 125).

La propuesta de Laclau (1985) profundiza en la lógica de los procesos políticos para dar cuenta, en el discurso de lo político y de la política, los bordes y contornos geoterritoriales, donde se trazan imaginariamente fronteras políticas y desplazamientos identitarios sobre los fenómenos sociales y políticos. Desde las concepciones laclausianas, las prácticas hegemónicas son una forma de articulación que estructura las formaciones sociales, donde encontramos fronteras políticas, significantes, cadenas de equivalencia y diferencia. Además, en toda estructura fallida existe un enemigo público u “Otro” que genera antagonismos y ese “Otro” en la estructura forma parte de un elemento excluido radical que condiciona, modifica, la estructura.

Desde la enunciación de Eliseo Verón, el discurso se detiene a estudiar las materialidades discursivas donde se identifican las gramáticas de producción, de circulación y de reconocimiento. El semiólogo introduce la triple destinación, las entidades y los componentes que emergen de los análisis al interior de cada discurso; formaciones discursivas cerradas, pero que se complementan entre sí, ya que lo que se encuentra en una formación discursiva tiene su antecedente en otra formación y así sucesivamente. En palabras del autor, una “semiosis infinita” (Verón, 1987; 2013).

Estas miradas facilitan abordar confluencias entre la perspectiva politológica de Ernesto Laclau (1985) y la perspectiva semiológica de Eliseo Verón (1987) desde tres aspectos. El primer punto de diálogo radica en la concepción de que ambas propuestas se concentran en el post marxismo, pero avanzando analíticamente hacia un posfundamento, donde las formas de lo político y la política se van reconstruyendo y redefiniendo sobre el discurso. Nada es cerrado ni abierto por sí mismo, hay un exterior, “Otro” que modifica y transforma al discurso. Para Laclau, el exterior constitutivo, para Verón, las diferentes gramáticas de producción y reconocimiento.

El segundo aspecto que se considera refiere a la categoría discurso. En este sentido, los acontecimientos y fenómenos sociales y políticos son transversales interpelados por lo social, como construcción de sentido para Verón y como multiplicidad de lenguajes para Laclau.

Finalmente, el tercer aspecto, refiere a las trayectorias ideológicas donde el carácter hegemónico permea los hechos y acontecimientos y posibilita pensar la forma de lo político, construyendo su identidad en torno al objeto de estudio. Para Laclau, la constitución de la identidad se canaliza por medio de desplazamientos, dislocaciones y suturas de las fronteras políticas, donde emergen tensiones que se consolidan en el discurso y que dan lugar a leer los diferentes procesos políticos. Para Verón, se recuperan las trayectorias ideológicas que permiten leer una materialidad discursiva. Ahora, para leer los efectos ideológicos performativos de esas materialidades en el campo político, ancla su lectura en las gramáticas de producción y las gramáticas de reconocimiento como principios que suturan y dislocan a los discursos.

De los diálogos teóricos propuestos se desglosan aspectos de cada teoría con el fin de profundizar y discutir en los capítulos posteriores la discursividad política y sus puentes analíticos.

1. Aportes teóricos para armar la discursividad

1.1. Nominaciones teóricas desde lo politológico

En el marco de las teorías posestructuralistas, Ernesto Laclau (2011 [1987]) y Eliseo Verón (1987) han sido considerados referentes de

la teoría política del Discurso. Inicialmente, el precursor de la teoría de la hegemonía, Ernesto Laclau⁶, se nutrió de fuentes bibliográficas muy diversas⁷. En particular hubo una notable influencia de tres corrientes teóricas: la deconstrucción derridiana (1989), el posestructuralismo lacaniano (2015 [1973]) y la noción de hegemonía gramsciana (2014), incluyendo, al mismo tiempo, nociones de análisis pertenecientes a una pluralidad de pensadores como Foucault (2008 [1970], 2005 [1969]), Stavrakakis (2007; 2010) y Althusser (1984; 1967), las cuales permiten identificar contribuciones, alcances y límites para la conceptualización de categorías que posibilitan la convergencia y el entrecruzamiento con otras teorías.

«La obra de Ernesto Laclau es uno de los intentos contemporáneos más innovadores e influyentes de revivir y re articular el pensamiento político en una época en que sus fundamentos se han vuelto cada vez más inciertos» (Critchley y Marchart, 2008, p. 15). Los conceptos tradicionales en clave de lectura histórica están siendo cuestionados, por lo que hay una permanente (re)pregunta a la política, lo político, al discurso, a la hegemonía, a la identidad y al sujeto político.

Para Laclau, hay factores históricos que provocaron el declive de las antiguas categorías de la teoría política:

6 «La obra de Laclau publicada en castellano, más allá de artículos dispersos e intervenciones compiladas junto con otros autores, comprende nueve volúmenes. Desde el primer texto *Política e Ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* pasando por dos libros claves *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la Democracia* y *La Razón Populista* hasta llegar a su texto póstumo *Los fundamentos retóricos de la sociedad* editado en 2014 por el Fondo de Cultura Económica. También dejó un libro inconcluso que, según sus propias palabras, su finalización se prolongó más de lo esperado, llevaría por nombre *Universalidad Elusiva*, como me reveló en una entrevista en abril de 2013, justo un año antes de su inesperada muerte» (Saur, 2018a, p. 30). Para ampliar lecturas sobre el análisis y los debates políticos que ponen en tensión y discusión perspectivas laclausianas y veronianas, véase Fair (2008), Retamozo y Fernández (2010), Fernández Massara (2015), Saur (2018) y Bridarolli, (2016).

7 La primera obra, *Política e Ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* fue editada en inglés en 1977 y la primera versión en español en 1978 a través de la editorial Siglo XXI, Madrid, España. A los fines de organizar las lecturas del pensador, es en 1977 cuando emerge en el escenario social y político el primer momento de Laclau vinculado con la perspectiva marxista con la influencia en sus trabajos de Althusser y de Gramsci.

[...] la retirada general de la idea misma de un fundamento último o básico de la sociedad, la proliferación de nuevas luchas políticas y sociales desde la década de 1960 en adelante, la multiplicación de los centros de poder en épocas de un capitalismo cada vez más desorganizado, la relativa decadencia del Estado Nación y los conflictos poscoloniales entre el mundo desarrollado y el mundo en vías de desarrollo; el fin de la hegemonía del compromiso fordista y el fin de las ideologías totalizadoras que sustentaron la Guerra Fría (Critchley y Marchart, 2008, p. 15-16).

Pero no solo se deben buscar respuestas en la historia, sino que hay otros factores y elementos que contribuyen al análisis propuesto por el autor, que se desplaza desde la teoría política a la práctica política. Entre sus principales trabajos se destaca *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, obra desarrollada conjuntamente con Chantal Mouffe (2011 [1985]), que iniciaría el camino hacia la fundación de la perspectiva de análisis postestructuralista. En 1990, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*; en 1996, *Emancipación y Diferencia*; en 2002, *Misticismo, Retórica y Política*; en 2003, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (junto con Judith Butler y Slavoj Žižek); y, concentrando los ejes nodulares más relevantes de su teoría, en el año 2005, en *La Razón Populista*.

Esta diversa obra concentra la lectura en la Teoría del Discurso partiendo de la base de que este, en un sentido amplio, es un horizonte de emergencias en el cual no existe una realidad estructurada o una práctica que se pueda constituir por fuera del lenguaje, porque es el propio discurso el que lo constituye. Se recuperan del discurso tres aristas entrelazadas: la conformación del sistema político de la sociedad, las identidades políticas y las lógicas de las disputas políticas para entender la hegemonía. Asimismo, Laclau (2005) ubica al discurso en tres niveles teóricos: lo ontológico (pensar lo político como instancia de institución de lo social), lo óntico (pensar lo modos por los cuales se desarrollan las disputas políticas) y el discurso como concepto para entender las formas en las que se constituyen los sujetos e identidades políticas al interior de la gobernabilidad institucional. En este sentido, el análisis del discurso se vincula con las narrativas que permiten analizar la discursividad política para dar

cuenta de las múltiples interrelaciones que constituyen a los sujetos en un contexto social determinado, a partir de la articulación de diferentes categorías de análisis que se encuentran al interior del discurso político.

La propuesta de identificar al discurso como eje articulador resulta central para el análisis de las operaciones discursivas constitutivas de la política, ya que permite identificar, entre otras cuestiones, la construcción de antagonismos. La lectura del conflicto es relevante a la definición de un campo identitario común, un nosotros y una alteridad, un ellos. En este sentido, Laclau (1996) recupera la distinción schmittiana “amigo/enemigo” como rasgo que caracteriza a la política y a la configuración de la categoría identidad. Desde estos bordes el discurso adquiere centralidad en tanto se transforma en una categoría para comprender la lógica de la disputa política. Es en el discurso donde se constituye al sujeto con sus prácticas sociales. Las diferentes modalidades y estilos de enunciaciones en determinados contextos producen discursos que articulan demandas, significantes vacíos, lógicas diferenciales y equivalencias, desplazamiento de fronteras políticas y antagonismos en disputa. Así, se generan diferentes sentidos y efectos en la conformación de colectivos de identidad y consolidación hegemónica.

No obstante, como lo advierte Schmitt (2009), la distinción amigo/enemigo tiene el sentido de expresar el grado de intensidad de vínculos, separaciones, asociaciones o disociaciones. En palabras del autor:

Es simplemente el otro, el extraño, y le basta a su esencia el constituir algo distinto y diferente en un sentido existencial especialmente intenso de modo tal que, en un caso extremo, los conflictos con él se tornan posibles, siendo que estos conflictos no pueden ser resueltos por una normativa general establecida de antemano, ni por el arbitraje de un tercero “no involucrado”, y por lo tanto “imparcial” (Schmitt, 2009, p. 16).

La impronta schmittiana en Laclau radica en la imagen que el pensador alemán delinea de lo “político”. Es en esta distinción estructural donde afirma:

El enemigo es solo un conjunto de personas que, por lo menos de un modo eventual -esto es: de acuerdo con las posibilidades reales-puede combatir a un conjunto idéntico que se le opone. Enemigo es solamente el enemigo público, porque lo que se relaciona con un conjunto semejante de personas- y en especial con todo un pueblo- se vuelve público por la misma relación (Schmitt, 2009, p. 17).

Se recupera la díada amigo/enemigo.

El acto decisorio que distingue entre propios y ajenos, separando tajantemente el ‘nosotros’ del ‘ellos’ y enfrentando a este último polémicamente, es patrimonio exclusivo de aquél que se halla involucrado en la situación de amenaza existencial y resulta íntimamente afectado por ella (Vergalito, 2016, p. 55).

Como correlato, resta profundizar en el esclarecimiento de una noción que adquiere un papel clave en el discurso, a saber, la noción de hegemonía. A través de este hilo conductor, se pondrán de manifiesto otras categorías constitutivas del fenómeno de lo político, propuestas por Gramsci y Althusser, receptadas intensamente en el pensamiento laclausiano.

1.2. Directrices de significados: análisis político del discurso

Incorporar el tópico gramsciano de la hegemonía contribuye a la reflexión laclausiana. Es una tarea interpretativa deconstructiva, dirigida a dislocar resabios provenientes de la vertiente historicista del marxismo y la posibilidad de reinscribir la teoría de la hegemonía de Gramsci en un terreno filosófico posfundacional. Se registra el esfuerzo conceptual de Laclau entre los años 1977 y 1990 por trabajar y aproximarse a la categoría “hegemonía”⁸.

8 Desde la perspectiva de Vergalito, se destaca que al menos siete textos atestiguan el espacial y persistente interés de Laclau por la obra de Gramsci entre los años 1977 y 1990: a) *Fascismo e ideología* (1977); b) *Hacia una teoría del populismo* (1977); c) *Tesis acerca de la forma hegemónica de la política* (1980); d) *Teorías marxistas del estado: debates y perspectivas* (1981); e) *Socialismo, el pueblo, democracia la transformación de la lógica hegemónica* (1983); f) *Hegemonía y Estrategia Socialista* (1985); y g) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990). El Gramsci que Laclau lee es el de la etapa de madurez plasmada en los *Cuadernos de la Cárcel*, época en la que su teoría de

El eje nodal de la red conceptual gramsciana, para E. Laclau es la categoría de hegemonía, “noción netamente histórico-política de la que recibe su sentido general y en la que se entrecruzan todas las demás” (Vergalito, 2016, p. 65). Este posicionamiento al interior del escenario marxista posibilita identificar al Estado donde “el terreno de lo político se amplía enormemente, llegando a abarcar todo el espacio de la sociedad civil en la que las prácticas hegemónicas alternativas disputan entre sí la articulación de los elementos que la constituyen” (Vergalito, 2016, p. 65). Por otro lado, la conceptualización de las clases comienza a ser vista como centro de articulación de un conjunto de contradicciones y de luchas democráticas, acentuando la mirada en lo político.

En 1985, en la obra de E. Laclau, *Hegemonía y Estrategia Socialista*, la perspectiva gramsciana sobre la hegemonía es el eje para comenzar a pensar la lógica de lo social.

Frente al racionalismo del marxismo clásico, que presentaba a la historia y a la sociedad como totalidades inteligibles, constituidas en torno a “leyes” conceptualmente explicitables, la lógica de la hegemonía se presentó desde el comienzo como una operación suplementaria y contingente, requerida por los desajustes coyunturales respecto a un paradigma evolutivo cuya validez esencial o morfológica no era en ningún momento cuestionada (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 27).

La corriente historiográfica marxista encuentra en los escritos de A. Gramsci una guía para comprender los estudios sobre la historia moderna,

[...] pues el Risorgimento fue para Gramsci —y para el pensamiento histórico y político italiano— el núcleo en el cual dio con el límite del rendimiento de las nociones clásicas del marxismo y que lo obligó a reformular —a inventar— ciertas categorías fundamentales (Gramsci, 2008, p. 10).

la hegemonía se encuentra ya estructurada y consolidada. Para ampliar lecturas, véase Vergalito (2016) y Expósito (2017).

En la obra del pensador italiano: “las masas campesinas eran consideradas como una de las fuerzas motrices de la revolución proletaria, justamente porque la revolución burguesa, o sea el Risorgimento, no había realizado una transformación radical de la campaña” (2008, p. 29), deteniendo la mirada en las relaciones de clases.

En este sentido, la lectura de la hegemonía se produce sobre esas articulaciones para crear una voluntad colectiva que asuma la dirección de las clases sociales, estableciendo ciertas condiciones necesarias, como la representación de intereses y el poder de la dominación. Este aspecto conduce a pensar que en las clases sociales el sujeto es privilegiado del cambio social y de las acciones políticas. Se comienza a reconstruir el pensamiento gramsciano con la incorporación de otros actores sociales que no solo pertenecen a las clases obreras, ya que se incorporan —por caso— los intelectuales. Esta articulación de clases posibilita la deconstrucción de los procesos políticos e históricos deterministas para incorporar lo simbólico, lo discursivo, las ideas, como estructuras que se dan consecuentemente.

Como consecuencia de esto, el campo de la política se extendió significativamente a la institución de lo social propiamente dicha donde las identidades políticas se articulan en un terreno que es primario y no derivable de ninguna realidad subyacente, como las leyes económicas de movimiento que gobiernan las relaciones de producción (Critchley y Marchart, 2008, p. 18).

De esta manera, lo social es conceptualizado y comienza a desarrollarse una forma específica de indagación política y social para el análisis del discurso político⁹.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2011 [1985]) introducen estrategias para describir cómo se forman las identidades, incorporando el concepto de antagonismo. Para los autores «expresa el proceso por el cual lo social, es decir, el campo de las diferencias discursi-

9 Esta perspectiva también ha sido llamada Escuela de Essex, Teoría de la Hegemonía (Barros, 2002; Critchley y Marchart, 2008), Teoría posgramsciana de la hegemonía o Teoría del Discurso (Howarth, 2010), con una propuesta teórico-metodológica que se ha denominado Análisis Político del Discurso. Para ampliar las lecturas, remitirse a Fair (2014) *Mitos y creencias en torno a la teoría postmarxista de la hegemonía de Ernesto Laclau. Una hermenéutica sobre los estudios críticos*, p. 125-138.

vas, es homogeneización en una cadena de equivalencias que operan frente a un exterior puramente negativo» (Critchley y Marchart, 2008, p. 19-20). Lo social excede el límite de construir una sociedad; al mismo tiempo, ese concepto de totalidad no desaparece, sino que se establecen contradicciones o una fijación relativa de lo social mediante diferentes puntos nodales¹⁰.

Es decir, las identidades de los sujetos no adquieren un significado esencial ni totalmente acabado, sino que este está dado por la inserción en un determinado complejo relacional. Las identidades se encuentran expuestas a distintos conflictos sociales y es a partir de su negación que tienen posibilidad de existencia. Se entiende desde la perspectiva de Laclau (2000; 2004) a las identidades como un campo de relaciones que nunca logran constituirse plenamente, dado que las identidades y sus condiciones de existencia forman un todo inseparable. Complementando la perspectiva, Aboy Carles (2001; 2011) sostiene que la identidad política, como concepto formal, no sustantivo y disponible, a diversas escalas de lo social, plantea un doble proceso de homogenización y diferenciación. El autor afirma que eso sucede en el marco de la relativa estructuralidad que recupera el análisis institucional de la historicidad política y la (re)configuración discursiva de los acontecimientos, para comprender el sentido relacional y contingente.

El antagonismo cumple dos roles simultáneos, dado que bloquea la plena constitución de la identidad a la que se opone —y muestra su contingencia—, y es, a la vez, parte de las condiciones de existencia de aquella identidad. Laclau y Mouffe afirman: «es un tipo de relación política, una forma, si se quiere de la política; pero no una localización precisable en el campo de una topografía de lo social. En una formación social determinada puede haber una variedad de puntos nodales hegemónicos» (2011 [1985], p. 183).

Desde esta perspectiva, el campo de emergencia de la hegemonía es el de las prácticas articulatorias que admiten múltiples campos

10 La presencia de puntos nodales hace referencia, por un lado, a las fronteras políticas y, por el otro, a los significantes flotantes que son permeables al proceso de articulación. Estos significantes en un discurso aparecen encastrados a un significativo nodal que los representa y los unifica. Dichos puntos nodales se encuentran relacionados con la noción lacaniana de *point de capiton*, ya que el elemento que los cobija se encuentra vinculado en los discursos.

discursivos antagónicos otorgándole, a cada uno, una unidad de sentido propio. Es un espacio social y político de puntos nodales, de la constitución de identidades relacionadas, articuladas. También es la posibilidad de que demandas particulares impongan su interpretación y dislocación como una superficie de inscripción para otras demandas y continuidades discursivas.

En tanto, La incorporación del pensamiento derridiano al análisis del discurso en Laclau evidencia, en primer lugar, la noción de sujeto. Su condición de posibilidad radica en la dislocación del sistema y la distancia que separa la estructura dislocada de la decisión del sujeto de formar parte del sistema. En segundo lugar, los significantes vacíos (Laclau, 1996), susceptibles de ser vinculados por significaciones posibles o por no tener vínculos definitivos con un sentido particular¹¹. Esta lógica del significante vacío se asemeja a la noción de *différance* acuñada por Derrida como temporalidad y como espacialidad.

El carácter indecible y ambiguo de las estructuras, las zonas opacas de las fronteras y los límites entre la interioridad y la exterioridad constitutiva interalia, son formas que van exigiendo gradualmente un pensar las relaciones entre los discursos como nunca definitivas o, si se quiere, como rasgos de una tensión inerradicable entre la presencia y la ausencia, lo necesario y lo contingente o el pasado y el futuro (Buenfil Burgos, 2005, p. 16).

Laclau y Chantal Mouffe, en 1990, en *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, explican el porqué de adoptar una postura postmarxista radicalizando el pensamiento y combinándolo

11 La inserción de la lógica derridiana en el análisis político va entretejiendo una trama conceptual destacando la idecidibilidad, idea de la que no termina siendo algo sino que siempre puede seguir siendo lo otro; la decisión excluye y demarca; la naturalización, acción política mediante la cual se pretende dar un carácter necesario, incuestionable y universal a priori mediante el intento de borrar las huellas de la decisión instituyente, del momento de exclusión y conformación de un sistema inclusionario/exclusionario; desedimentación y reactivación de los momentos de decisión que excluyen, demarcan al texto, a su contexto; exterioridad constitutiva, huella, membrana, suplemento operan como dispositivos que ponen en evidencia una serie de operaciones discursivas mediante las cuales el poder se hace comprensible (Buenfil Burgos, 2005, p. 16-17).

con otras tradiciones teórico-políticas. En este contexto de análisis, Laclau (2000 [1990]) recupera de Gramsci (2008) la noción de conflicto como una dimensión constitutiva de la política, y, por lo tanto, todo aquello que se sale de un orden establecido no resulta per-se una cuestión negativa o una anomalía política. Lo que el pensador se interroga con los aportes de Gramsci es el cómo de la interpretación de la historia, teniendo en cuenta el determinismo económico, lo simbólico, lo discursivo, no solamente en términos de materialidad, sino en las condiciones de enunciación y en las prácticas sociales que se producen en el campo de la acción política. Asimismo, incorpora a la lectura otros actores sociales como los “intelectuales”, categoría asociada a la idea de clase social. Estas concepciones van a ir deconstruyendo la idea de que los procesos políticos e históricos no se generan en un sentido determinista de la historia, sino que prevalecen en el campo de lo social otros tipos de dispositivos analíticos como documentos, fuentes, performatividad del lenguaje, que se interpretan y analizan a través del discurso.

Laclau y Mouffe (2000 [1990]) retoman de la perspectiva gramsciana la noción de clases sociales. Los autores inscriben como tema las identidades políticas plausibles de interpretaciones como un producto que se constituye en el mismo proceso de la lucha hegemónica, no las antecede, pero sí son susceptibles de modificar. Se esgrime que las identidades políticas no son relaciones cerradas, sino que son puramente relacionales y que no logran constituirse nunca plenamente. De esta afirmación se distinguen dos consecuencias importantes: «La primera es que las identidades y sus condiciones de existencia forman un todo inseparable» (Laclau y Mouffe, 2000 [1990], p. 17); la identidad depende de condiciones de existencia que son contingentes, pero necesarias. La segunda consecuencia, como fuerza antagónica, es la recuperación de la identidad a la que se opone mostrando su contingencia, y, paralelamente, formando parte de las condiciones de existencia de aquella identidad.

Es importante señalar en el pensamiento laclausiano la emergencia de la categoría “significantes vacíos”¹², conformados por dos lógicas de significación: “flotación” y “vacío”, ambas se materializan

12 Puntos nodales de las relaciones que se establecen con las demandas particulares desde la lógica del contenido y/o de la capacidad de transformarse en espacios simbólicos de representación de otras posiciones políticas.

al interior del discurso como incompatibles y no hay forma de reconciliarlas sin imperfección y superación. O bien, para utilizar las palabras de Wittgenstein (1999), hay una tensión constitutiva entre sus respectivas lógicas, una tensión que nunca puede superarse, sino únicamente negociarse de distintos modos; es decir, dejar de ser fluctuante para ser vacío. El elemento más importante que articula esa identidad, será denominado por los laclausianos como “significante vacío” (Laclau, 1996; 2002).

Lo efectivo de la demanda es la habilidad para organizar el espacio político conformando un nuevo espacio de representación que va a absorber e integrar otras demandas sociales. Esta acción va a significar que las demandas dejan de tener características particulares, porque se incorporan demandas diferentes:

la demanda particular tenderá a estar más y más vacía. Es este vacío lo que le permite a una demanda particular representar cosas diferentes. Esta lógica de vaciamiento ha sido analizada en el trabajo de Laclau (1996) como la lógica del significante vacío (Barros, 2002, p. 11).

Es decir, para que un significante particular se vacíe y pueda constituirse en la realidad, en superficie de inscripción de significados sociales que lo exceden como demanda, requiere literalmente de otros procesos de subversión discursiva a los cuales se los puede leer en términos de desplazamientos retóricos. La retórica se convierte, de esta manera, en una herramienta indispensable para pensar el análisis político y reconocer la centralidad que los procesos discursivos adquieren en la construcción de los vínculos sociales (Laclau, 2002).

El significante vacío que busca representar en la sociedad la universalidad es imposible, porque constitutivamente es incompleto, no hay sutura, hay un exterior con relación a ese significante que siempre busca instalarse como hegemónico. Es en ese vacío donde, excedido de demandas, representa al conjunto, pero, a la vez, comienza a trazar fronteras políticas, móviles, en el campo discursivo que contribuye a identificar al antagonismo. Esta modalidad de funcionamiento varía en relación con las condiciones de producción,

reconocimiento, circulación y la construcción hegemónica hasta que otro significante vacío entra en disputa en el campo discursivo¹³.

En el año 2002, Laclau publica *Misticismo, Retórica y Política*. La obra, analiza el rol que adquieren los significantes vacíos en la constitución de las significaciones políticas. Se detiene en el misticismo, intentando subvertir la relación significante/significado de acuerdo con diferentes lógicas políticas en el campo discursivo. Estos procesos de subversión discursiva son descriptos en términos de desplazamientos retóricos. Detrás de esta instancia tropológica subyace la necesidad de reconocer la centralidad de los procesos discursivos en la construcción de los vínculos sociales.

El eje central de la obra consiste en analizar cuál es la configuración política y social que, por un lado, intensifica la presencia política del ethos discursivo —el líder, el político, el orador, el mediador— y, por el otro lado, posibilita performativamente en el ejercicio de la política, como lo dado, la emergencia de nuevos sujetos que se encuentran ausentes y despolitizados por fuera de toda dimensión colectiva y axiológica. Laclau (2002) se interroga sobre cómo es posible construir una “cadena equivalencial” que, a la vez, deconstruya el sentido. El autor parte del supuesto de que todo término tiene sentido y, a su vez, puede describir y enumerar indefinidamente de manera equivalencial rasgos identitarios propios del mismo. Esta categorización enriquece el sentido, pero simultáneamente logra un efecto opuesto, es decir, de vaciamiento. En palabras del autor:

Si tengo que especificar lo que todos los eslabones de la cadena equivalencial tienen en común, cuanto más la cadena se expanda tantos más rasgos diferenciales de cada uno de los eslabones tendrán que ser eliminados a los efectos de mante-

13 Los aportes de Laclau sobre la categoría de significante vacío aportan el trasfondo necesario; véase, por ejemplo, en la Argentina en 1983, el significante vacío “democracia” entra en dislocación con la “inflación de 1989”, porque este modelo de democracia ya no logra explicar lo real y concreto en la sociedad, hay una desarticulación gubernamental que trasciende a la ciudadanía. En este sentido, discursivamente hay una reconstrucción de un nuevo significante que entra en el escenario político, para lograr una articulación y rearticulación hegemónica de los significantes que alcanzan su hegemonía cuando sus demandas se empiezan a vaciar de contenido al dar respuestas que dejan de lado las particularidades para hacerse demandas universales.

ner vivo aquello que la cadena equivalencial intenta expresar (Laclau, 2002, p. 25).

Cada uno de los eslabones de la cadena equivalencial describe algo diferente de sí mismo y del término, pero esta descripción tiene relación y sentido social solo si se lo piensa en el marco de una cadena entrelazada que es infinitamente inconclusa. La cadena posibilita a Laclau introducir la relación que hay entre “significantes vacíos y flotantes” (2002, p. 25). Para el primero tendríamos un significante sin significado y, para el segundo, un exceso de sentido.

La articulación de demandas en los bordes de las fronteras políticas permite comprender cómo, en el campo discursivo, se desplaza la cadena equivalencial (Laclau, 2002) y posibilita transformar las demandas, recuperando en cada una de ellas su identidad. Es decir, «cada una de estas transformaciones —sin abandonar enteramente su propia particularidad— es un nombre equivalente de la plenitud ausente de la comunidad» (Laclau, 2002, p. 22). Para lograr el vacío flotante es necesario dos momentos: el primer momento es el de la relación que se establece entre significante y significado; como una relación indefinida, el término no debe estar condicionado a una característica determinada. Mientras que en un segundo momento

[...] a) que el termino flotante se articule diferencialmente a cadenas discursivas opuestas (de otro modo, no habría flotamiento en absoluto) y que b) dentro de estas cadenas discursivas, el termino flotante funcione no solo como componente diferencial sino también equivalencial respecto de los otros componentes de la cadena (Laclau, 2002, p. 26).

Para Barros, «el momento de plenitud, el momento de la total exclusión del otro y la completa constitución de la identidad nunca llega. Esto es lo que explica la continua producción de “otros” en el discurso peronista» (2002, p.44). Estas afinidades teóricas también están presentes cuando Laclau y Mouffe admiten que todo «discurso depende de condiciones discursivas de posibilidad precisas» (2011 [1985], p. 156).

En el año 2003 Laclau redacta *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. En dicha obra,

hay relevantes y sustanciales debates que se generan con Butler y Žizek, quienes dialogan sobre cómo se construye el campo político. La obra constituye un antecedente que no solo establece una proyección política a la categoría “hegemonía” propuesta inicialmente por Gramsci (2008), sino que representa un giro para la teoría postestructuralista dentro del marxismo, que incorpora la dificultad del lenguaje como esencia para comprender el proyecto político.

Es de importancia a lo largo de estos textos la cuestión estratégica de la hegemonía: cómo se constituye el campo político, que posibilidades emergen de un enfoque de ese campo que indaga acerca de las condiciones de su posibilidad y articulación. Significativamente, Laclau detecta un movimiento de la teoría marxista desde la postulación de una ‘clase universal’ que en definitiva eliminaría la mediación política y las relaciones de representación, a una universalidad ‘hegemónica’ por la cual lo político es constitutivo del vínculo social (Laclau, 2003, p. 9).

En el año 2008, Ernesto Laclau publicó en *Debates y Combates*. Por un nuevo horizonte de la política ensayos que se ocupan de aspectos vinculados al debate político de la izquierda y que buscan nuevamente hacer la política pensable para los pueblos. Posteriormente, en 2014, escribe *Fundamentos retóricos de la sociedad*, donde reúne varios ensayos que recuperan su tesis central relativa al carácter hegemónico del vínculo social y la centralidad ontológica de lo político. Allí reflexiona sobre la retórica del lenguaje político y el rol de las lógicas hegemónicas en los espacios políticos a partir de diálogos con Gramsci (2008) y Althusser (1984; 1967). Es en este mismo año, el 13 de abril, cuando Ernesto Laclau fallece en Sevilla, España¹⁴.

14 A los fines de concluir con su legado teórico y sus producciones académicas, en octubre del año 2015 la *Revista Debates y Combates*, de quien era su director, realiza una edición homenaje conformada por dos volúmenes donde se reflejan las ideas de la política y lo político, desentrañando la emergencia de gobiernos nacionales y populares en América Latina, conduciendo al pensador a reanudar la línea de reflexión sobre el populismo, fuente de su inspiración intelectual en el año 1977. La propuesta metodológica de la *Revista Debates y Combates* pretendía consolidar un «foro de discusión teórica que, desde el punto de vista político, intentaba intervenir y echar luz sobre los cambios que América Latina había experimentado en las últimas décadas con la instalación de varios regímenes nacionales y populares» (Mouffe, 2015, p.11). Mediante la revista de divulgación científica, se proponía ofrecer un espacio en el cual los intelectuales de los diversos países

2. Herramientas teóricas desde lo semiológico

De ineludible referencia teórica, Eliseo Verón constituye uno de los aportes más significativos en la perspectiva sociosemiótica del análisis del discurso. Cabe destacar la influencia ejercida en su obra por algunos autores como Peirce (2004), Benveniste (1980) y Austin (1995). La propuesta del autor se centra en analizar la dimensión ideológica o de la enunciación en el discurso. Todo enunciado se encuentra relacionado con lo que se denominan “dispositivos de la enunciación”, relación que se establece entre quien enuncia y su enunciación. El sujeto de enunciación —para Eliseo Verón (1987a)— es importante porque es quien construye la realidad del discurso, centrándose en lo que dice y no en cómo se dice.

Propone construir una teoría que explique el funcionamiento de los discursos, los modos de generación, recepción, análisis, circulación y la dimensión discursiva en la construcción social de lo real. Recupera el modelo ternario o tricotómico del signo propuesto por Charles Pierce (Interpretante/Signo/Objeto) y lo aplica a la red interdiscursiva infinita que compone la semiosis infinita. Este modelo encuentra su ejemplo en la circulación del conocimiento científico. Los textos bibliográficos, temporalmente anteriores, son usados por otros autores como condiciones de producción para la generación de nuevos discursos, que a su vez serán usados por otros autores y así sucesivamente. Así, la construcción social de lo real tiene lugar a partir del encastramiento de discursos infinitamente, a través de una producción histórica.

A lo largo de su vida intelectual, E. Verón publicó diversos libros que se recuperan para ponerlos en diálogo con el análisis político del discurso¹⁵. Su perspectiva recibe el nombre de Teoría de la Discursi-

pudieran hacer converger ejes temáticos de lectura y exponer en el plano de la academia una nueva modalidad de pensar la izquierda. Es en esta revista, donde las intervenciones de teóricos a fines al campo disciplinar de las ciencias sociales, dedican sus escritos a la memoria de quien era su director: Ernesto Laclau.

15 La trayectoria biográfica de E. Verón, más allá de artículos e intervenciones compiladas juntos con otros autores, comprende una amplia serie de volúmenes. Desde *Conducta, estructura y comunicación* (1968); *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de Sociología en la Argentina* (1974); *Construir el Acontecimiento*, (1983); *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* (1987a); *La Semiosis Social* (1987); *Efectos de Agenda* (1999); *El Cuerpo de las Imágenes* (2001); *Espacios mentales. Efectos de Agenda 2* (2001a); *Fragmentos de un Tejido* (2004); *Papeles en*

vidad o Teoría de los Discursos Sociales, y entiende el espacio de la significación, «Lo que se produce, lo que circula y lo que engendra efectos en el seno de una sociedad constituyen siempre discursos» (Verón, 2004, p. 48).

La Teoría de los Discursos Sociales analiza el funcionamiento de la “semiosis social” (1987)¹⁶, entendida como la dimensión significativa de los fenómenos sociales. La misma presenta una doble raíz: por un lado, toda producción de sentido es social (todo proceso significativo descansa sobre condiciones de producción) y, por el otro lado, todo fenómeno social contiene un proceso de producción de sentido (todo funcionamiento social tiene una dimensión significativa constituida). El discurso es definido como una configuración espacio-temporal de sentido.

Según Verón, existen tres modos para el análisis discursivo: las gramáticas de producción, que dan cuenta de las condiciones de generación de un discurso terminado; las gramáticas de reconocimiento, que dan cuenta de las lecturas a las que es sometido un discurso; y, por último, la circulación, que atiende al desfase entre las primeras y las segundas. Esta retroalimentación es lo que denomina semiosis, término recuperado de Peirce (1986). La naturaleza ternaria del modelo propuesto y trabajado compuesto por “interpretante”, “objeto” y “representamen”. En palabras del autor:

Un discurso o un conjunto de discursos (en su condición de unidades textuales concretas, producidas en el seno de lo social) no constituye un objeto homogéneo: esta noción de discurso no es un concepto teórico, sino puramente descriptivo. En consecuencia, desde este punto de vista, un discurso no tiene unidad propia pues todo discurso es el lugar de manifestación de una multiplicidad de sistemas de restricciones, una red de

el tiempo (2011), llegando a escribir en el año 2013 *La Semiosis social 2. Ideas, momentos interpretantes*. Es importante destacar el abanico de producciones de autoría y coautoría, por ejemplo, el libro de 1986, *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, contribuye a ir reconstruyendo los principales conceptos teóricos pertinentes para profundizar, complejizar y ampliar el objeto de estudio.

16 Inicialmente, la semiosis social es del año 1980 y compone la base de toda su teoría. Hay otras producciones de artículos e intervenciones compiladas del autor que se fueron profundizando posterior a la semiosis social, desde un aspecto teórico y metodológico.

interferencias. La unidad posible de un análisis dado será pues el resultado de criterios exteriores a los textos estudiados y esto es así, sobre todo, en dos niveles: a) el relativo a los criterios que presiden la selección de los textos, b) el relativo a la finalidad de la lectura (Verón, 2004, p. 71-72).

En ambos niveles, la ideología opera en relación con el análisis de los textos, su selección y la lectura. «En este nivel metodológico, lo ideológico es pues una relación entre lo textual y lo extra textual, relación que adquiere la forma de hipótesis que vinculan ciertos aspectos de los textos con sus condiciones de producción» (Verón, 2004, p. 72).

De la definición de discurso se desglosa: «Toda producción de sentido, en efecto, tiene una manifestación material. Esta materialidad del sentido define la condición esencial, el punto de partida necesario de todo estudio empírico de la producción de sentido» (Verón, 1987, p. 126). Los discursos son espacios en los cuales se materializa el sentido social. El análisis de un discurso social es el inicio de “la construcción social de lo real” (Verón, 1987, p. 126). El autor parte de una configuración de sentido en clave de lectura histórica. Toda construcción discursiva se encuentra circunscripta a “condiciones de producción” y a “condiciones de reconocimiento”, en la que hay circulación y diferentes niveles de análisis (operaciones discursivas, condiciones de producción y condiciones de reconocimiento). Para Verón, «el análisis de los discursos no es otra cosa que la descripción de las huellas de las condiciones productivas en los discursos, ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus efectos» (Verón, 1987, p. 127).

Se asiste a discursos desde los hechos en sí mismos, analizando los efectos de sentido que son producidos y generados por los discursos. Las prácticas discursivas se encuentran atravesadas por las dimensiones de la “ideología” y el “poder”. Lo ideológico «[...] nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esa formación social ha dejado sus huellas en el discurso» (Verón, 1987, p. 17). Es decir, la materialidad del concepto se encuentra en el discurso, sin discurso no hay posibilidad de inferir la ideología. En las diferentes prácticas discursivas que se

utilizan para abordar los hechos sociales como parte de la realidad social, es menester tener en cuenta el discurso, entendiéndose como “representaciones de la vida social” (Fairclough, 2005, p. 3).

Las palabras en el discurso generan (re)significaciones y dimensiones estratégicas al interior del mismo. Verón afirma «todo fenómeno social puede leerse en relación con lo ideológico y en relación con el poder» (1995, p. 44). Implica considerar que, en el discurso como un constructo social, se encuentran dimensiones de análisis de los fenómenos sociales. De esta manera, centrar la mirada en la dimensión ideológica del discurso supone analizar estratégicamente qué se establece en el sujeto de enunciación del discurso y buscar identificar las condiciones de producción, circulación y reconocimiento que posibilitan el surgimiento de todo discurso (Verón, 1987; 1987a; 1995).

En coautoría con Silvia Sigal, Eliseo Verón escribe en el año 1986 *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Los autores proponen plantear la discursividad política y cómo se organizan y establecen diferentes posiciones político-ideológicas, estudiando, por ejemplo, el fenómeno peronista en la Argentina. Parten de que toda construcción de objetos en los discursos son representaciones que adquieren sentido. En ese marco, proponen el desplazamiento de los discursos, una semiosis infinita donde cada discursividad va definiendo los objetos de determinada manera, considerando el contexto y las interpretaciones que surjan de los discursos. Dicha vinculación posibilita pensar cómo construir un discurso social anclado en la noción de una semiosis infinita. Todo fenómeno social tiene constitutivamente una dimensión discursiva. No hay sociedad sin discurso y es en este sentido que no hay posibilidad de plantear hechos, fenómenos y discursos, o dividir estrictamente las prácticas de los sentidos, porque es a nivel de lo discursivo donde se ubica la inteligibilidad que le da sentido a la práctica.

Sigal y Verón, analizan la progresiva producción del lugar de líder Juan Domingo Perón como enunciador político. Perón era considerado como outsider, porque provenía de un área que no era la política, pero su única finalidad era servir a la “Patria”. Lograba instalarse discursivamente en la sociedad como el representante del pueblo y, quienes no lo apoyaban, eran anti-patria, anti-pueblo. «Perón estaría aquí presentándose como el conciliador de todos los argentinos»

(Sigal y Verón, 2010, p. 30). Partiendo de un dispositivo de enunciación desde el afuera, Perón es un trabajador con el colectivo de identificación “Perón es la patria”. Por lo tanto, el discurso de enunciación es performativo, porque en el discurso se estructura el imaginario colectivo que identifica huellas de enunciación al establecer la diada Perón es igual a la Patria. Es decir, la figura del contradestinatario o adversario en el plano discursivo aparece difusa al reconocer que todo peronista es argentino y que, por lo tanto, no hay peronista que no sea argentino.

Verón (1987a) plantea la necesidad de contextualizar el discurso proponiendo identificar las condiciones de producción que se materializan en el mismo. «La presencia de una suerte de modelo general de la llegada se manifiesta si recorremos el conjunto de la producción discursiva de Perón» (Sigal y Verón, 2010, p. 31). Todo fenómeno social tiene constitutivamente una dimensión discursiva que lo acompaña. Sigal y Verón consideran que Perón, como enunciador, es “alguien que llega”. En primer lugar, «Perón es alguien que viene de afuera. Si ese exterior desde el cual llega es, en 1973, el exterior geográfico del exilio, en sus primeros discursos era un exterior abstracto por decirlo así, extra-político: el cuartel» (2010, p. 32). Este proceso de llegada está fuertemente marcado por un universo discursivo metafórico del imaginario político y se construye con sentimientos que hacen al conjunto de deberes y virtudes del soldado: «austeridad, patriotismo, sinceridad, honradez, humildad, buena voluntad» (2010, p. 32). Por otra parte, durante su última presidencia, el modelo de llegada provenía desde el exilio político y esto marcaba en el campo discursivo una estrategia diferente. «Perón observaba desde afuera, lo que ocurría en el país» (2010, p. 34). Se comprendía que había diferentes modalidades de entender y servir a la patria. El modelo de llegada, en realidad, es un modelo de la presencia, el estar aquí por la patria. La reciprocidad de la metáfora y de la mirada es importante, ya que se establece una relación entre el líder y el pueblo, donde el primero actúa y habla siendo el único enunciador y el segundo escucha y confía en los destinos del país.

En esta misma línea, Barros (2002) sostiene que hay una dimensión discursiva y simbólica de los hechos y que reducir el discurso a sus mecanismos o dispositivos de enunciación deja afuera todo enfoque o fenómeno que no se analice desde la materialidad del

discurso. Por otra parte, sostiene que Sigal y Verón (2010) entienden como vaciamiento de la política una categoría que se le atribuye a la construcción discursiva, no al partido político peronista. Toda posición tiene la capacidad de vaciar el contenido particular en busca de una nueva estructuralidad. Este funcionamiento da la apertura a la inscripción de otras demandas y así sucesivamente

Para estudiar la política, para intentar responder como una cierta posición pasa a dar sentido a una situación y triunfa imponiendo este sentido a otras posiciones, será más productivo concentrarse en la manera en la que el discurso exitoso articula un sistema de diferencias en una nueva cadena de equivalencias (Barros, 2002, p. 23).

La constitución de la noción “pueblo” en el discurso peronista divide el espacio político en dos campos antagónicos producto de la diversidad de demandas que se generan y se confrontan en la sociedad. La ejemplificación de ello nos invita a pensar en «los muchachos peronistas, los argentinos, el pueblo, etc. y un polo antiperonista, los oligarcas, los explotadores, los privilegiados, el anti-pueblo» (Barros, 2002, p. 25). Esta distinción es lo que Laclau y Mouffe consideran cuando hay antagonismos sociales porque «crean fronteras internas a la sociedad» (2011 [1985], p. 13). Por lo tanto, es en el espacio político donde se dividen los campos antagónicos y por lo cual se hace impensable la posibilidad de establecer prácticas articulatorias. Se constituyen relaciones entre elementos de manera tal que la identidad se encuentra modificada producto de la articulación. En este caso, las relaciones que se generan son prácticas de exclusión, en las cuales hay una permanente redefinición de las identidades.

En *El Discurso Político. Lenguajes y acontecimientos* (1987a), Eliseo Verón junto con Arfuch, Chirico, de Ipola, Goldman, González Bombal y Landi, escribe que la figura del enunciador y el destinatario instituyen el lugar desde donde se construye algo. Todo discurso constituye un hecho, porque adquiere una dimensión social y, a la vez, los acontecimientos no se encuentran aislados ni separados por otros discursos. Se busca analizar las diferentes estrategias de enunciación de ese algo que se construye, dando importancia a lo que materialmente está escrito, el sentido, el significado de lo social, anclaje en la historia infinita. No hay verdades absolutas ni subjetivas.

vas que atraviesan al sujeto en toda su intencionalidad, por lo cual direcciona el análisis a un contexto geográfico determinado.

Desde la perspectiva del semiólogo, la categoría de discurso político propone una mirada policromática sobre la producción social del discurso, es decir, una red donde múltiples articulaciones generen un sistema de circulación de sentido social que no es lineal y también una indeterminación constitutiva. De esta manera, el discurso político implica relaciones de enfrentamiento con un “Otro”, un enemigo, una lucha entre enunciadorees al interior del discurso.

[...] todo acto de enunciación política supone necesariamente que existen otros actos de enunciación, reales o posibles, opuestos al propio. En cierto modo, todo acto de enunciación política a la vez es una réplica y supone (o anticipa) una réplica. Metafóricamente, podemos decir que todo discurso político está habitado por Otro negativo. Pero, como todo discurso, el discurso político construye también otro positivo, aquel al que el discurso está dirigido. En consecuencia, de lo que se trata en definitiva es de una suerte de desdoblamiento que se sitúa en la destinación (Verón, 1987a, p. 16)

El discurso político así entendido, como eje nodular vinculado con lo social, constituye el área de emergencia de múltiples objetos y una de las dimensiones constitutivas de las identidades sociales que posibilita pensar en las condiciones de producción, posibilidad y circulación de diferentes tópicos emergentes en los discursos. En el plano del enunciado, es decir, aquel que emite el discurso político, se observan dos niveles de funcionamiento y sus respectivos aspectos: en primer lugar, las “entidades del imaginario político” que hacen referencia a las modalidades discursivas que realiza el enunciadoree en relación con las entidades del imaginario colectivo. En segundo lugar, los “componentes” que operan como ejes articuladores entre el enunciado y la enunciación, definiendo modalidades a través de las cuales el enunciadoree construye su red de relaciones con los destinatarios (Verón, 1987; 1987a; 1995; 2003).

La vinculación que surge del discurso, desde esta perspectiva, presenta dos características: en primer lugar, es simétrica: la construcción discursiva desde la enunciación sitúa al enunciadoree y al

destinatario en un mismo nivel, hay una construcción inclusiva de un nosotros; en segundo, es complementaria: la ubicuidad inversa a la simétrica. El enunciador se diferencia del destinatario utilizando en las oraciones que conforman el discurso, los verbos que apelan al “saber” y “poder” para marcar la distancia entre ambos.

En el discurso, las modalidades del decir construyen, dan forma, a lo que llamamos el dispositivo de enunciación. Este dispositivo incluye la imagen del que habla: el enunciador; la imagen de aquel a quien se dirige el discurso: el destinatario; y la relación entre el enunciador y el destinatario que se propone *en y a través* del discurso (Verón, 2004, p. 173). En cada discurso el enunciador/destinatario varía considerablemente, dependiendo del contexto en el que forma parte.

En todo discurso, el sujeto de enunciación construye una relación discursiva en el campo simbólico de la triple destinación: prodestinatario, contradestinataro y paradestinataro (1987a), considerando en cada categoría a quien va dirigido el mensaje, sea partidario, destinatario negativo, indeciso o dubitativo. Así, al prodestinatario le corresponde la función de refuerzo; al contradestinataro la polémica; y, finalmente, al paradestinataro la persuasión (Montero, 2009, p. 320).

En el libro *Efectos de agenda* publicado en 1999, Eliseo Verón plantea dos modalidades: tiempo y espacio. En el primer caso, se registran las marcas de todos los hechos más relevantes en la sociedad. En el segundo caso, se efectúa una descripción detallada y pormenorizada de los acontecimientos que ocurren en determinados contextos históricos, contemplando en cada caso la difusión de los medios de comunicación a la ciudadanía.

Verón, en la obra *Espacios Mentales. Efectos de agenda 2*, (2001), concibe el análisis en la figura de la tercera persona, aquella que se encuentra en la bisagra del “yo” y el “nosotros”. Para el semiólogo la agenda es una herramienta en el cual se explicitan en un contexto historiográfico determinadas temáticas y el modo por el cual esas actividades y acciones son difundidas. «Es un modo de estructuración personal y uno con relación a los demás» (Verón, 2001a, p. 28). En este sentido, el autor considera que la agenda presenta dos niveles de análisis: en el primero proyecta su organización y esquematización mediante un procedimiento secuencial donde los fenómenos

son analizados y distribuidos de manera arbitraria en relación con los contenidos. Mientras que, en el segundo nivel, analiza de manera imprevisible los contenidos de los fenómenos que, en la agenda, visibilizan ciertas prioridades de las que se merece hablar y no de otras reagrupadas en un mismo discurso¹⁷.

Así, por caso, «El pasaje de la primera a la tercera persona permite indicar: el actor-enunciador se desplaza del espacio mental ‘subjetividad’ al espacio mental ‘objetividad’ y viceversa» (Verón, 2001a, p. 29). La intención de articular operaciones de producción/reconocimiento en el discurso debe dar cuenta de la constitución de colectivos de identificación, que son producto de la actividad política gubernamental. En este contexto, los actores sociales, medios de comunicación de masas, ONG y otros actores políticos de la vida social institucional ciudadana, por ejemplo, ante una crisis de representatividad y/o de credibilidad institucional, comienzan a adquirir preponderancia. Vale destacar que los medios se transforman «en el único lugar en que opera la construcción-reconstrucción de los colectivos» (Verón, 2013, p. 426). De esta manera, los medios responden a la lógica económica de producción que focaliza el consumo, «los medios absorben los diferentes sectores de la producción de discursos sociales (informativos, estéticos, políticos, religiosos, lúdicos, literarios, de divulgación científica, etc.) y los incorporan al conjunto de una oferta discursiva puramente determinada por el cálculo costo/beneficio» (Verón, 2013, p. 426)¹⁸

17 Desde la mirada epistemológica y desde la Real Academia Española, agenda significa las cosas que se van a hacer diariamente. La tipología de agenda política, de los medios de comunicación y agenda del público está conformada de temas o problemas que involucra la transmisión de información entre políticos, medios de comunicación y audiencias, sobre la capacidad que los medios de comunicación tienen de dirigir la atención hacia ciertos temas o problemas que son presentados como los más importantes. De tal modo, los medios imponen su lógica comunicacional de forma creciente en la construcción de la realidad política. Para una lectura pormenorizada de las principales líneas y corrientes teóricas que han adquirido gran influencia en los estudios referidos sobre la construcción de la agenda, remitirse a Mc Combs (2006), Barrientos (2010), De Fontcuberta (1993), Mc Combs y Evatt (1995), Mc Combs y Shaw (1977), Arugete (2010), Luchessi (2010), entre otros, quienes desde diferentes ámbitos de discusión proponen categorías de análisis referidas a la agenda.

18 Es importante destacar que Verón se refiere a los medios de comunicación tradicionales y que, por el momento histórico de estudio, no se consideran las redes sociales digitales.

En el año 2004, Verón estudia las gramáticas de producción y reconocimiento en el discurso. Introduce en el análisis tres elementos complementarios entre sí: los tipos, que proyectan en el discurso la especificidad, el género¹⁹ y las estrategias. Aspectos abordados en *Fragmentos de un Tejido* (2004), donde el intelectual presenta algunas reflexiones sobre el discurso que constituye al tejido social de manera articulada entre la producción y la recepción que allí circulan. La mirada de la misma en la esfera gubernamental requiere de herramientas y marcos teóricos referenciales porque, como expresa Fairclough: «los discursos incluyen representaciones de cómo son y han sido las cosas, al mismo tiempo que imaginarios- representaciones de cómo las cosas podrían o deberían ser» (2005, p. 5).

Al respecto, afirma el autor en *Fragmentos de un Tejido*:

Un discurso es un espacio habitado rebosante de actores, de escenarios, de objetos, y leer es poner en movimiento ese universo, aceptando o rechazando, yendo más bien a la derecha o más bien a la izquierda, dedicando más o menos esfuerzo, escuchando con un oído o con los dos. Leer es hacer (2004, p. 181).

Entonces, teniendo en cuenta la multiplicidad de miradas sobre el proceso de construcción de un discurso y sus sentidos, en el año 2011 publica *Papeles en el tiempo*. Ahí propone recuperar la categoría “tiempo”, mediante el cual las noticias que conforman los acontecimientos internacionales, nacionales, provinciales y específicamente locales registran narrativas que en el campo político son plausibles de interpretaciones. En la obra se reflejan y analizan hechos y acontecimientos locales, recupera de las noticias, los titulares, los mensajes humorísticos, las notas y las narrativas, el sentido y el significado de analizar discursos. El semiólogo afirma: «todo discurso es un objeto híbrido que, muestra huellas que reenvían a lógicas distintas, todas simultáneamente presentes en la superficie discursiva» (Verón, 2011,

19 «Un género o un tipo discursivo, se distingue por ser un dispositivo productor de enunciados, los que comparten rasgos relevantes, que les dan un parecido de familia y cierto efecto de conjunto. Ese dispositivo es un tipo, mas o menos amplio, de gramáticas generadoras, que producen una unidad o efecto de distinción y agrupamiento en el devenir de la semiosis, caracterizando ciertas zonas o regiones de la discursividad» (Saur, 2016). Para un análisis de los géneros discursivos, véase Bajtín (2011).

p. 23). El contenido de cada discurso genera una metamorfosis entre la enunciación y la posición que adquiere el enunciador y el destinatario. Todo discurso requiere una operacionalización dentro de un sistema social, porque es un producto colectivo cuyas lecturas parten de una cadena infinita de la semiosis social, pero, en la que han intervenido múltiples y variados sistemas y subsistemas sociales donde el sujeto es el autor e intérprete de esa realidad.

Pensar en los discursos políticos que circulan en el tejido social le permitió a Eliseo Verón construir hace más de 25 años a la teoría de la semiosis social (1987). En aquellos años, la teoría dialogaba con las gramáticas de producción, reconocimiento y circulación identificando huellas que daban sentido y significado social a los discursos. En el año 2013 escribe *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*, y se detiene en la búsqueda de elaborar su teoría a la luz de avizorar en el campo político el discurso como construcción de lo social. Es en este trabajo donde el autor se repregunta por la identificación de operaciones que se desplazan de la producción, reconocimiento y circulación a la apertura de nuevas temáticas que sugieren pensar la evolución de la semiosis social en el campo político como algo ineludible²⁰.

3. Desplazamientos y giros. Transitividades politológicas y sociosemióticas sobre el discurso

Desde la perspectiva laclausiana, el discurso es entendido como proceso de construcción de sentido. Esta noción se inscribe en clave ontológica en la propuesta saussureana del modelo binario (significado/significante). De acuerdo con Saussure (1945), padre de la lingüística, lo que se materializa es la noción de estructura abstracta determinada y direccionada por la lengua. El significado de las palabras es de carácter relacional. Asimismo, es importante destacar que el signo es arbitrario, lo que significa que la unión entre significado

²⁰ Hay un esfuerzo por desarticular y resignificar el concepto medio de comunicación a través de la noción de mediación, la cual desplaza los soportes tecnológicos a los usos de las tecnologías. Aparece la idea que la comunicación esta necesariamente vinculada y mediada en todos sus niveles por la mediatización. Véase para ampliar lecturas Verón (2013), Saur (2018) y Fernández Massara (2015).

y significativo es exclusivamente convencional. Se llama “habla” a la materia y “lengua” al objeto²¹. De allí que no es un elemento separado de lo social, sino que es constitutivo. Esto implica que se trabaja no solo con aquellos componentes significantes de la producción social de sentido, sino —y de manera más exhaustiva— con la modalidad en la que los discursos se construyen desde la práctica social al interior del mismo. En este punto, reside una de las particularidades de la propuesta de Laclau al identificar —a diferencia de Saussure— que el lenguaje no es un sistema de diferencias cerrado, sino abierto, ya que para afirmar que es cerrado se debe determinar la frontera y para poder determinarla se debe presentar algo que se encuentre por fuera de esta, un elemento excluido. Estas fuentes teóricas posibilitan desplazarse a través de giros paradigmáticos, complementarios, que abarcan desde lo lingüístico, lo pragmático y lo semiótico o sociosemiótico²².

Una forma de ocuparse es vincular las categorías retóricas propuestas por Laclau (2002) a la dimensión estructural de la significación misma. Cualquier signo presupone dos operaciones diferentes: “combinaciones” y “contextura”, el signo obtiene su localización, de acuerdo con las reglas sintácticas, en una sucesión ordenada con otros signos. Complementando estas operaciones, se agregan la “se-

21 Para ello, se inferen cuatro aspectos que se encuentran relacionados entre sí al interior de la estructura del discurso: «a) entiende a la lengua como un código compuesto de signos aislados en los que se produce una correspondencia entre imágenes acústicas y conceptos y el habla como la utilización o empleo de este código por los sujetos hablantes; b) La lengua es pasiva, puesto que en el proceso de aprendizaje y asimilación considera que solo intervienen facultades receptoras del cerebro, de ahí que toda actividad vinculada con el lenguaje haya de situarse en el habla; c) La lengua tiene un carácter social frente a la individualidad del habla, de lo que se deduce una comprensión uniforme y estable de los signos lingüísticos y d) La lengua es autorreferencial, en el que los signos son susceptibles de recibir de sí mismos su propia descripción» (García Negroni y Tordesillas Colado, 2001, p. 61-62). La cita caracteriza a la lengua como un código, de carácter pasivo, social y autorreferencial que en los bordes del discurso adquiere sentidos y significados.

22 Estos giros han sido antecedentes nodulares en las disciplinas de lo social como objeto de estudio. Para una lectura pormenorizada de afinidades teóricas con el corpus véase, para el giro lingüístico, Barthes, Lacan y Foucault; para el giro pragmático, Austin con la teoría de los actos del habla. y la teoría de los juegos del lenguaje de Wittgenstein; y para el giro semiótico o socio semiótico, Angenot y Verón. Los mencionados giros van a ser una fuente de influencia para complejizar las lecturas del discurso en Laclau y Verón como así también aportes significativos para pensar la teoría política contemporánea.

lección” y “sustitución”, mediante cualquier signo puede ser reemplazado por otros, en cualquier localización de la estructura del discurso. En palabras de Laclau:

La distinción metafórico/metonímico tiene una prioridad matricial sobre los otros tropos, que es posible, de una forma u otra, reducirlos a esa matriz, y que tal distinción matricial no se refiere simplemente a opuestos sino a dos polos de un continuum (2014, p. 80).

Esto, al decir de Laclau, está vinculado a la noción de discurso:

[...] no está excluida o primariamente ligado al habla o a la escritura, sino que abarca a toda práctica significativa. Esto implica que es equivalente a la producción social del sentido, es decir, al tejido mismo de la vida social. No hay posibilidad de separar estrictamente significación y acción. Hasta la afirmación más asertiva tiene una dimensión performativa y, a la inversa, no hay acción que no esté embestida en una significación (2014, p. 83).

Saussure (1945) considera que el signo es la combinación de un concepto (significado) y una imagen (significante), prevaleciendo entre ambas una relación diádica, sobre la base de una convención establecida por un código, dando a cada concepto una significación. En otras palabras, el enfoque estructuralista saussureano se ocupa de las reglas al interior del sistema del habla (la lengua) desarticulándose de la realidad social. Mientras que para Laclau (2005), el lenguaje es abierto. Dicha noción es pertinente para abordar el análisis desde lo político, comunicacional e histórico, como proceso de lucha de sentidos, significados y efectos desde lo constitutivo al interior de cada discurso²³ (Vitale, 2004).

23 Tanto Peirce como Saussure coinciden en: que el pensamiento del hombre es solo pensamiento en los signos; que éstos constituyen hechos sociales que adquieren un significado en el interior de una comunidad; y en que no son entidades aisladas, sino que integran cadenas o sistemas con otros signos. Por otra parte, la distinción hecha por Peirce entre el *legisignó* (elemento) y el *sin-signo* (uso) se correspondería con la de lengua y habla planteada por Saussure. Ambos con campos epistemológicos diferentes, reflexionan acerca de los signos desde diferentes interrogantes: para Peirce ¿cómo conocemos la realidad?, mientras Saussure se pregunta ¿cuál es el objeto de la lingüística?

En síntesis, la finalidad del primer capítulo es dar a conocer algunos rasgos generales del análisis político del discurso poniendo de relieve los antecedentes y su configuración contextual desde los enfoques laclausianos y veronianos. El capítulo sitúa la producción de Laclau y de Verón en una biografía intelectual de época porque a través de sus trayectorias pueden registrarse los entrecruzamientos con otras bibliografías que dan sentido y significado al análisis del discurso político. Una perspectiva transdisciplinaria de investigación, una forma de mirar, un interés por los procesos políticos involucrados en la discursividad y una forma de entender a lo discursivo como el interés por la significación en sus diversas modalidades. Permite mostrar la complejidad de la trama social y las condiciones que posibilitan los sentidos asignados a procesos y acontecimientos.

Peirce adopta una perspectiva pragmática, porque analiza los efectos que los signos provocan en sus interpretaciones y los hábitos de conducta que se despiertan, mientras Saussure desecha el uso de la lengua como objeto de estudio. La mirada postestructuralista del padre de la lingüística resulta difícil para pensar la relación entre los signos y la dimensión histórico-ideológica de la producción de sentido. La teoría de Peirce, en cambio, abre un camino para plantear que los factores ideológicos inciden en el modo en que el objeto es representado por el signo “noción de semiosis infinita” que resulta comprensible sobre el carácter intertextual e interdiscursivo de todos los enunciados desde Bajtín a la denominada Escuela Francesa de Análisis del Discurso. Para ampliar la lectura, véase a Vitale (2004) *El estudio de los signos. Peirce y Saussure*, p. 7-108.

Capítulo II

Implicancias y aproximaciones del análisis político del discurso

«El discurso no es apenas más que la reverberación de una verdad que nace ante sus propios ojos; y cuando todo puede finalmente tomar la forma del discurso, cuando todo puede decirse y cuando puede decirse el discurso a propósito de todo, es porque todas las cosas, habiendo manifestado e intercambiado sus sentidos, pueden volverse a la interioridad silenciosa de la conciencia de sí »

Michel Foucault, 2008 [1970], p.49 .

1. Legados intelectuales: posmarxista, posestructuralista y posfundamento

La categoría discurso desde Ernesto Laclau y Eliseo Verón inicia un recorrido teórico, epistemológico y metodológico de la corriente o tradición post: “marxista”, “estructuralista” y “fundamento”, con un posicionamiento político-ideológico para interpretar la discursividad política, enmarcándose su teoría dentro de cinco postulados.

En relación al primer postulado, cuando se utiliza la categoría discurso, se hace mención de una materialidad de sentido social. Esta caracterización incluye operacionalizar los sentidos y significados que hacen a las invariantes²⁴, léxicas, gramaticales y sintácticas.

24 Es decir, aquellos elementos que en el discurso se repiten y van construyendo una versión del objeto, porque es inabarcable poder (re)construir la totalidad de las categorías en el discurso, identificándolas y abordándolas. Por tal motivo se recurre para un análisis exhaustivo del discurso a las operaciones lingüísticas que se reiteran: invariantes léxicas (palabras que se repiten); semánticas (modalidad de (auto) definir las palabras para que cobren sentido) y las sintácticas (analizan la estructura de la oración de punto a punto y la posición del sujeto) (Goldman, 1989).

En el segundo postulado, la necesidad de reconocer que no hay ningún real (objeto) que pueda existir ni que pueda conocerse independientemente o por fuera de la articulación del discurso en una superficie de formación discursiva. Se busca el sentido y significado de los objetos reales, admisibles, respondiendo al qué se habla, desde qué lugar, en qué contexto y al cómo de su construcción y significación.

En el tercer postulado, se propone encontrar en el discurso ciertas invariantes que permiten analizar exhaustivamente el sentido social del mismo.

En el cuarto postulado, todo discurso se halla con entramados de relaciones que lo vinculan directamente con la sociedad. En esa búsqueda dinámica, recurrente, permeable, es donde se encuentran arraigadas algunas dimensiones tales como: poder, ideología, sociedad, discurso y sujeto.

Finalmente, en el quinto postulado, se reconoce que en el discurso no prevalece un sentido ni significado específico hacia el sujeto, porque él mismo posee autonomía, es autocentrado y adquiere la categoría de sujeto por el solo hecho de ser social. En este postulado, la estructura discursiva es atravesada y estudiada de manera transversal.

Entonces, el puntapié teórico para aproximarse al “discurso” desde la perspectiva post laclausiana y veroniana se inscribe en la tríada marxista, estructuralista y posfundamento. De esta manera, se inicia una caracterización del legado post, construyendo una cronología y genealogía²⁵ de cada corriente y/o tradición y de sus diferencias con respecto a la propuesta de cada pensador en su campo disciplinar.

Los motivos por los cuales se encuentran los postulados, se remiten inicialmente a aceptar la proyección constructivista que rechaza toda mirada representacional del lenguaje y la subordinación de toda

25 Esta denominación alude a una revisión histórico-conceptual dirigida a poner de relieve el devenir intelectual previo que hace posible el nacimiento de la teoría gramsciana de la hegemonía. En Laclau y Mouffe, este trabajo genealógico se liga al cuestionamiento de los supuestos filosóficos fundacionalistas del marxismo tradicional. En tal sentido, esta tentativa es afín, más bien, a la deconstrucción derridiana, en cuanto estrategia de intervención textual crítica y, a la vez, de lectura y de escritura, consagrada a la desidentificación, inversión, desorganización y fisura de la sistemática discursiva y de las jerarquizaciones conceptuales fijadas por una cierta textualidad tradicional. Para ampliar lecturas remitirse a Vergalito (2016).

formación discursiva a instancias que son externas y preconstituidas. Se propone «una mirada compleja acerca de la producción social del discurso, como una red de empalmes en los que múltiples desfasajes provocan una circulación no lineal del sentido y una indeterminación constitutiva» (Martínez, 2011, p. 13). Así, el discurso es el que contribuye y facilita la emergencia de marcas y huellas para pensar lógicas políticas y dinámicas que favorecen al análisis de identidades políticas y disputas por la hegemonía desde la discursividad política.

En segundo lugar, el lenguaje se vincula con la idea de una permanente disputa por interpretar e imponer sentidos y significados que atraviesan transversalmente lo social. Se admite que las modalidades del 'decir' están estrechamente vinculadas con aspectos ideológicos, disputas y antagonismos que se visibilizan en el discurso. En palabras de Verón, discurso sobre otro discurso, dentro de otro discurso enunciado, y así sucesivamente, conformando una semiosis infinita (1987).

En tercer lugar, la performatividad del lenguaje en el discurso. Aquí coexiste un límite entre lo que propende la aceptabilidad y eficacia de estrategias metodológicas que se materializan en el discurso y los efectos, sentidos y significados en el orden de las acciones y repertorios que se hacen permeables y posibles. En el caso del discurso político, grillas de inteligibilidad.

En definitiva, se indaga en procedimientos de análisis y recomposición siempre situada, no desconociendo la imprevisibilidad inherente a lo social. Se busca otorgar inteligibilidad a procesos sociales retomando y recuperando fragmentos y secuencias que son integrados a conjuntos relacionales. De tal modo, se permite, en el análisis del discurso, mostrar vínculos múltiples, redes de correspondencias, articulaciones y conexiones de aspectos existentes y estructurantes de los procesos y acontecimientos sociales.

1.1. Posmarxismo, algunas consideraciones desde Laclau

En la corriente o tradición posmarxista, Ernesto Laclau (2015 [1978]) y Eliseo Verón (1987) recuperan del marxismo clásico el economicismo en clave de lectura teleológica. Para interpretar la mencionada corriente, se propone una caracterización del pensa-

miento de Laclau desde el modo en que se construyen los términos “clase social”, “ideología”, “hegemonía”, “la política”, “lo político”.

Todo está determinado por las condiciones materiales de existencia. «El conocimiento presupone, pues, una operación de ruptura: desarticulación de las ideas de aquellos campos connotativos a los que aparecen vinculadas bajo la forma de una engañosa necesidad, lo que nos permite, posteriormente, reconstruir sus articulaciones verdaderas» (Laclau 2015, [1978], p. 2). Este ejercicio de disgregar las articulaciones ideológicas de todo discurso, conduce a suponer que, más allá del sentido común que se desprende, los conceptos por separado de cualquier articulación posible pueden constituirse y definirse recíprocamente en clave de lectura histórica. «En la medida en que la práctica teórica marxista ha estado históricamente ligada a la práctica política socialista, las articulaciones connotativas del discurso político han tendido a ser automáticamente transformadas en determinaciones teóricas» (Laclau, 2015 [1978], p. 5). Lo que se busca es el significado que le da al discurso sentido social. Hay un exterior constitutivo que opera en el discurso para que tenga sentido.

El término “capitalista” se define desde la relación de producción constitutiva del modo de producción capitalista. Quienes conforman estas relaciones estructurales son quienes posibilitan los entrecruzamientos de variadas relaciones y contradicciones que se articulan al concepto de clase.

En el discurso político, en consecuencia, no es el capitalista en cuanto tal el que está presente, sino capitalistas concretos, o para ponerlo, en otros términos, la determinación teórica de capitalista está connotativamente ligada a un conjunto de otras determinaciones teóricas (Laclau, 2015 [1978], p. 6).

Estas contradicciones son miradas como sistemas jerárquicos, los cuales pueden ser reducidos al interior del concepto de clase, «todo elemento o contradicción a los niveles político e ideológico tiene una pertenencia de clase» (Laclau, 2015 [1978], p. 6).

Esta tradición o corriente establece diálogos con Althusser (1967), encontrando rasgos de multiplicidad recíproca en las formaciones discursivas que se inscriben en una coyuntura de fuerzas antagónicas, conflictivas y contradictorias. Se observa que, en el discurso,

éstas posibilitan realizar diversas operaciones, identificando en el plano analítico el reconocimiento y la producción. Las formaciones ideológicas, como las discursivas, permiten ordenar una parte de la sociedad que se constituye como fuerza sincrónica-diacrónica de manera consensual o conflictiva, describiendo en el discurso lo que se puede “decir” y “no decir”. Por ejemplo, para Althusser (1984) podría ser un “aparato ideológico”, mientras que para Marx (1967), la “lucha de clases sociales”. Tanto para uno y otro, el sujeto es relevante si el discurso adquiere un rol social y una posición de clase. Esta ubicuidad de clase se relaciona con una proyección de mundo no subjetivista, la cual posibilita que la ideología sea el instrumento para dar cuenta de procesos de agenciamiento semántico, lingüístico y gramatical. Es en ese marco que se producen las palabras, en contextos sociales determinados y que explican disputas en el campo político, interpelando al sujeto y al objeto recíprocamente.

En 1977, Ernesto Laclau escribe su primer libro en inglés que se traducirá al español en 1978, titulado *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Allí conceptualiza lo que entiende por populismo²⁶, el rol de las clases sociales y cómo las mismas determinan tanto las formas de los campos ideológicos y políticos de los sectores dominantes como los de los sectores dominados, desde una concepción discursiva de las relaciones sociales. De esta manera, los objetos como las identidades de los sujetos no adquieren un significado esencial, sino que el mismo se debe a la inserción en un determinado complejo relacional de sentidos más amplios. El aporte del autor es analizar la complejidad de las diferentes fuerzas hegemónicas en tanto logran articular las demandas sociales e interpretaciones democráticas al interior del discurso ideológico.

Ernesto Laclau expresa:

[...] lo que transforma a un discurso ideológico en populista es una peculiar forma de articulación de las interpretaciones po-

26 Para un análisis más extenso del carácter polisémico del término *populismo*, véase Laclau (2015 [1978]; 2005); Marchart (2008), Critchley y Marchart (2008), entre otros, quienes sostienen que su especificidad se encuentra en el plano ontológico de lo político. Laclau en *La Razón Populista* (2005) se detiene en desarrollar una concepción de *populismo* como una forma más que un contenido, una lógica de funcionamiento, un tipo de discurso que da cuenta de las condiciones históricas de funcionamiento de una época determinada.

pular-democráticas al mismo. Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de las interpretaciones populares democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante (2015 [1978], p. 201).

Frente a este escenario, Laclau argumenta que el carácter de clase de una ideología debe buscarse en el principio de articulación que los unifica. Con lo cual, reconoce que el discurso construye a los individuos como sujetos, donde las modalidades de interpelación se dan identificando a otro, a lo opuesto y a lo diferente.

La clase dominante ejerce su hegemonía de dos maneras: 1) a través de la articulación de su discurso de clase de las contradicciones e interpelaciones no clasistas; 2) a través de la absorción de contenidos que forma parte del discurso político e ideológico de las clases dominadas (Laclau, 2015 [1978], p. 188-189).

A la luz de esas argumentaciones, se admite que, inicialmente, el populismo no parte de una clase, sino que depende de lógicas de articulación y de interpelaciones al sujeto; sujeto que juega un rol dicotómico en el campo político dependiendo de los discursos en el que se sitúa. En segundo lugar, Laclau, continúa con el intento de separarse del marxismo clásico, pero aún le da un lugar importante a los medios y a las relaciones de producción entre los sujetos sociales. En tercer lugar, el autor destaca una primacía de lo ideológico más que a la apelación de lo discursivo. Ideológico en tanto que persisten las determinaciones de clase social. En cuarto lugar, emerge el aspecto económico, al admitir y reconocer el concepto de clase. Finalmente, el populismo requiere un amplio abanico de interpretaciones. Se analiza como una lógica social que refiere a un modo de construir lo político, «de manera que el populismo aparezca como una posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política» (Laclau, 200, p. 27-28).

Ernesto Laclau, en la obra *La Razón Populista*, retoma y reorienta sus reflexiones para complejizar las lecturas en torno al populismo como lógica de construcción de lo político. De esta manera, lo que registra es una distancia respecto del reduccionismo de clase que se identificaba en la perspectiva marxista. La propuesta es analizar el contenido del discurso desde las articulaciones políticas e ideoló-

gicas, que se plasman en las diferentes clases sociales dominantes y dominadas.

El diálogo que Laclau (2015 [1978]) establece con Althusser (1967) lo remiten a una lectura en clave retrospectiva hacia el marxismo clásico, en el cual la interpretación de la realidad social y política es de corte economicista. Esto implica analizar las clases sociales como luchas antagónicas, proletarios y burgueses, una topología con dos lugares lógicos: la estructura y la superestructura. «No hay nada en la estructura social que pueda estar por afuera de la base material o la superestructura, al mismo tiempo que la base material sirve de fundamento de la superestructura», expresan Biglieri y Perelló (2012, p. 18). Los autores, señalan que, en los trabajos de Althusser, las contradicciones sociales y políticas que se gestan entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción no son suficientes para explicar el proceso histórico, sino que se debe profundizar en la ruptura de la base material de la sociedad.

La contradicción principal, para que funcione como principio de ruptura general, debía estar sobredeterminada. Esto es lo único que podía dar cuenta de por qué las masas populares divididas en distintas clases (proletarios, campesinos, pequeña burguesía) se lanzaban juntas al asalto del régimen existente. Y esto es también lo que explicaba por qué —a pesar de su larga experiencia como dominadores— las clases dominantes rusas (aristocracia, gran burguesía, burguesía industrial, burguesía financiera, etc.) se encontraban impotentes en un momento así de decisivo (Biglieri y Perelló, 2012, p. 20-21).

La cita manifiesta el carácter explícito de la categoría “sobredeterminación”, donde la economía (o modo de producción) iba a (sobre) determinar el curso de los acontecimientos sociales y políticos.

Como correlato, en 1985 Ernesto Laclau en coautoría con Chantal Mouffe recuperan diálogos althusserianos en *Hegemonía y estrategia socialista*. En este escrito revisan, de manera crítica y deconstructivista, la perspectiva marxista y comienzan a dar a luz la categoría “hegemonía”, proveniente de la corriente gramsciana. Desde diferentes lecturas y análisis situacionales, buscan superar el giro posmarxista y pensar en un horizonte socialista a través de la radicalización de la democracia. En tal sentido, expresan:

Si la economía es un objeto que puede determinar en última instancia a todo tipo de sociedad, esto significa que, al menos en lo que se refiere a esa instancia, nos enfrentamos con una determinación simple y no con una sobredeterminación. Y si la sociedad tiene una última instancia que determina sus leyes en movimiento, se sigue que las relaciones entre las instancias sobredeterminadas y la última instancia que opera según una determinación simple y unidireccional deben ser concebidas en términos de esta última (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 136).

Finalmente, recuperan y recogen del marxismo lo que, en el plano teórico y analítico, Althusser (1967) no ha podido dar cuenta; y continúan preguntándose acerca de la sobredeterminación en la sociedad:

[...] el sentido potencial más profundo que tiene la afirmación althusseriana de que no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado, es la aserción de que lo social se constituye como orden simbólico. El carácter simbólico —es decir, sobredeterminado— de las relaciones sociales implica, por lo tanto, que éstas carecen de una literalidad última que las reduciría a momentos necesarios de una ley inmanente. No habría pues, dos planos, uno de las esencias y otro de las apariencias, dado que no habría la posibilidad de fijar un sentido literal último, frente al cual lo simbólico se constituiría como plano de significación segunda y derivada. La sociedad y los agentes sociales carecerían de esencia, y sus regularidades constituirían tan solo en las formas relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de un cierto orden. A partir de este punto, parecería abrirse la posibilidad de un nuevo concepto de articulación fundado en el carácter sobredeterminado de las relaciones sociales. Y, sin embargo, esto no ocurrió. El concepto de sobredeterminación tendió a desaparecer del discurso althusseriano y se operó un cierre creciente que conduciría al establecimiento de una nueva variante de esencialismo (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 134-135).

Dicho, en otros términos, la categoría “sobredeterminación” no produjo cambios al interior del discurso marxista. Esto se debió a la

vinculación analítica de la categoría “determinación” al interior de la economía.

Otro pensador marxista con el que dialoga Laclau es con Antonio Gramsci (2008). Se detiene en analizar las diversas relaciones sociales de clases entre los burgueses y campesinos, mediante articulaciones materializadas en el campo social, y estudia problemáticas referidas a la marginalidad al interior de la sociedad. En este contexto, emerge un nuevo grupo social que Gramsci identifica como los “intelectuales”, considerados como:

[...] todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no solo en el campo económico, sino también en el social y en el político (Gramsci, 1967, p. 21).

Incorporar a las estructuras sociales la figura de los intelectuales “orgánicos” —como los denomina Gramsci— posibilita ampliar las funciones y actividades al interior de la sociedad que hacen a la dirigencia, a la técnica y a la producción económica. Además, «debe ser un organizador de masas, organizador de la confianza de los inversionistas en su administración, de los compradores de su mercancía» (Gramsci, 1967, p. 21). Al mismo tiempo, son quienes se encargan de reestablecer nuevas relaciones entre sus miembros, especializándose en diferentes áreas. El intelectual orgánico es el que «emerge sobre el terreno a exigencias de una función necesaria en el campo de la producción económica» (Gramsci, 1967, p. 22). Aparece el “empresario capitalista”, quien representa un producto social intelectual que es superior al técnico y al dirigente. Estas tipologías y categorizaciones se asocian a la idea de clase social.

Específicamente, Laclau con Mouffe (2000 [1990]) realizan todo un recorrido teórico para recuperar los conceptos básicos del análisis gramsciano, el cual les permite analizar las clases sociales que se requieren para el cambio social en contextos coyunturales, pero, a su vez, distanciarse de aquellos postulados del pensador italiano sobre el concepto de clase social.

Gramsci es quien introduce la noción de hegemonía como la construcción que se produce a partir de las articulaciones de las cla-

ses sociales que ya no son coyunturales. El autor sostiene que dichas articulaciones emergen de la matriz de las clases para crear una voluntad colectiva que se haga cargo de la dirección moral e intelectual de las mismas. Para los gramscianos, tienen que existir ciertas condiciones necesarias para llevar a cabo la revolución o el cambio social. En este sentido, lo que se proyecta es la superación de la clase en sí misma, dejar los particularismos de cada una, para comenzar a articularse conjuntamente y, de esta manera, cuestionar la dominación que puede llegar a ejercer una clase social sobre otra (quienes poseen los medios de producción y quienes ofrecen las fuerzas de trabajo). Esta situación permite que se interrogue por la hegemonía no solamente vinculándola a quienes ejercen el poder, sino también sobre las relaciones de quienes lo receptan. Se establece nuevamente un juego de articulaciones que se complejiza, ya que se busca la desarticulación del marxismo, teoría en la cual la economía determina las condiciones materiales de existencia.

La perspectiva gramsciana, al pretender despojarse de ciertos particularismos de las clases sociales, busca otros intereses dialogando con el marxismo. Se interroga acerca de cómo vincular las clases sociales, quiénes ejercen el poder y en qué contextos. En este sentido, admite:

El proletariado debía hacer suya esa orientación para darle eficiencia política: esto es obvio. Ninguna acción de masa es posible si la propia masa no está convencida de los fines que quiere alcanzar y de los métodos que debe aplicar. El proletariado, para ser capaz de gobernar como clase tiene que despojarse de todo residuo corporativo, de todo prejuicio o de incrustación sindicalista. ¿Qué significa eso? Que no solo hay que superar las diferencias que existen entre las diversas profesiones, sino que, para conquistar la confianza y el consenso de los campesinos y de algunas categorías semiproletarias de las ciudades, hay que superar también algunos prejuicios y vencer ciertos egoísmos que pueden subsistir y subsisten en la clase obrera como tal, aunque en su seno hayan desaparecido ya los particularismos profesionales. El metalúrgico, el carpintero, el albañil, etc., tienen que pensar no ya solo como proletarios, y no como metalúrgico, carpintero, albañil, etc., sino que tienen que dar un paso más: tienen que pensar como obreros miembros de una clase que

tiende a dirigir a los campesinos y a los intelectuales, como miembros de una clase que puede vencer y puede constituir el socialismo solo si es ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser clase dirigente, y esos estratos, que en Italia representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al Estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de debilitarlo (Gramsci, 2008, p. 270-271).

La cita posibilita comprender el carácter articulador de intereses de las clases sociales despojándose de todo tipo de particularismo que cada clase trae consigo, para así buscar otros intereses que representen a las clases. Por tal motivo, para Laclau y Mouffe (2000 [1990]) es necesario radicalizar las ideas, considerando tres aspectos esenciales: filosófico, social y político, reconociendo en cada uno de ellos lo siguiente:

1. Filosófico: radicalizar el materialismo (discurso). La Teoría del discurso no es un simple enfoque teórico o epistemológico: al afirmar la radical historicidad del ser y, por lo tanto, el carácter puramente humano de la verdad, ella implica la decisión de mostrar al mundo como lo que realmente es: una construcción puramente social de los hombres que no está fundada en ninguna “necesidad” externa a ella misma ni Dios, ni las “formas esenciales” ni las leyes necesarias de la historia (Laclau y Mouffe, 2000 [1990], p. 44-145).
2. Social: radicalizar la concepción de agentes sociales y conflictos (antagonismos). Iluminar tendencias fundamentales en el auto-desarrollo del capitalismo y los antagonismos que este último genera [...]. Hoy sabemos que los efectos dislocatorios que el capitalismo genera a nivel internacional son muchos más profundos que los que Marx había previsto. Esto nos obliga a radicalizar y a transformar en una variedad de direcciones la concepción de Marx acerca del agente social y de los antagonismos sociales (Laclau y Mouffe, 2000 [1990], p. 145).
3. Político: radicalizar el proyecto socialista (noción de democracia radical).

[...] las transformaciones políticas que nos permitirán finalmente ir más allá de la sociedad capitalista se fundan en la pluralidad de los agentes sociales y de sus luchas. De este modo se expande el campo del conflicto social, en lugar de concentrarse en el ‘agente privilegiado’ del cambio socialista. Esto significa también que la extensión y radicalización de las luchas democráticas no tienen un punto final de llegada en el logro de una sociedad plenamente liberada. Siempre habrá antagonismos, luchas y parcial opacidad de lo social, siempre habrá historia. El mito de la sociedad transparente y homogénea que implicaría el fin de la política debe ser resueltamente abandonado” (Laclau y Mouffe, 2000 [1990], p. 145).

En otras palabras, ubicarse dentro del terreno postmarxista no solo clarifica el sentido de las luchas sociales, sino también intenta revertir la radicalización de la teoría marxista en aspectos filosóficos, sociales y políticos. Se busca reconocer la presencia de límites y su propia historicidad, articulando intereses en estructuras sociales que no son completas, sino que están falladas, es decir, estructuras abiertas que tienen fisuras.

Finalmente, es importante destacar en Ernesto Laclau la aproximación teórica llevada a cabo en el año 2005, cuando condensa al discurso como «un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto, “relación” y “objetividad” son sinónimos» (Laclau, 2005, p. 92). Es decir, estos elementos descriptos adquieren sentido en una materialidad discursiva. Además, las diversas operacionalizaciones que se realizan son significativas porque están inscriptas en una red discursiva que involucra lo simbólico, lo social, y lo ideológico, hasta las múltiples prácticas sociales que se llevan a cabo.

1.1.1. Posmarxismo, inscripciones desde la perspectiva de Verón

El postmarxismo, desde la perspectiva de Eliseo Verón (1987), presenta una lectura retrospectiva en clave histórica a principios de la década del '70, vinculado con la tríada compuesta por el marxismo, el estructuralismo y la lingüística. «Existe un exterior constitutivo, que es el espacio en el cual se definen los sentidos que migrarán en

una red interdiscursiva; es decir, una matriz que presta sus configuraciones al sujeto» (Martínez, 2011, p. 15). El sentido que las palabras adquieren en el discurso es múltiple, heterogéneo y variado, y son factores condicionantes del exterior constitutivo los que dan como resultado diferentes significados. ¿Cómo estas relaciones se (re)configuran en el contexto político? Para ello, hay dos categorías que requieren ser trabajadas: “ideología” y “discurso”. Dichos conceptos se complementan, pero a la vez se presentan como conflictivas y antagónicas. Martínez (2011), por ejemplo, inscribió sus observaciones del texto de Pecheux en una discusión más amplia referida al discurso y lo ideológico, e introdujo la cuestión de distinguir en un primer momento la presencia del discurso ideológico y su correspondiente interpelación con el Otro (enunciación); y, en un segundo momento, la recepción de los sujetos constituidos como tales en relación a sus condiciones de producción históricas determinadas.

Implica necesariamente al discurso como la forma material en la que se realizan sus efectos de sentido: hay una relación de género (ideología) y especie (discursiva), estableciéndose una correlación necesaria entre conjuntos que aparecen como homogéneos y duraderos en determinadas condiciones históricas (Martínez, 2011, p. 15).

Así, las palabras adquieren sentidos y significados sobre la base de la formación discursiva-ideológica a la que pertenecen. Si un término cambia su valor significativo en el discurso, es porque se modifican en el campo simbólico las posiciones del sujeto: enunciadador-enunciado y, por lo tanto, el contexto histórico discursivo hace que sea legible-ilegible el sentido social. Consecuentemente, es en el exterior constitutivo donde los significados y las fronteras trazan límites, donde el sujeto es quien toma la palabra, ya sea por el rol social y/o por la clase a la que pertenece, una vez que la ideología le proporciona los elementos acerca de lo que posteriormente enunciará. La realidad social se encuentra mediada, atravesada, por múltiples interpretaciones y representaciones que se hacen de los fenómenos para intentar comprenderlos. Que hable la ideología en el discurso a través del sujeto y las múltiples y variadas significaciones del mismo implica dar cuenta de los procesos de apropiación que se producen, es decir, de las palabras en contextos coyunturales, donde los antagonismos y conflictos se encuentran en la superficie territorial.

Louis Althusser (1986) es quien contribuye a ampliar la noción de “ideología” y “discurso” como conceptos que se presentan ambiguos —porque deforman el sentido y el significado del objeto y, a la vez, producen en parte el mismo objeto del que hablan—. Hay una intencionalidad de reconocer que los objetos se definen de una manera y transitan discursivamente en los discursos, pero, a la vez, hay un desconocimiento del mundo que lo rodea y al que le habla. Porque cuando el sujeto habla se refiere a los objetos tal como están configurados por la formación ideológica a la que pertenecen. El sentido que se inscribe en el discurso está vinculado a determinadas condiciones de producción.

En otros términos, el sujeto se desplaza en un campo político precondicionado por “reglas” que dependen de las condiciones de producción de cada uno y de lo que conforma los:

[...] “aparatos ideológicos del estado”²⁷, la escuela (y también otras instituciones del Estado, como la Iglesia, y otros aparatos como el Ejército) enseña las habilidades bajo formas que aseguran el sometimiento a la ideología dominante del dominio de su práctica (Althusser, 1986, p. 15).

Actúa como representación de una realidad que es imaginaria de los sujetos, pero con sus condiciones de existencia. Por tal motivo, afirma Althusser

Toda ideología, en su deformación necesariamente imaginaria, no representa las relaciones de producción existentes (y las otras relaciones que de allí derivan) sino ante todo la relación (imaginaria) de los individuos con las relaciones de producción y las relaciones que de ellas resultan. En la ideología no está representado entonces el sistema de relaciones reales que gobiernan la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de esos individuos con las relaciones reales en que viven (1986, p. 56).

27 «En la teoría marxista el aparato de Estado (AE) comprende: el gobierno, la administración, el ejército, la policía, los tribunales, las prisiones, etc., que constituyen lo que llamaremos desde ahora el aparato represivo del Estado. Represivo significa que el aparato de Estado en cuestión “funciona mediante la violencia”, por lo menos en situaciones límites (pues la represión administrativa, por ejemplo, puede revestir formas no físicas)» (Althusser, 1986, p. 27).

Para este autor, la ideología tiene un efecto por su condición de realidad imaginaria. Reconoce su condición, pero, a la vez, desconoce el cómo de las relaciones que son reales referidas a la noción de mundo y de sujeto. Así, el discurso se encuentra en un proceso de articulación ideológica y de fenómenos lingüísticos que entran en tensión. La ideología como relación imaginaria de la representación que los sujetos creen tener del mundo exterior cumple algunas funciones: a) hay una operacionalización que interpela subjetivamente al sujeto; b) no prevalece la noción de un único sujeto centrado; c) la libertad del sujeto de elegir sus roles pero la dependencia de las acciones que realiza son interpelaciones de clases dominantes; d) relación con el contexto; e) noción de sujeto intersubjetivo interpelante; y, f) producción de sentido social. Se trata de estudiar de manera convergente al discurso y con ello al exterior constitutivo ideológico en el cual subyacen visiblemente relaciones y tensiones entre las clases, los antagonismos y los conflictos que se materializan en la sociedad, adquiriendo diferentes sentidos y significados.

En la década del '80 se produce un giro lingüístico, metodológico y teórico para el estudio de la discursividad política. Esto implicó un cambio sustantivo en las disciplinas y el abordaje del objeto de estudio, el discurso, como dimensión que articula lo social y la subjetividad. Es el giro lingüístico y los aportes de autores que provienen del postmarxismo como Althusser (1986) y del posestructuralismo, como Foucault (1969; 1970), Angenot (2012) y Verón (1987), entre otros, quienes van a posibilitar articular novedosas nociones teóricas que permiten pensar la lógica de las identidades políticas y los sujetos sociales. En este marco, el discurso comienza a manifestarse como instancia que articula sentidos y como una condición de emergencia de lo real. Martínez (2011) afirma:

Se cuestiona entonces el postulado de la representación / deformación de lo real, toda idea de correspondencia necesaria entre el discurso y alguna otra entidad autónoma y pre constituida (el referente, la clase social, la ideología, la relación de poder). También la imposibilidad definitiva de pensar procesos lineales de sentido, la transparencia del sentido en su circulación social y homogeneidad absoluta de la lógica de su producción pensada causalmente en relación a diferentes sistemas estables de determinación (p. 18).

En otras palabras, desde la lectura marxista se propone dialogar acerca de la categoría “discurso”, la cual posibilita reconocer ciertas demandas e identidades políticas que anteriormente no se encontraban representadas por las clases sociales. Esto lleva a la necesidad de trasladar el eje desde el cual mirar la categoría en cuestión, prestar atención a las fronteras políticas que facilitan la movilidad de la estructura del discurso, fronteras que, en ocasiones, se las puede encontrar en los márgenes de los discursos hegemónicos o al interior, haciéndolos más o menos visibles.

1.2. Posestructuralismo, aproximaciones desde Laclau y desde Verón

En un primer acercamiento al posestructuralismo, se recuperan los aportes de Verón. Posteriormente, se retoman los trabajos de Laclau y Mouffe (1987) y se amplían las lecturas con los aportes de Yannis Stavrakakis (2007), Carl Schmitt (2009), Francisco Panizza (2009) y Sebastián Barros (2002), quienes contribuyen a enriquecer el concepto de discurso.

Desde la perspectiva veroniana, la mirada postestructuralista rescata el discurso del modelo de Peirce²⁸ (1986), la relación tricotómica del signo como objeto y la relación que subyace entre signo y realidad. Su enfoque se detiene en analizar los efectos que los signos provocan en los intérpretes y los hábitos de conductas que se manifiestan. En el signo hay un preconcepto que explica el objeto y esto contribuye a darle sentido y significado a las palabras en el discurso. Es relevante el aporte de Peirce al enfoque veroniano, porque esta noción de objeto abre el camino para plantear múltiples significaciones acerca de la ideología, el poder y el modo en que el objeto es representado por el signo, lo que para Verón es una “semiosis infinita” (1987). Desde esta lectura, podemos interrogarnos: ¿cómo conocemos la realidad?, ¿cómo se presentan en la realidad los fenóme-

28 En el modelo ternario Peirce hace una inversión, donde admite que lo primero que conocemos es el signo y este es quien construye el objeto del que se habla. El signo aparece como verdadero porque en el contexto social (sociedad) hay un consenso sobre el mismo en un determinado momento. Entonces, se absorben los signos que dan cuenta de esos fenómenos y los reconoce como verdaderos hasta que otro signo se modifica o se impone y se realiza la misma operacionalización, una semiosis infinita.

nos a estudiar?, ¿cómo podemos desarrollar un signo cada vez más complejo que dé cuenta del discurso y de su discursividad? Estudiar el discurso como materialidad es visibilizar la modalidad mediante la cual las diferentes relaciones de poder previamente constituidas y pre determinadas en base a las clases sociales, ideologías y el poder, delimitan significados.

Verón (1987) recupera del pensamiento peirceano la posibilidad de que el discurso pueda ser leído de múltiples maneras, generar sentidos y significados. Se discute, en cada discurso, las relaciones de poder e ideología que implícitamente se encuentran al interior. Hay una mirada en clave retrospectiva, porque se recupera del discurso *A* marcas que dieron origen al discurso *B* y así sucesivamente de manera infinita. Por otra parte, desde el enfoque saussureano en base a los postulados de Pierce se agrega que el orden del significado permite “anular el ‘mundo real’ como universo referencial de los signos lingüísticos” (Verón, 1987, p. 100); mientras que desde el enfoque veroniano lo que se busca es “reintroducir el espesor de lo real en la red de la semiosis infinita” (Verón, 1987, p. 133).

Verón expresa

Es preciso afirmar a la vez que hay una realidad cuyo ser no depende de nuestras representaciones, y que la noción misma de realidad es inseparable de su producción en el interior de la semiosis; es decir que, sin semiosis, no habría real ni existentes. Porque son las leyes mismas de los signos las que nos llevan a postular que en el mundo hay cosas que no son signos (1987, p. 116).

La obra de Michel Foucault y el diálogo crítico con el marxismo amplía las lecturas para pensar la condición política, las normas y la ética de la verdad a partir de ciertas condiciones históricas de posibilidad que, al mismo tiempo, viabilizan, por sus efectos y sentidos, ciertas prácticas sociales. En sus obras *La arqueología del saber* (2005 [1969]) y *El orden del discurso* (2008 [1970]) busca, en las reglas y las normas, las herramientas que establecen el alcance de los objetos. Además, para el autor son importantes las condiciones históricas, porque hacen que los enunciados en el discurso en un determinado momento, en clave histórica, sean posibles de verificar empíricamen-

te. La enunciación de cada discurso representa la verdad de cada espacio territorial determinado. Hay una noción que da cuenta de cómo en la enunciación se construye la realidad.

Es en el discurso donde el objeto se encuentra por encima del signo; esto implica que se recurre al exterior constitutivo para analizar en la interioridad del discurso el sentido y el significado de las palabras. Palabras que, en el contexto del discurso, se presentan como un entramado de redes donde el objeto emerge para su interpretación. Así, «el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse» (Foucault, 2008 [1970], p. 15). La cita contribuye a leer el discurso como un proceso mediado, en el cual se remite en primer lugar a la especificidad de los enunciados. Éstos no adquieren una unidad de sentido propia, emergen de las formaciones discursivas donde las lecturas posibilitan su interpretación. En este sentido, «los enunciados diferentes en su forma, dispersos en el tiempo, constituyen un conjunto si se refieren a un solo y mismo objeto» (Foucault, 2005 [1969], p. 51), haciendo posible que los objetos de los cuales se desglosan de los discursos sean legibles, impresos en superficies de emergencia política.

[...] el discurso está en el orden de las leyes, que desde hace mucho tiempo se vela por su aparición; que se le ha preparado un lugar que le honra pero que le desarma y que, si consigue algún poder, es de nosotros y únicamente de nosotros de quien lo obtiene (Foucault, 2008 [1970], p. 13).

En según lugar, los enunciados y los objetos buscan especificar desde qué discurso se habla y a quién se habla. Esto da lugar a pensar que

[...] en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad (Foucault, 2008 [1970], p. 14).

Los enunciados y los objetos que forman parte del discurso no responden a un solo orden de discursos preestablecidos. Entre ellos hay cruzamientos y yuxtaposiciones que hacen que se incluyan/excluyan del campo discursivo. No prevalece una concepción macro de la historia como proceso político, sino que, justamente, los acontecimientos y la emergencia de los mismos comienzan a retrotraerse a las condiciones externas de posibilidad. «Los discursos deben ser tratados como prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o se excluyen» (Foucault, 2008 [1970], p. 53).

Ahora bien, la disputa por la significación de discurso y de lo político parte inicialmente de reconocer que la especificidad de lo político se define desde el antagonismo mientras que, la especificidad de lo discursivo se hace desde una lucha por imponer sentidos. De ahí que los hechos políticos sean polémicos, atravesados al interior del discurso por relaciones de poder y además constantemente disputados por otros discursos. Esta disputa por otorgar significación implica el carácter constitutivo de lo político, lo social y lo discursivo.

En este escenario, la propuesta foucaultiana centra su mirada en las discontinuidades que se presentan entre los objetos, el sujeto y el discurso en un contexto histórico determinado y, además, se considera la necesaria recurrencia de interiorizar el exterior constitutivo para dilucidar el discurso. Se configuran tres ejes para interpretar la diada realidad/discurso: 1) la performatividad del lenguaje, 2) la perspectiva no subjetivista y 3) la existencia de lo real versus lo simbólico en el discurso. En esta relación triádica, el sujeto no aparece identificado y establecido, y que todo depende de la temporalidad y de las condiciones de producción que posibilitan que el discurso se proyecte legible para la sociedad.

Por otra parte, la Teoría del discurso político de Ernesto Laclau supone, desde la mirada estructuralista, que el discurso que proviene de la lingüística incorpora la idea del lenguaje como un sistema abierto y no cerrado²⁹. Podemos decir que para que exista política

29 En este aspecto, el posestructuralismo se distancia del estructuralismo clásico de Saussure (1945) al esquematizar una estructura discursiva del lenguaje cerrado, estable, en la cual el lenguaje es un sistema de diferencias donde hay un elemento que se define en oposición a otro. Esta modalidad de vinculación hace que exista arbitrariedad entre los distintos elementos que se encuentran al interior de la estructura discursiva.

tiene que haber un enemigo público o un Otro, a partir del cual se define, por lógica del antagonismo, una frontera móvil que se desplaza y un elemento excluido radical. La presencia de significantes vacíos es importante en un discurso. La vacuidad (por flotación, es decir, se da por exceso) del significado es posible por la flexibilidad. Esta característica posibilita ampliar las cadenas equivalenciales mientras los discursos se hagan más imprecisos, ya que podrán incluir nuevas demandas.

Para Ernesto Laclau «la única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más neutral sino el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse» (2005, p. 94). Así, se concluye en este esquema lógico y analítico que el discurso es una estructura abierta, contingente; que al interior hay un antagonismo que es también en relación a ese Otro que es constitutivo y, en esta operacionalización de “juegos del lenguaje”³⁰ (Wittgenstein, 1999), se realizan tres elementos que se articulan mutuamente a la noción de discurso: lo discursivo, lo social y lo político. Como correlato de lo mencionado, el autor recupera diálogos con Lacan. Con él, comparte la idea de que toda identidad es relacional, y que la misma se da en oposición a Otro, vinculándose con un sujeto como sujeto de una falta³¹.

Tanto la lectura del discurso, el sujeto y la política abordada por Verón como por Laclau representan un análisis teórico construido desde los estudios postmarxistas hacia los estudios posfundamento, adentrándose en el análisis político por las formas de la política y no ya por el contenido de la misma. Pensar desde Verón es recurrir al sentido y al efecto que está inscripto en las materialidades discursivas propiamente dichas. Es importante considerar ciertas condiciones (sociales, políticas, económicas) que, en un contexto determinado, circulan en la sociedad. Ello a los fines de extraer un fragmento del

30 Término utilizado por Wittgenstein; implica la articulación de las palabras y las acciones de manera tal que la función de fijación nodal nunca es una mera operación verbal, sino que está inserta en prácticas materiales que pueden adquirir fijeza institucional (Laclau, 2005, p. 138).

31 Desde el psicoanálisis lacaniano se asocia la falta al complejo de castración que implica que el objeto de deseo ya es inalcanzable. En este análisis, el deseo es aquella falta que identifica al sujeto ligado a ciertas condiciones que se las puede interpretar pero que siempre son insatisfechas.

mismo y poder operacionalizar lógicamente las huellas que dan origen a las condiciones de producción que se explicitan como una de las dimensiones ideológicas, pero también identificar las condiciones de reconocimiento que permiten inferir el sentido y el efecto del discurso.

La perspectiva laclausiana concentra el interés en el discurso y en la hegemonía, desde una idea de sociedad imposible y con un elemento que contribuye a su identificación, denominado “significante vacío”. Este significante, articulado con las fronteras y las demandas, va a dar cuenta de la lógica hegemónica donde la creencia adquiere protagonismo. Este significante, que es capaz de representar la universalidad pero que es imposible porque la sociedad es constitutivamente incompleta, no tiene un punto de cierre, de sutura, siempre hay un exterior que lo amenaza, lo disloca. Pero, al mismo tiempo, ese significante que se instala como hegemónico es el que organiza la hegemonía durante un tiempo, hasta que nuevamente otro significante se instale y se vuelva a replantear la noción de hegemonía.

Laclau (2005) y Verón (1987) presentan una perspectiva constructivista capaz de avanzar y superar el estructuralismo. La complejidad de la teoría se concentra en las fronteras que representan las estructuras discursivas como totalidades cerradas ya que ambos poseen un pensamiento anti metafísico y, para ellos, la realidad es contingente. A lo esencial oponen lo contingente; a la identidad, la diferencia, por eso ambos recuperan la noción de “discurso”. Nada es en sí mismo dado, todo depende de cómo opera la teoría en cada pensador para visibilizar empíricamente sus abordajes teóricos, epistemológicos y metodológicos de lo que en un momento determinado es hegemónico, ya que ello refleja una identidad política, es antagonico y circula en la sociedad. Es en este orden en el cual la articulación de postmarxistas y postestructuralistas delimitan las condiciones para un análisis pormenorizado del discurso.

1.3. Posfundamento, algunas nociones desde el discurso político

Ernesto Laclau centra su análisis en la estructura del discurso abierto, flexible, con fronteras políticas móviles. Hay un exterior que está ubicado en el afuera de la estructura que hace que siempre la mirada sea contingente, fallida, modificable, amenazada por un antagonis-

mo. La idea que emerge de esta corriente posfundacional es que el fundamento último, la totalidad, no es alcanzable, sino que siempre va a ser parcial y relativa.

Los aportes de Marchart (2009) permiten pensar la modalidad de vincular su pensamiento al proponer como eje articulador la relación que plantea entre lo político y lo social desde un enfoque óntico y ontológico. En este sentido, para Laclau (2005) la política está vinculada por una dimensión óntica la cual hace referencia al contenido, mientras que lo político se vincula con una dimensión ontológica que hace referencia a la forma.

Es importante destacar que se busca identificar la distinción entre lo que se entiende por “la política” y lo que se entiende por “lo político” (Marchart, 2009; Laclau, 2005; 2002; 2011 [1985]) en la corriente postfundamento, desde un espacio público que resignifica sentidos y significados. Este es un lugar donde las articulaciones de la dimensión de lo político y de la política son pensadas más allá de la mirada disciplinar politológica. En efecto, se trata de pensar “lo político” no como un espacio homogéneo, administrable, sino como una práctica instituyente que surge como consecuencia de fisuras constitutivas que se encuentran en los temas nodulares de la sociedad. Una bisagra que imposibilita considerar a la sociedad como un todo materializable, objetivo y empírico, sino más bien lo social como constitutivo de la realidad. Mientras que pensar “la política”, es recuperar de lo instituido las herramientas para poder reconocer las demandas sociales heterogéneas que la ciudadanía reclama y expresa a la sociedad. Dicho de otra manera, este “deber ser” propone replantearse lógicas políticas y sociales divergentes.

La política o lo político, según la terminología implicada, es tratar simbólicamente con aquellos antagonismos y dislocaciones que atravesando al tejido social dan cuenta a la vez de esa brecha y fractura estructural. Ningún orden sociopolítico por bien constituido que esté en sus instituciones puede quedar a salvo de las consecuencias de esa ruptura en los fundamentos mismos de lo social (Aleman, 2012, p. 10).

La cita posibilita pensar la distinción entre “la política” que centra su lectura en el contenido, es decir, en las acciones políticas con-

vencionales y gubernamentales tales como, por ejemplo, los partidos políticos, la competencia electoral, las acciones gubernamentales, y “lo político” se detiene en las formas, en tanto estrategias y metodologías de llevar a cabo las acciones. Ambas distinciones admiten pensar de manera complementaria las lógicas políticas y sociales desde lo discursivo.

Ahora bien, teniendo en cuenta la distinción realizada, es relevante preguntarse siguiendo el pensamiento laclausiano, ¿por qué detenerse en analizar “lo político” para (re)pensar en la política? Es en este sentido que se va a recuperar de Laclau la obra *Misticismo, Retórica y Política* (2002) las diferentes figuras lógicas de la retórica para comprender y analizar las formas de “lo político”. Este pensamiento lo va a retomar con mayor complejidad en el año 2005 cuando escribe *La Razón Populista*, donde explicita que existen cuatro conjuntos de categorías que contribuyen a comprender la teoría: “discurso”, “significantes vacíos”, “hegemonía” y “retórica”, entendiendo esta última como «desplazamiento retórico siempre que un término literal es sustituido por otro figurativo» (Laclau, 2005, p. 95). El autor considera que hay cuatro formas de entender lo político y que se encuentran contempladas en las figuras de la retórica³² a saber: metáfora, metonimia, sinécdoque y catacrexis (Laclau, 2005, p. 26). Cada una va a dar cuenta del contexto histórico y la connotación de los fenómenos y objetos de análisis al interior del discurso para comprender su teoría. De esta manera, ya Laclau y Mouffe afirmaban que «la hegemonía es esencialmente metonímica: sus efectos surgen siempre a partir de un exceso de sentido resultante de una operación de desplazamiento» (2011 [1985], p. 186). Lo que es constitutivo de la relación hegemónica se debe a que los diferentes elementos y dimensiones al interior del discurso están siempre articulados y determinados por vínculos de carácter contingente.

En suma, interesa mirar la teoría del discurso político como un modo de abordar la discursividad política desde las lógicas y articulaciones, además de pensar las huellas discursivas desde las gramáticas de producción y gramáticas de reconocimiento que posibilitan leer, al interior del discurso político, materialidades discursivas. Por su especificidad y generalidad, el discurso requiere de fronteras mó-

32 Se hace uso de la retórica cuando existe un desplazamiento retórico siempre que un término literal es sustituido por otro figurativo (Laclau, 2005, p. 95).

viles y circulares para ser performativo, donde la posible presencia de ciertos límites contribuye a su significación como una totalidad. Esta siempre va a requerir de la existencia de una diferencia que se encuentra por fuera de la estructura.

2. Articulaciones, posicionamientos en construcción sobre el discurso político

Trabajar el discurso desde la politología refiere a la construcción discursiva donde las lógicas políticas posibilitan comprender lo político. Desde la semiótica, la identificación y emergencia de huellas que provienen de formaciones discursivas, que posibilitan identificar condiciones de producción, circulación y reconocimiento al interior de los discursos y así encontrar la especificidad de la política y de lo político al interior de cada discursividad.

Fair (2008) sostiene:

[...] existen entre estas dos teorías importantes fuentes de compatibilización y complementariedad observables en la primicia que ambas otorgan a las condiciones discursivas y a la dimensión conflictiva del discurso y también en la noción de sujeto de enunciación de la teoría de Verón (p. 2).

En particular, el análisis de la dimensión ideológica posibilita reconstruir las relaciones estratégicas que se establecen entre el sujeto de enunciación del discurso y sus condiciones de posibilidad. Las mencionadas teorías consideran «[...] que el discurso es el terreno en el que se producen las luchas por la hegemonía y se constituyen las identidades políticas» (Montero, 2012, p. 28). Estas no pueden pensarse por fuera del campo discursivo ya que se definen como diferenciales y relacionales, por lo cual se articulan en torno a los 'significantes vacíos' que establecen cadenas de sentido. Tanto Laclau como Verón adjudican el carácter ontológicamente constitutivo de la discursividad con relación a la realidad social.

Retamozo y Fernández (2010) señalan la necesidad de avanzar en un campo común entre ambas teorías. Sus análisis contribuyen a la identificación de encuentros teóricos y, en este sentido, admiten que

asumen el carácter ontológicamente constitutivo de la discursividad con respecto a la realidad social. De allí se derivan el uso compartido de un conjunto de categorías comunes (al menos desde el punto de vista terminológico) como son discurso, sentido, significación, significante que son utilizadas para la teoría social y/o política (Retamozo y Fernández, 2010, p. 2).

Hacerse los siguientes interrogantes: ¿qué es un discurso?, ¿qué se encuentra al interior del discurso político?, ¿cómo se construye el discurso político?, ¿cuáles son las lógicas políticas y las fronteras que operan en el discurso?, ¿cuál es el lugar que ocupa la enunciación?, ¿cómo funcionan las estrategias discursivas gubernamentales?, ¿cómo son los modos del decir de la gestión gubernamental?, ¿qué tipologías de demandas se encuentran en los discursos?, ¿cuáles son las condiciones de producción y de reconocimiento que circulan en el discurso?, ¿cómo se reconstruyen los significantes vacíos y fluctuantes?, ¿cómo opera la enunciación?, ¿cómo se construye la identidad política?, ¿cuáles son las estrategias y los componentes en el discurso? y ¿cuál es el rol del sujeto? permite suponer un juego estratégico de significantes vacíos y fluctuantes como inscripciones nodales en las cadenas equivalenciales, o la modalidad de enunciar a los colectivos en las diferentes acciones políticas gubernamentales que no pueden ser metodológica ni epistemológicamente comprendidas por fuera del discurso como texto objeto de análisis. «La posibilidad de una articulación discursiva, el juego de la equivalencia y la diferencia, es clave para la configuración de un “Nosotros” y un “Ellos”, mediante actos de identificación que amalgaman imaginarios como consustancial a procesos políticos» (Retamozo y Fernández, 2010, p. 18).

En síntesis, es posible pensar que la noción de discurso es una huella de una trayectoria que cruza diferentes campos disciplinares en la que se designa al mismo tiempo un objeto de estudio, y también es un tipo específico de análisis.

El discurso político —considerado como tipo de discurso social— debe gestionar, en su interior, entidades del imaginario de una sociedad dada. Pero no puede proceder de manera incondicionada: por definición, las mismas condiciones sociales que operan en la producción de imaginarios, operan también en la producción de discursos. Por lo mismo, en sentido inverso, se

trata de pensar en las condiciones sociales de producción de los imaginarios (Retamozo y Fernández, 2010, p. 13).

Se comparte la afirmación de Retamozo y Fernández:

La imposibilidad de concebir a la sociedad sin el discurso sin el funcionamiento de sistemas de significación. La sociedad es discurso no porque pueda reducirse al lenguaje sino porque no hay realidad social (esto es humana) sin la semiosis y porque no puede accederse a los procesos sociales sin el discurso (2010, p. 16).

En Laclau (2005) el campo discursivo puede aproximarse a la sutura, pero no a la idea de cierre absoluto. El término “sutura” es recuperado del psicoanálisis lacaniano y es usado para designar la producción del sujeto sobre la base de la cadena de su discurso; es decir de la no-correspondencia entre el sujeto y el Otro —lo simbólico— que impide el cierre de este último como presencia plena.

Verón (1987) focaliza la mirada en el enunciador, analizando lo que dice desde el discurso político y adentrándose en las estrategias metodológicas que se desprenden de la enunciación política. En el discurso se (re)definen las relaciones sociales del sujeto atravesadas por las lógicas del poder y, en este sentido, no hay poder que se pueda construir por fuera de una formación discursiva. Para el autor, es la modalidad de analizar la semiosis infinita³³, porque el sentido del discurso nunca es lineal ni contingente. En cada discurso se encuentran huellas que permiten identificar las condiciones de producción y las condiciones de reconocimiento. (Verón, 1987; 1987a; 1995).

Avanzar hacia «un proyecto político de una democracia radical en el actual escenario de un capitalismo globalizado» (Laclau, 2005). Aproximarnos a su arquitectura conceptual nos posibilita vincularnos a estrategias metodológicas que recuperan del diálogo interdisciplinar categorías que permiten reconfigurar el contexto socio-político de emergencia. En este escenario político, Laclau reconoce que «no hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas» (2005, p. 124).

33 La semiosis no está limitada a la esfera de la vida social ni en todo momento, sino que se adecua al espacio y al tiempo con el texto; véase para ampliar Verón (2004).

Los artículos de Fernández Massara sobre los encuentros teóricos entre Laclau y Verón dan cuenta de su recurrencia a ciertas categorías y delimitación en el recorrido intelectual. Verón y Laclau no se han influenciado de manera directa. Sus perspectivas han sido consideradas opuestas y hasta irreconciliables. Existen escasos y esporádicos trabajos donde se articulan espacios en común y diálogos en pos de emprender un análisis exhaustivo de la compleja discursividad social. Se considera, que las conceptualizaciones sobre la discursividad política constituyen los aportes más interesantes e incisivos de ambos autores, tanto en lo que respecta a sus diferencias como a los aspectos menos explorados de sus entrecruzamientos teórico-metodológicos (Fernández Massara, 2015, p. 76-77).

Capítulo III

Teoría del discurso político

Consideraciones teóricas: hegemonía, discurso y desplazamiento de la política y lo político

«La política tiene que ver con el desafío al orden institucional mediante el lenguaje radical de los excluidos, pero es también una dimensión de las prácticas que vuelven significativas a las instituciones y que contribuyen tanto a su supervivencia como a su erosión a través del tiempo. Como tal, opera en los espacios entre la lógica política de la revolución permanente y la lógica tecnocrática del fin de la historia. El hecho de que en la democracia liberal moderna los derechos estén legalmente codificados no significa que su existencia sólo sea concebible en el discurso legal o administrativo. Las demandas democráticas son tan constitutivas de lo político en las sociedades modernas como lo es la cadena de equivalencias que subvierte el orden antedicho»

Francisco Panizza, 2009, p. 46-47.

El capítulo III, denominado “Teoría del discurso político”, brinda herramientas teóricas, analíticas y metodológicas para comprender los procesos políticos y las lógicas de las disputas políticas fundamentalmente desde los aportes de Ernesto Laclau (1987). Desde esta perspectiva, como se analizó en los capítulos anteriores, el discurso admite un amplio abanico de interpretaciones, atravesando desde los legados del posmarxismo hacia el posfundamento. En ese marco, aquí se propone analizar y visibilizar la disputa por los significados, efectos y sentidos que caracterizan al discurso, y centrar la mirada desde la ontología de lo político que busca estudiar las formas a través de las cuales desde las lógicas articuladoras se ejerce el poder.

Estas lecturas permiten la construcción de un contexto relacional en el discurso, cuyos juegos del lenguaje son representadas por las estructuras de poder en un plexo conformado por dimensiones sociales, materiales y simbólicas, que “contribuyen a entender y explicar fenómenos empíricos que ya se han constituido en objetos de análisis con sentido” (Howarth, 2005, p. 41). También, ayudan a la comprensión de las categorías teóricas “discurso” y “hegemonía” para estudiar discursos institucionales que se producen y circulan en las estructuras gubernamentales.

Desde la perspectiva de Howarth (2005) la Teoría del discurso está orientada, en primer lugar, a analizar y explicar fenómenos y acontecimientos micro y macro político, en los cuales se busca articular respuestas políticas y sociales enmarcadas en contextos institucionales determinados. En segundo lugar, la metodología propuesta hace frente a las circunstancias políticas y sociales en las que dichos marcos teóricos y perspectivas surgen y operacionalizan las múltiples categorías y supuestos ontológicos para su discernimiento y análisis. La modalidad en que dichos fenómenos se construyen en el escrito significa pensar en la emergencia de una serie de fenómenos en los planos políticos y sociales, los cuales admiten reunir una serie de supuestos teóricos y metodológicos sobre diferentes coyunturas en contextos situados.

Contribuciones que, desde las perspectivas postmarxistas, postestructuralistas y posfundamento, tal cual lo analizado en el capítulo II, dan cuenta en el campo político de nuevas descripciones o hechos sobre los fenómenos específicos. Por otra parte, «producir nuevas interpretaciones ya sea develando fenómenos visibles no detectados anteriormente por los enfoques teóricos predominantes o problematizando las descripciones existentes y articulando explicaciones alternativas» (Howarth, 2005, p. 46), es decir, formas de analizar discurso(s).

Los aportes de Retamozo (2010) afirman que la sociedad no puede ser concebida sin discurso, sin un funcionamiento de sistema de significación. La sociedad es generadora de discursos porque todas las acciones humanas en un contexto social adquieren un significado. El acercamiento a las lecturas de Laclau sobre el discurso aporta una mirada integradora, porque lo considera como un proceso de construcción de sentido social, reconociendo que en los discursos

que circulan en la sociedad se encuentran las huellas que dan lugar a las suturas, las dislocaciones y las heterogeneidades flexibles, dinámicas, cambiantes y fallidas. Por lo tanto, el discurso interviene de manera ordenada en una sociedad que, con sus diferentes condiciones propias de emergencias sociales y políticas, posibilita pensar lógicas y dinámicas de formación de colectivos sociales. Este pensamiento puede encontrar sustento si se piensa la perspectiva laclausiana en los siguientes interrogantes: ¿cómo dar cuenta mediante un discurso en una sociedad acerca del orden institucional vigente?, y ¿cómo (re)pensar lógicas políticas que operan en el discurso y sus desplazamientos constitutivos de lo político?

Comienza el análisis del capítulo II con las apreciaciones generales de Ernesto Laclau en torno a la teoría del discurso, operacionalizando cada una de las categorías que la conforman. En una segunda instancia, se exponen los supuestos onto-epistemológicos de la teoría política en el terreno del discurso, profundizando su conceptualización acerca de cómo entender la ontología de lo político desde la lógica del ejercicio del poder.

En un tercer momento, se desarrollan las principales categorías teóricas que comprenden a la Teoría del Discurso. En cada categoría se advierte la densidad conceptual y contextual situada en los discursos políticos. Se recupera la genealogía de la categoría analítica “hegemonía” retomada por Laclau para comprender las lógicas políticas y sociales y su articulación con las identidades políticas. A partir de coordinar áreas de convergencias en la reformulación del concepto de hegemonía propuesta por Gramsci y retomada por Laclau y Mouffe, se recupera desde la génesis de la lingüística saussureana, el psicoanálisis lacaniano, el legado gramsciano y los aportes althusserianos, sus sentidos y significados. «El sujeto no precede ni instituye el discurso, sino, por el contrario, es el producto de un mecanismo de ‘sujetivación’ operado desde el mismo discurso: o, para ser más preciso y de acuerdo con el léxico laclausiano, de las prácticas discursivas» (Marramao, 2015, p. 65).

Por último, se operacionaliza la categoría hegemonía. Esta actividad se realiza a partir de los supuestos teóricos e ideológicos laclausianos sobre los que sustenta su teoría y reconstruye su valor analítico. Dialogando con el psicoanálisis lacaniano y los legados gramscianos, se busca dar cuenta del contexto histórico y político de una época determinada.

1. Hacia una noción ontológica de la política en el discurso

Para avanzar en el análisis de la Teoría Política del Discurso es importante ubicar desde el sentido ontológico del discurso las formas de cómo pensar lo político como constitutivo de lo social. «Laclau pensaba a lo político como lo ontológico mismo, como la verdadera condición para pensar la objetividad como tal, y el modo en cómo se nos presenta la misma» (Alemán, 2015, p. 79). La forma de preguntar implica analizar bajo qué condiciones los contornos de la teoría direccionan el análisis hacia una ontología³⁴ política. Para ello, es preciso reconocer que: 1) la lógica de la significación se aplica a la construcción de todo sentido; 2) es constitutivo de lo social; y, por último, 3) la importancia de lo social sobre lo político.

Leer el discurso desde lo ontológico implica al menos tres condiciones básicas: I. La realidad no puede ser representada totalmente porque hay un exterior, la amenaza, es el exceso de sentido, exterioridad; II. El discurso es heterogéneo, se hace mención del significante vacío³⁵ o al objeto *a*³⁶; y, III. No se borra ni la diferencia

34 Se la llama a una manera filosófica de indicar las implicaciones radicales de una teoría, que no se aplica solo al lenguaje en el sentido regional habitual del término, sino al horizonte mismo de todo “ser”. Si el *ser-en cuanto-ser* — la objetividad como tal— es intrínsecamente político (porque descansa en un acto de inepción política que deviene sedimentado dentro de lo social), entonces dicha ontología debe concebirse como una ontología política (Marchart, 2009, p. 200).

35 Se entiende por *significante vacío* la presencia de un punto dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable y que, en ese sentido, permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío dentro de la significación (Laclau, 2005, p. 136).

36 «Un abordaje más profundo del concepto de objeto *a* de Lacan desde el análisis político del discurso podría contribuir a distinguir entre las modalidades de identificación social corporeizadas de forma directa en la figura casi hipnótica del líder político como significante *Amo* y las formas de identificación social adheridas catexialmente a ciertos objetos parciales o rasgos unarios, que funcionan como conceptos mediadores investidos libidinalmente como causa de deseo (ideales políticos o culturales compartidos), contribuyendo a analizar diferentes modalidades de construcción del lazo social y la operación hegemónica» (Fair, 2016, p. 208). En este sentido, siguiendo el lineamiento teórico, es Laclau quien reconoce esta posibilidad cuando sostiene que Freud «se apresura demasiado en pensar de apuntar el amor por el líder como condición central de la consolidación del vínculo social, a la afirmación de que él constituye el origen de ese vínculo». Véase para ampliar y complementar: Laclau, 2005, p. 109. También, cuando se refiere al rol del objeto parcial en la construcción hegemónica puede ampliarse en Laclau, 2005, p. 144-148 y en Laclau, 2014, p. 147-148.

ni la heterogeneidad sobre la estructura del discurso. Esta mirada ontológica aleja a la teoría de toda forma esencialista o determinista de la realidad, reconociendo la existencia de la arbitrariedad, la contingencia, los antagonismos, las relaciones de poder, desplazando fronteras políticas para la articulación de demandas y la recurrencia de pensar lo social como construcción de sentido. Estos supuestos no son excluyentes entre sí, sino que a modo de ordenamiento se describen para vincular y analizar la hegemonía discursiva en la cual se resignifica la política como práctica de transformación, donde el discurso busca ser performativo.

Los elementos lingüísticos y no lingüísticos que se imprimen en el discurso no se encuentran en yuxtaposición, sino que constituyen un sistema diferencial y estructurado de posiciones, es decir, un discurso. Éste se entiende como aquella totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora que establece una relación de elementos. Hay dos importantes aspectos que considerar cuando se trabaja sobre el discurso. Primero, que la materialidad del discurso no se encuentra en la experiencia o la conciencia subjetiva del sujeto político fundante, ya que el discurso posee una preexistencia objetiva que la hace heterogénea. Esa heterogeneidad hace que sea incompleta por la presencia de un antagonismo, un Otro que la amenaza. En segundo lugar, para que la práctica de la articulación sea de fijación/dislocación de un sistema de diferencias, debe atravesar en la sociedad el aspecto material, es decir, encontrarse en las instituciones a través de las cuales una formación discursiva se estructura.

Como correlato aquí, acentuar la contingencia y la arbitrariedad de lo social —en palabras de Laclau— implica que el discurso, en tanto elemento material, social y contingente, crea performativamente la realidad de los objetos y contribuye a darle una significación legítima a los sujetos acerca de lo que piensan, dicen y hacen en la sociedad. Su pensamiento se inicia en el reconocimiento de que no existen formas determinadas apriorísticas de la realidad, sino que lo social es contingente y arbitrario. Se recupera el carácter historicista y cultural que le da una revalorización legítima en los márgenes de las instituciones a las formaciones discursivas mediante las cuales se estructura el discurso. Asimismo, un determinado elemento puede ser articulado con un segundo, un tercero y así sucesivamente sin que por ello exista una relación de necesidad entre ellos. «El discurso

se constituye como intento por dominar el campo de la discursividad por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 152): prevalece la necesidad de establecer ciertos significantes privilegiados que dan sentido a la cadena de significante al interior del discurso.

Para Ernesto Laclau, la sociedad como totalidad estructurada es imposible de alcanzar, porque siempre está fallada, hay un Otro exterior que la condiciona y que le impide suturarse plenamente. El autor complejiza el análisis para articularlo con los aportes del alemán Carl Schmitt (2009). Para éste la particularidad de lo político se expresa mediante la división Amigo-Enemigo; mientras que para Laclau (1996) el campo del antagonismo con el de la alteridad es entendido en el contexto de la construcción simbólica del discurso. De tal manera, para Laclau las distinciones corresponden al campo de lo simbólico y de lo no objetivo y se exteriorizan en el plano de lo discursivo como cosmovisión de orden colectivo que busca la pluralidad de ideas. Schmitt (2009) lo plantea desde la construcción de un enemigo externo que permite pensar en la posibilidad real de un enemigo, una lucha con el adversario que puede poner en peligro el orden vigente.

Laclau, en coautoría con Mouffe (2011 [1985]), plantean la idea de democracia radical, con sus implicancias éticas y normativas, adquiriendo una postura postmarxista. En este marco, reivindican a Antonio Gramsci (2008), quien lleva a cabo una deconstrucción genealógica del concepto de hegemonía.

El proyecto democrático radical sería aquel que conservara conscientemente la tensión ineliminable entre universalismo y particularismo, que aceptara totalmente la naturaleza contingente de la empresa política, y en el cual la dimensión de universalidad siguiera siendo un horizonte vacío sin convertirse jamás en otro fundamento positivo (Critchley y Marchart, 2008, p. 24).

Sin lugar a dudas, el pensamiento laclausiano no desconoce las diferencias de clases, la centralidad de lo económico ni la determinación de los sujetos en las sociedades capitalistas. Pero, recupera también los márgenes del institucionalismo en clave de lectura histórica para comprender y analizar el accionar del sujeto desde su indivi-

dualidad, capaz de articular equivalencialmente demandas sociales y políticas insatisfechas que responden a intereses colectivos.

2. Aproximaciones a la Teoría del discurso

La Teoría del discurso se focaliza en aquellos objetos y prácticas que adquieren un sentido en el cual «los significados sociales son contextuales, relacionales y contingentes» (Howarth, 2005, p. 39). En este sentido, las trayectorias sobre las cuales se construye el corpus teórico proyectan y delinear una visión discursiva de la sociedad y del sujeto político.

La Teoría del Discurso entiende de una manera particular la relación entre categorías subjetivas y objetivas. La base ontológica de la Teoría del Discurso correlaciona tanto al sujeto como al objeto como totalidades abiertas que nunca pueden ser cerradas completamente (Groppo, 2009, p. 36).

En la Teoría del discurso, para Groppo (2009), se identifican tres características: «a) la construcción de los objetos sociales; b) la contingencia de la objetividad social y c) el carácter básico de la categoría de dislocación». Con relación a la construcción de los objetos sociales, prevalece un supuesto ontológico en torno a que los objetos y las prácticas sociales que se ejercitan son constituidos socialmente. Esto implica que adquieran significados previstos por los sujetos al intentar darle sentido. Además, es a través del lenguaje que se expande en lo social que el sujeto interpreta y comprende su realidad. «A través de los discursos políticos, los actores sociales ponen en uso principios de lectura de la realidad política» (Groppo, 2009, p. 38). Esta afirmación no desconoce que existen múltiples y variadas interpretaciones y percepciones sobre la realidad social y cómo las mismas se materializan en diferentes prácticas políticas. Se complementa la lectura con los aportes de Laclau y Mouffe (2011 [1985]), considerando que los objetos sociales por fuera del contexto discursivo solo adquieren existencia y no sentido y significado:

a) todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que

usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 145).

Dos aspectos deben subrayarse de la cita: lo primero es que, si se analizan actores sociales, encontramos formas asimétricas de relaciones; en segundo lugar, que la identidad que cada objeto posee puede ser articulada y modificada discursivamente. Es decir, la práctica articuladora es aquella que «establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 142-143). De manera análoga, la modalidad de pensar cómo se articulan lógicas³⁷ políticas y sociales para fenómenos determinados «involucra una modificación de las lógicas y conceptos que se articularon en el proceso de explicación de cada instancia de investigación» (Howarth, 2005, p. 55). Esto se debe de alguna manera a que los diferentes objetos, conceptos y significados deben ser compatibles entre sí, ya que lo que hay es un contexto discursivo en el que está inserto el objeto.

En relación al segundo eje, la contingencia de la objetividad social, focaliza la mirada en las identidades sociales y estas tienen sentido si se reconocen en el ámbito discursivo de lo social. Para Laclau y Mouffe (2011 [1985]), la identidad de una entidad o elemento depende de las relaciones que se establezcan con otro elemento, describiendo una relación contingente e incompleta, pero la estructura política en la que estos elementos forman parte es cerrada, en el sentido de que, dentro del sistema de relaciones, cada término ocupa una determinada posición. Si se reconoce la lógica diferencial y relacional entre las diferentes entidades al interior de cada sistema, las relaciones que se establezcan entre sí van a ser complementarias (re)construyendo nuevamente de manera circular una emergente totalidad fallida, «el sitio de una plenitud inalcanzable» (Laclau, 2005, p. 94) cerrada y estructurada, y así consecuentemente de manera

37 Se entiende a las lógicas sociales y políticas como un sistema enrarecido de enunciaciones, es decir, un sistema de reglas que trazan un horizonte dentro del cual algunos objetos son representables mientras que otros están excluidos. Las lógicas sociales se fundan en el seguimiento de reglas, las lógicas políticas están relacionadas con la institución de lo social (Laclau, 2005, p. 150).

infinita. Esto es relevante porque en todo orden establecido institucionalmente prevalece la permeabilidad o no de un exterior³⁸, esto es, el orden se encuentra en una situación de amenaza latente que lo excluye y lo niega. Esta premisa adquiere sentido si:

[...] aceptamos que la lógica relacional del discurso se realiza hasta sus últimas consecuencias y no es limitada por ningún exterior. Pero si aceptamos, por el contrario, que una totalidad discursiva nunca existe bajo la forma de una positividad simplemente dada y delimitada, en ese caso la lógica relacional es una lógica incompleta y penetrada por la contingencia (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], 150).

Este elemento que proviene del exterior desestabiliza al sistema de diferencias e introduce la contingencia en una estructura sostenida por relaciones de necesidad. En este caso, «no hay identidad social que aparezca plenamente protegida de un exterior discursivo que la deforma y le impide suturarse plenamente. Pierde su carácter necesario tanto las relaciones como las identidades» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 150). La estructura sistemática de relaciones no logra absorber las identidades, «pero como las identidades son puramente relacionales, esta no es sino otra forma de decir que no hay identidad que logre constituirse plenamente» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 150-151).

Finalmente, el tercer eje, el carácter básico de la categoría dislocación, intenta identificar las fallas en la constitución plena del orden existente. Se posiciona analíticamente como brecha entre sistema, por un lado, y orden, por el otro, considerando aquello que se le opone, que es un externo y que puede llegar a modificar al sistema. Groppo señala que la dislocación en definitiva adquiere dos modalidades de funcionamiento: «Por un lado, la dislocación opera a nivel estructural siendo un proceso por el cual el orden del sistema es cuestionado. Dislocación entendida en este sentido, expresa una desigualdad, una distancia entre el orden y su exterior» (2009, p.

38 «El exterior está constituido por otros discursos. Es la naturaleza discursiva de este exterior la que crea las condiciones de vulnerabilidad de todo discurso, ya que nada lo protege finalmente de la deformación y desestabilización de su sistema de diferencias por parte de otras articulaciones discursivas que actúan desde fuera de él» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 150).

43). De este modo la dislocación se explicita y visibiliza cuando un objeto o espacio extradiscursivo materializa los límites de un sistema como tal. Porque de esta manera, cuando hay dislocación, hay contingencia y hay apertura tanto del sistema como de las identidades que lo conforman. Por el otro,

la dislocación operando al nivel de la estructura. La misma introduce desigualdad, disparidad y produce efectos dentro de un determinado orden, dentro de sus partes y de las identidades que lo componen, amenazando su estabilidad y promoviendo el proceso de reconstitución (Groppo, 2009, p. 43-44).

Los aportes de Groppo sobre el término “dislocación” posibilitan inferir que se visibilizan fallas estructurales dentro del proceso de plena constitución de sistemas cerrados, y también lo incompleto de todo el conjunto de identidades que se localizan en su interior. En este sentido, la dislocación contribuye a demostrar que cada sistema posee límites y que cualquier identidad está amenazada por la presencia de un exterior. Por otra parte, puede ser considerada como una exterioridad reabsorbida por el sistema que forma parte o, por el contrario, irreductible que no sea susceptible de ser incorporada al sistema, «la dislocación se vuelve un factor antagónico» (Groppo, 2009, p. 44), por lo que el antagonismo en este contexto es relevante para delimitar los propios límites del sistema. De esta manera, la Teoría del Discurso reconoce una doble relación entre discurso y el exterior:

en primer lugar, la estructura dislocada puede ser suturada de manera antagónica (el exterior se convierte en negación del sistema y consecuentemente de sus identidades) o sistemática (el exterior es absorbido y la estrategia política dominante en la formación política ya no es antagónica sino lo contrario es una limitación o eliminación del antagonismo) (Groppo, 2009, p. 45).

De la cita se infiere que el término “dislocación” es la categoría que condiciona y que afecta transversalmente tanto al objeto como al sujeto al interior de las estructuras cerradas, visibilizando el nivel objetivo a través del nivel subjetivo en el contexto estructural.

La Teoría del discurso reconoce que el sujeto, en un contexto social determinado, siempre necesita de otro (un discurso, otro sujeto, otra institución) para poder constituirse y adquirir sentido y significado y, a su vez, admite que la modalidad de reconstitución de la dislocación en el sujeto se materializa a través de relaciones antagónicas o por medio de relaciones diferenciales. La dislocación en el nivel del sujeto presenta una dualidad: «por un lado, la dislocación en la forma de un exterior constituido amenaza la estabilidad de las identidades establecidas, y por el otro lado, este proceso desencadena la constitución de nuevas identidades» (Grosso, 2009, p. 46). Estas apreciaciones adquieren significado porque construir un Otro, en una estructura cerrada, pero en donde hay una exterioridad fallada, disloca la identidad y lo transforma en enemigo. Pero, también existen otras formas de establecer dislocaciones que en las estructuras cerradas provocan una movilización e interpretación discursiva al interior, a través de lógicas.

En esta misma línea de análisis, la formación política de las identidades se las puede interpretar de dos maneras posibles: desde la lógica de la equivalencia o mediante la lógica de la diferencia. Se entiende a la lógica de equivalencia como aquella que (re)construye identidades particulares mediante la creación de una identidad a la cual se le oponen. Por su parte, se denomina lógica del antagonismo cuando las identidades que no son integradas en el sistema de diferencias pueden generar una coalición equivalencial. Esta difiere de la lógica de la diferencia, porque la fuerza antagónica se la puede incorporar y absorber por el sistema. La primera lógica plantea una correlatividad entre prácticas políticas y fuerzas políticas antagónicas, la segunda lógica enfatiza la articulación de las identidades políticas a partir de una serie de estrategias de incorporación al sistema. Laclau agrega:

[...] toda identidad social (es decir, discursiva) es constituida en el punto de encuentro de la diferencia y la equivalencia, del mismo modo que las identidades lingüísticas constituyen la sede de relaciones sintagmáticas de combinación y de relaciones paradigmáticas de sustitución (2005, p. 107).

Es relevante destacar que la presencia de una estrategia política basada en la lógica del antagonismo requiere de la conformación de

fronteras simbólicas inestables, que tienden a identificar un “Nosotros” y a un “Ellos” visibilizándolas en la estructura social en un proceso constante de desplazamiento.

3. Características principales de la Teoría del discurso

Laclau escribe en el año 2005 *La Razón Populista*, obra que forma uno de los ejes de la Teoría del Discurso y la hegemonía para entender la constitución ontológica de lo político. La Teoría del Discurso se encuentra integrada por los siguientes elementos: a) antagonismos y formación de fronteras políticas; b) articulaciones políticas; c) significantes flotantes y significantes vacíos; 4) heterogeneidad radical: 4.a) dislocación e irrupción de los heterogéneos y 4.b) suturas y reconstituciones institucionales. Estas categorías se explicitan y se materializan de manera gráfica³⁹ en *La Razón Populista* y también en la obra *Contingencia, hegemonía y universalidad*, escrita por Laclau en coautoría con Judith Butler y Slavoj Žižek.

Aquí nos centraremos en abordar los ejes de contacto entre la perspectiva marxista, psicoanalítica y politológica desde los diálogos entre Antonio Gramsci, Yannis Stavrakakis y Ernesto Laclau. Desde la perspectiva del psicoanálisis, los aportes de Stavrakakis (2007; 2010) intentan articular el análisis político laclausiano con el pensamiento teórico lacaniano. Al respecto afirma:

[...] para dar solo algunos ejemplos, Slavoj Žižek ha propuesto una combinación explosiva del psicoanálisis lacaniano y la tradición marxista con el objeto de cuestionar los supuestos mismos del circuito del capital. Alain Badiou se ha reapropiado de Lacan en su radical “ética del acontecimiento” (Stavrakakis, 2010, p. 19-20).

La propuesta de articulación de estas corrientes de pensamiento que emergen del psicoanálisis, incluyendo las nociones de sujeto, de la falta, la dimensión afectiva en la construcción política, la subjetividad y la identificación, dan cuenta de que existen diferentes lugares desde la enunciación, y que la mayor o menor dispersión

39 Desarrollo teórico del gráfico del pensamiento laclausiano en Laclau, 2005, p. 163-197 y Laclau y otros, 2003, p. 302-306.

de esos lugares está normatizada por reglas que conforman espacios discursivos en una determinada estructura sobre el discurso⁴⁰.

Por otra parte, la propuesta teórica de Laclau y Mouffe (2000), de recuperar categorías del psicoanálisis, se debe a que la teoría lacaniana aporta herramientas relevantes para formular la teoría de la hegemonía. De esta manera, se da lugar a una nueva modalidad de (re)pensar la política como lógica social de instituir un orden social dado⁴¹. Laclau, al respecto, plantea que no existen identidades cerradas, sino desplazamientos constantes. De esta manera, los procesos de constitución y redefinición de una identidad no se dan de una manera automática ni aislada, sino que emergen del conflicto, de lo que se denomina “falla estructural”. Así, supone la puesta en marcha

40 La teoría psicoanalítica de Lacan aporta herramientas para reorientar la teoría y el análisis político contemporáneo. El politólogo Yannis Stavrakakis (2007) despliega postulados de Jacques Lacan y, asimismo, recupera *la ética del acontecimiento* de Alain Badiou; también de la figura de Slavoj Žižek recupera la discusión acerca del capital desde la tradición marxista; y, de Ernesto Laclau, herramientas para la formulación de una teoría de la hegemonía. En el libro nos detendremos en Laclau; piénsese, por ejemplo, en términos como *sutura, identificación y sujeto de una falta*. Pero también puede hablarse de una cercana afinidad conceptual en casos en que no se comparten los nombres de los conceptos; piénsese, por ejemplo, en el punto nodal, el significante vacío, lo radicalmente excluido, la imposibilidad de la sociedad o la noción de un exterior que es constitutivo del interior (que en líneas generales corresponden a los conceptos lacanianos de *point de capiton*, significante amo, *objet petit a*, falta en el Otro y *extimité*). En efecto, estas afinidades conceptuales conforman un vasto reservorio del que Laclau no vacila en extraer material para elaborar más a fondo su abordaje discursivo del análisis político (Stavrakakis, 2010, p. 86).

41 Una diversidad de artículos plantea las vinculaciones conceptuales entre la teoría de la hegemonía de Laclau y la teoría de Lacan, en particular desde la llamada izquierda lacaniana, véase Stavrakakis (2007; 2010). Asimismo, se han desarrollado abordajes que recuperan herramientas lacanianas para analizar procesos políticos, véase Biglieri y Perelló (2012). Sin embargo y a los fines de establecer posibles líneas de investigación que profundizan un campo de análisis aún escasamente estudiado, todavía se carece de una teoría sistemática para operacionalizar las categorías lacanianas desde el análisis político del discurso y la construcción de la hegemonía, (Fair, 2016). Teniendo en cuenta estas consideraciones, resulta pertinente aclarar que este escrito no descarta la relevancia política y psicoanalítica planteada por autores mencionados sobre nuestro objeto de estudio, ya que actúa como articulador de una trama compleja para entender las lógicas de la política y lo político. En otras palabras, el interés se centra en recuperar categorías teóricas que posibilitan entender la política y lo político a partir de una nueva racionalidad, sin la pretensión de identificar una causa, una esencia o un fundamento único de las cosas.

de un complejo entramado de articulaciones y sobredeterminaciones que, al interior del territorio, adquieren sentido y pertinencia.

La perspectiva lacaniana admite pensar la relación del psicoanálisis y el análisis político porque los actos que identifican al sujeto se relacionan con la posibilidad de identificación de un líder, un partido político, una ideología. El aporte permite mirar sobre los efectos que generan los discursos en el interior del sujeto. Discursos que contienen un reservorio de representaciones donde la psiquis de cada sujeto identifica objetos, significados y construcciones discursivas socialmente disponibles. Lacan introduce la objetividad social que es el ámbito en el que el sujeto intenta buscar identificaciones colectivas. “Objetivismo” y “Subjetivismo” son expresiones simétricas de un deseo de completud imposible. Solo un significante vacío puede representar una promesa imposible, el significante vacío de un “Nosotros” y el “Otro”.

El individuo busca una identidad subjetiva fuerte identificándose con objetos colectivos, pero la falta en el nivel objetivo significa que todas las identificaciones de esa clase solo reproducen la falta en el sujeto, siendo incapaces de brindar la completud real perdida del sujeto individual (Stavrakakis, 2007, p. 70).

La experiencia de una falta, la cual atraviesa al sujeto, es la que reconfigura la unificación de los niveles objetivos y subjetivos. Esto se explica porque tanto la ausencia de una identidad completa como de un “Otro” en el cual hay una permanente búsqueda por identificarse, son intentos fallidos. «Lo objetivo como una totalidad cerrada es una apariencia; el otro objetivo está atravesado por la falta, esta tachado» (Stavrakakis, 2007, p. 71). Esta ausencia de niveles, utilizando términos del psicoanálisis lacaniano, se relaciona con una falta de “jouissance” entendiéndose como un goce pre simbólico, real, una completud perdida. Hay una permanente búsqueda de identificación en un Otro, porque en cada fracaso del acto de identificación, el sujeto sigue buscando, impulsado, guiado por la promesa de hallar la jouissance.

Para Stavrakakis

Cada vez que alcanzamos el objeto de nuestro deseo, la jouissance que conseguimos es nada en comparación con la que es-

perábamos. Si ningún objeto puede darnos la jouissance perdida/imposible, en consecuencia, el frágil equilibrio del deseo solo puede mantenerse mediante el desplazamiento continuo de objeto en objeto: llamativamente, es la retención de la jouissance lo que sirve de soporte del deseo, una retención que mantiene vivo el sueño de alcanzarla. La repetición del fracaso es lo que sostiene el deseo como una promesa de alcanzar la jouissance mítica, si la realización, la satisfacción completa del deseo es imposible, entonces se vuelve necesaria la promesa de su realización sin ella, no puede sostenerse ningún deseo (Stavrakakis, 2007, p. 76).

El autor recupera de los trabajos de Lacan diferentes modalidades objetivas/subjectivas de transformar la realidad considerando la experiencia humana. Desde esta perspectiva, para Lacan es en el discurso donde la realidad social es una apariencia creada de manera simbólica, la misma está perceptible por la falta y, justamente, porque hay una falta que se intenta simbólicamente ocultar. De esta manera, Stavrakakis afirma al respecto

La realidad es siempre el resultado de un proceso de construcción social. Lo que aceptamos como realidad (objetiva) no es más que una construcción social de duración limitada. La realidad está siempre construida en el nivel del significado y del discurso (2007, p. 89).

La anterior cita posibilita pensar en una construcción social que recupera el campo de lo simbólico para su interpretación. Los sujetos nos encontramos inmersos en el plano de lo discursivo, por lo cual nada deja de ser analizado sino es dentro de un campo articulado desde el discurso.

Desde el campo politológico, para Laclau (2005) el discurso es una práctica social significativa. Se piensa en un espacio social fracturado, colmado por demandas permanentes que no son satisfechas, hay exceso de sentido que lo subvierte, pero que busca la sutura a los reclamos que responden al colectivo. En este sentido, se admite

La teoría misma de la hegemonía, de Ernesto Laclau, se presenta como una nueva categoría en respuesta a los obstáculos que

el mismo reconoce en los conceptos de la teoría marxista clásica y como un intento de recuperar la iniciativa socialista en un terreno histórico alterado (Laclau y otros, 2011, p. 294).

Laclau, en la obra *La Razón Populista* (2005), describe el gráfico de su teoría del discurso⁴² apelando al discurso político de la Rusia Zarista (Z), considerado como un «régimen opresivo, un enemigo público (antagonismo) que se encuentra separado por una frontera política (línea divisoria plana) de las demandas sociales de la mayoría, de los múltiples sectores de la sociedad (D1, D2, D3, D4...). Cada demanda en su particularidad es diferente de todas las otras. Por un lado, es una particularidad, una especificidad que las hace diferentes al resto. Sin embargo, todas ellas son equivalentes entre sí en su oposición común al régimen opresivo zarista. Por el otro, poseen un elemento común que las hace equivalentes entre sí. Esto, conduce a que una de las demandas intervenga y se convierta en el significante de toda la cadena (D1) —un significante tendencialmente vacío— que va a representar a todas las demás demandas. Pero todo el modelo depende de la presencia de una/s frontera/s dicotómica/s (líneas oblicuas) sin ellas la relación equivalencial se derrumbaría y la identidad de cada demanda se extinguiría en su particularidad diferencial» (Laclau, 2005, p. 165). En este sentido, la información suministra, sistematiza y ejemplifica de manera preliminar el modelo teórico de Ernesto Laclau (2005-2003) que está en permanente diálogo.

El esquema se lo representa como «una imagen fotográfica —y, en consecuencia, estática— de una forma aparental adoptada por ese movimiento más profundo en un momento determinado del tiempo» (Laclau, 2005, p. 178), susceptible a modificaciones. Su matriz teórica presenta una lectura esencialista, porque es exclusivamente dentro de la matriz discursiva que su propuesta teórica es analizada y donde el cuestionamiento plantea buscar ciertas huellas, marcas, demandas, lenguajes, discursos que comienzan a jugar en el campo discursivo en clave de lectura histórica. Este grado de inscripción permeable, pero a la vez exterior al campo de la representación, irrumpe en el discurso para ser estudiado como discurso performativo. Éste, al atravesar la dislocación, busca como efecto inmediato

42 Véase Laclau, 2005, p. 163-197 y Laclau y otros, 2003, p. 302-306.

la sutura, es decir, una nueva reconfiguración del esquema de la política y lo político.

3.1. Antagonismos y formación de Fronteras Políticas

Desde el modelo binario (significante–significado) propuesto por Saussure dentro del campo de la lingüística estructural existe una estructura que es abstracta y que determina todas las manifestaciones de la lengua. Se reconoce que en el lenguaje hay diferencias, algo es lo que es solo a través de sus relaciones diferenciales con algo diferente. En esta característica, el lenguaje contempla la posibilidad de que los significantes (palabras, imágenes) sean independientes del significado en un contexto determinado. El signo lingüístico es arbitrario y el lenguaje es un sistema de diferencias. El signo, objeto de estudio, se define diádicamente por relaciones que son arbitrarias entre significante y significado⁴³, o lo que es lo mismo, entre una imagen fonética y el concepto mental de la misma. Es de esta relación diádica que el significante solo adquiere sentido por su opuesto y no se considera el contexto en el que se encuentra porque se acentúa la mirada en las relaciones lógicas del modelo binario. «Los discursos son históricamente contingentes y se construyen políticamente» (Howarth, 1995, p. 130).

Cada elemento adquiere su propia identidad, simplemente por ser diferente con los demás, el lenguaje no presenta términos posi-

43 Es importante destacar dos rasgos del campo semiológico anunciado por Saussure y desarrollado por Barthes: «En primer lugar, los estudios de la significación conforman una crítica de la cultura que puede abordar no solo los grandes temas, sino también cuestiones mínimas, como lo muestra Roland Barthes: las figuras del cine, el deporte, el automóvil, etc. [...]. Pensar la significación, en relación a un punto de vista desde el cual era posible abordar todas las cuestiones de la significación. Es decir, la vida social en su totalidad, involucrando y a la vez desbordando lo lingüístico. Lo social está atravesado por el sentido de un extremo a otro, no solo a partir de enunciados orales o escritos, sino en prácticas, instituciones, rituales, etc. Implicando todo hecho de cultura. Esta dirección tomo la semiología con Barthes y Kristeva, entre otros a partir de los años 60. En segundo lugar, la naturalización del lenguaje que Barthes denomina mito» (Saur, 2016, p. 51). La lectura del autor es la búsqueda de la desnaturalización de los procesos discursivos incorporando al análisis la cultura. Para ampliar la lectura que recupera textos inaugurales al campo de los estudios semiológicos, véase *Mitologías* de Barthes (1980) y véase Saur, 2016; dichos autores acercan algunas consideraciones que ayudan a enriquecer y poner en diálogo planteos con el análisis político del discurso.

tivos o negativos porque, para poder diferenciarlos valorativamente, el término debiera tener por sí mismo un valor intrínseco. Esta afirmación posibilita pensar, desde la perspectiva de Laclau y Mouffe (2011 [1985]), que los discursos en los diferentes contextos sociales adquieren rasgos y huellas identitarias que visibilizan el trazado de fronteras políticas y sociales. Allí, los antagonismos son necesarios para construir en el campo político del discurso, una lucha simbólica entre enunciadores.

El discurso considerado como totalidad estructurada, que es la resultante de una práctica articuladora, «un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo» (Laclau, 2005, p. 92), permite preguntarse acerca del “antagonismo” y la constitución de “fronteras” de carácter político y social. La existencia de fronteras implica que hay construcción de un enemigo público del cual diferenciarse, un antagonismo. Esa frontera política, no estática, no cerrada, móvil y con una estructura abierta, es la que posibilita diferenciar al Otro, “el exterior constitutivo” que es identificado como enemigo, que traza una frontera entre un “Nosotros” y un “Ellos”, en términos de identidades políticas. Es la frontera política la que divide al enemigo de lo articulado y no articulado, entrando en procesos de articulación hegemónica, susceptible de modificaciones según el contexto determinado. Las mismas se desplazan y realizan diferentes operacionalizaciones para cada demanda particular.

Los aportes del psicoanálisis lacaniano sobre la posibilidad de analizar el antagonismo como un efecto de lo real en lo imaginario son significativos para la comprensión de las categorías de “dislocación” y de “sutura”⁴⁴ propuestas por Laclau. Para Lacan, la idea de imaginario se remite al “yo” y a la representación de ese *yo* especialmente en la imagen registrada que le da sentido. Utiliza la “metáfora del espejo”⁴⁵ para explicar la constitución del yo. Las identidades se conforman a través de la relación con el Otro, con aquello que no es

44 El término *sutura* es recuperado del psicoanálisis lacaniano y es usado para designar la producción del sujeto sobre la base de la cadena de su discurso; es decir de la no-correspondencia entre el sujeto y el Otro —lo simbólico— que impide el cierre de este último como presencia plena (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 77).

45 Es Žižek quien apela al uso del espejo. Para el autor, la palabra espejo tiene un contenido intencional (la capacidad para reflejar imágenes, etc.) y por lo tanto utilizó esa palabra siempre que hallo un objeto existente que exhiba tal contenido (Laclau, 2005, p. 131).

y esta relación especular es antagónica, porque la presencia del Otro me impide que sea yo mismo, es una amenaza permanente. En esta rivalidad que se genera, donde el antagonismo es constitutivo de la identidad, se debe distinguir la presencia del Otro a través de la exclusión para poder diferenciarse. Del mismo modo, la amenaza del Otro termina siendo tributaria de quien se diferencia.

La importancia del psicoanálisis permite pensar de qué manera la comprensión de la realidad social es la comprensión de aquello que le impide ser. Esta necesidad de recreación e impedimento entre lo que soy y quiero ser se refleja en el deseo sociopolítico. «Es un momento que toma la forma de ruptura, crisis, dislocación, y conduce a nuevos intentos de estabilización discursiva, a nuevas construcciones discursivas, ideologías, discursos políticos, movimientos y prácticas sociales» (Stavrakakis, 2010, p. 89). Acá tenemos dos miradas diferentes de los fenómenos sociales. Por un lado, hay un real y por el otro una realidad sociopolítica, que, en el plano de lo discursivo, elemento socialmente construido y articulado en el discurso, se construye e intenta superar al real para dar un sentido social.

Stavrakakis (2007) expresa que en Lacan prevalece una concepción de subjetividad, una concepción sociopolítica que no queda reducida a la individualidad, sino a una subjetividad que abre un nuevo camino a la comprensión de lo social. En primer lugar, es necesario considerar que en Lacan la definición de sujeto es una «concepción sociopolítica de la subjetividad no reducida a la individualidad» (Stavrakakis, 2007, p. 17). Este sujeto se encuentra dividido, esto hace que sea imposible constituir una identidad duradera y permeable a la conformación de estructuras sociales y políticas. Para Laclau (2005) hay una necesidad significativa de establecer relaciones entre los agentes sociales, esto se debe a que hay diversas articulaciones y posicionamientos donde el sujeto político en el interior de una estructura discursiva puede articular y conformar diversas formaciones hegemónicas. En segundo lugar, pensar desde la perspectiva de Lacan que sujeto «no es idéntico al individuo o al sujeto consciente» (Stavrakakis, 2007, p. 38). Ahora bien, Lacan, hace referencia al estadio del espejo, momento que se desarrolla entre el sexto y el decimotercero mes del bebé, en el cual la fragmentación que experimenta es transformada a una imagen corporal que se idealiza y se unifica, ya

que hay una sensación de una identidad espacial imaginada⁴⁶. Más tarde, esta imagen imaginaria del bebé comienza a ser reemplazada por un resurgimiento de la distancia entre la imagen proyectada en el espejo y el cuerpo real. Esta se va a tornar extraña y alienante; para Lacan «el ego, la imagen en la que nos reconocemos a nosotros mismos, es siempre un alter ego extraño», dificultando la posibilidad de construir su propia identidad estable. «El sujeto humano deseante se constituye en torno a un centro que es el otro en tanto le brinda su unidad» (Stavrakakis, 2007, p. 40).

Si en la búsqueda de una representación imaginaria de nosotros mismos, la imagen especular no nos ofrece una identidad estable, lo que queda para adquirir una es recurrir al campo de la representación lingüística, al campo de lo simbólico. Al someterse a las leyes del lenguaje, se vuelve a ser sujeto en el lenguaje, habita en el lenguaje y espera adecuarse a una representación propia del mundo de las palabras. «El sujeto se reconoce como siendo esto o lo otro a partir del significante» (Stavrakakis, 2007, 43).

La perspectiva lacaniana invierte el orden entre el significante y el significado. El interrogante para Lacan es, pues: ¿qué pasa con el significado? Se entiende el significado como un efecto de transferencia porque siempre la significación es producida por un significante. Stavrakakis considera que «toda significación se refiere a otra y así sucesivamente» (2007, p. 51). Se infiere la prioridad del significante para comprender al sujeto que se encuentra articulado en lo simbólico. ¿Cuáles son las implicancias en lo imaginario y en lo simbólico para una teoría de la identidad subjetiva? La completud de la identidad es imposible. «La identidad solo es posible como una identidad fracasada, sigue siendo deseable justamente porque es esencialmente imposible» (Stavrakakis, 2007, p. 55). Lo que prevalece es la idea de poder construir una identidad estable en el nivel imaginario o simbólico por medio de imágenes o del significante, es decir, identificaciones, «un juego profundamente político» (Stavrakakis, 2007, p. 55).

46 «La imagen del espejo nunca puede ser idéntica al niño ya que siempre es de tamaño diferente, esta invertida como lo está toda imagen especular, y, lo que es más importante aún, permanece como algo extraño y por eso fundamentalmente alienante» (Stavrakakis, 2007, 39).

Laclau en la obra *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* —y posterior a los diálogos que mantiene con Zizek— introduce el concepto de “dislocación”. Al respecto admite

La dislocación es la fuente de la libertad. Pero esta no es la libertad de un sujeto que tiene una identidad positiva —pues en tal caso sería tan solo una posición estructural— sino la libertad derivada de una falla estructural, por lo que el sujeto solo puede construirse una identidad a través de actos de identificación (2000 [1990], p. 76).

En esta afirmación reconoce que toda identidad de por sí está dislocada, porque la misma depende de un exterior que a la vez que la niega, es condición de posibilidad. En el campo de las identidades relacionales, los sujetos no se constituyen de manera externa. En dicho campo tampoco las identidades pueden plenamente ser cerradas ni constituirse a sí mismas, porque en todos los casos cada identidad posee un exterior que la condiciona y la determina.

Como correlato, y siguiendo las lecturas y diálogos que mantiene Laclau con Zizek, la dislocación será el lugar de la ausencia. «Ese lugar es, exactamente, el lugar del sujeto. Sujeto = forma pura de la dislocación de la estructura, de su inerradicable distancia respecto de sí misma» (Laclau, 2000 [1990], p. 76). Por este motivo, ya no se trata cómo se analiza desde la mirada lacaniana como un sujeto que se identifica a través de una relación especular por medio de la imaginación, sino que adquiere la categoría de “sujeto de la falta”. Es decir, se desplaza la noción de posiciones de sujeto por el de sujeto de la falta. Al mismo tiempo se desplaza el término antagonismo por el de dislocación. El antagonismo era aquello que no se podía decir, era definir una frontera política especular entre amigos—enemigos, los Otros y Nosotros, una relación antagónica como límite de la objetividad. Implica que se debe hacer algo con las identidades dentro del discurso. Asimismo, la dislocación es una radical exclusión entre lo real y lo simbólico; un juego de lenguajes que se materializa en el discurso.

Aproximarnos a la teoría del discurso de Laclau es entender que se hace una lectura crítica al enfoque saussureano, o al menos, que dialoga con aquellas categorías que el politólogo considera impor-

tante recuperar. Distingue que el lenguaje no es un sistema de diferencias cerrado, donde la frontera política está determinada y fija, en donde se puede identificar qué elementos están dentro y fuera de la estructura, sino que es abierto, donde existe la presencia de un exterior que es constitutivo y donde la frontera política que conforma la estructura es móvil y fallida.

En Saussure la existencia del antagonismo, la exterioridad, la contingencia, no es posible pensarla por el modelo de estructura binaria que plantea, pero sí se puede pensar con el modelo de estructura de Laclau. Entonces, se puede comprender la lógica del antagonismo y la construcción de la hegemonía donde el exterior constitutivo posibilita inferir la presencia del enemigo, el antagonismo y la articulación de las fronteras políticas que permiten comprender y complejizar el Otro y el Nosotros.

Laclau y Mouffe afirman que el significado social de algo se entiende si se piensa el contexto general del que forma parte. En ese sentido, cada significado va a estar interrelacionado con la práctica que se está llevando, enmarcada en clave interpretativa de un discurso, «solo es posible entender, explicar y evaluar un proceso si se puede describir la práctica y el discurso en el que ocurre» (Howarth, 1995, p. 129). Como correlato, los autores incorporan elementos para pensar la construcción de los discursos introduciendo la categoría de articulación que implica aglutinar diferentes elementos, combinarlos y transformarlos para constituir una nueva identidad.

Llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos discurso. Llamaremos momentos a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, elemento a toda diferencia que no se articula discursivamente (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 142-143).

De la cita se infiere que el discurso es una totalidad fallida, producto de prácticas articuladoras. Además, se entiende que éste no se da de manera acabada, sino que hay una transición dinámica, flexible, circular, que posibilita ir de elementos a momentos y que el resultado final nunca es completo, sino fallido y abierto.

Es indudable que las afinidades teóricas con el corpus lacaniano están presentes desde que Laclau escribe *Política e Ideología en la teoría marxista* en 1977, *Hegemonía y Estrategia Socialista* en 1985 hasta el 2005, cuando escribe la *Razón Populista*, obra que complejiza sus apreciaciones teóricas desde la terminología a las afinidades conceptuales. Laclau comparte con los trabajos de Althusser la influencia del psicoanálisis cuando se hace mención a que en el discurso no hay un desarrollo lineal del tiempo, no es continuo, cerrado, ni unidimensional y, por lo tanto, siempre hay elementos que hacen que el discurso esté “sobredeterminado” de puntos nodales, como aquellos elementos en donde convergen la mayor cantidad posible de cadenas asociativas.

Este uso del término desde el psicoanálisis y de la lectura althusseriana contribuyó en Laclau y Mouffe con la teoría de la hegemonía para comprender el *point de capiton*, concepto que se recupera de Lacan. La intervención desde lo politológico lo denomina punto nodal que posibilita explicar la fijación del significado sin el cual el discurso carecería de sentido y significado. Al respecto los autores reconocen

El discurso se constituye como intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias, por construir un centro. Los puntos discursivos privilegiados de esta fijación parcial los denominaremos puntos nodales. (Lacan ha insistido en las fijaciones parciales a través de su concepto *point de capiton*, es decir, de ciertos significantes privilegiados que fijan el sentido de la cadena significante. Esta limitación de la productividad de la cadena significante es la que establece la predicación posible —un discurso incapaz de dar lugar a ninguna fijación de sentido en el discurso del psicótico—) (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 52-153).

Desde la lectura del psicoanálisis el significante tiene primacía en la significación, la cual es producto de una cadena de diferentes significantes. En este esquema simbólico de sentidos, Lacan introduce lo que entiende por “*point de capiton*”; en palabras de Stavrakakis

Es verdad que cada significación se refiere a otra y así sucesivamente, y que tanto la sustitución metafórica como la combina-

ción metonímica pueden ser, en principio, descriptas como infinitas; pero, para Lacan, este movimiento de significación sin fin es detenido por el rol prominente atribuido (retroactivamente) a ciertos significantes. Llama a estos significantes *point de capiton*: el *point de capiton* es el significante que detiene el deslizamiento, indefinido si no, de la significación (2007, p. 97).

Se infiere que es imposible fijar una significación definida a un significante. La función que hace el *point de capiton* es conectar significantes con significantes, se detiene en fijar el significante a un nudo de significados y no a los objetos. Que existan *point de capiton* implica que el sentido es una fijación relativa y temporaria, aunque es necesario⁴⁷.

Las afinidades de Lacan están presentes en Laclau sobre la realidad al interior del discurso, ya que la misma es analizada como una construcción social mediada por el campo simbólico. Esta construcción siempre se da en el nivel del significado, en el que hay exceso de sentido, y las fijaciones de ese significante deben ser parciales ya que es imposible dar cuenta de la totalidad de lo social y construir su centro. De otra manera, se generaría una sutura, lo cual se asume que sería imposible.

El campo del psicoanálisis como discurso y como práctica compone uno de los terrenos desde el cual se reflexiona tensiones que se genera entre lo real, lo simbólico, el saber y la experiencia. En palabras de Lacan, «El psicoanálisis, más que ninguna otra praxis, está orientado hacia lo que, en la experiencia, es el hueso de lo real» (Stavarakakis, 2010, p. 28). Lo que existe es un orden inerradicable, abierto, incompleto, fallido, que tiene un carácter radicalmente histórico.

3.2. *Significantes vacíos y flotantes*

Desde la perspectiva laclausiana, todos los objetos y prácticas sociales deben situarse al interior de los discursos para adquirir sentido y

47 «El *point de capiton* es necesario en el sentido en que sin él no hay ningún orden; su función implica la introducción de un principio de ordenamiento que hace posible la emergencia del significado social y la construcción de la realidad. Sin la intervención del *point de capiton*, el mundo colapsa en un universo psicótico (no es una coincidencia que el Nombre del Padre funcione como el prototipo del *point de capiton*)» (Stavarakakis, 2007, p. 97). Para ampliar las lecturas véase a Stavarakakis (2007).

significado en un contexto determinado. Laclau afirma: «siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante» (Laclau, 2005, p. 151). A partir de estos “juegos del lenguaje” (Wittgenstein, 1999), el discurso para Laclau (2005) no es cerrado, porque se plantea una lógica de la necesidad, dado que las relaciones existentes son necesarias. Se establece una relación de correspondencia directa entre significante y significado. Se anula la contingencia y encontramos un discurso que enfrenta deslizamientos constantes. Sin embargo, en la medida en que cada elemento es diferente de otro y, a su vez, cada elemento adquiere su propia identidad, este juego de lenguajes necesario, dinámico, inacabable, recurrente, fallido, necesita en algún momento cierta fijación para, justamente poder adquirir sentido.

Desde el psicoanálisis lacaniano, se recupera el término *point de capiton* o punto nodal como aquellos puntos nodales que se encuentran relacionados y asociados a la unidad de los diferentes discursos e identidades (Lacan, 1973). Esta categoría es importante dado que estos “puntos nodales” aparecen articulados en un discurso: un significante “nodal” que los agrupa, representa y unifica. La articulación se establece a partir de estos puntos que aglutinan significantes, los cuales se encontraban dispersos en el discurso antes del proceso de articulación. Es el significante, o elemento particular, el que va a asumir la función de universal dentro del campo discursivo, ya que es el elemento que cumple la función de articular suturas, pero a la vez lograr la fijación del juego de las diferencias.

De tal manera que esta cadena de significación adquiere sentido social.

La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], 154).

Esta traslación que posibilita identificar un significante vacío se logra a partir de la condensación de elementos que provienen de ca-

denas asociativas diversas, sobredeterminando su sentido social. Entonces, es importante destacar que la articulación es una práctica que posibilita establecer elementos, pero, a la vez, transforma la identidad propia de estos elementos articulados, los cuales sufren modificaciones por la acción misma de ponerse en relación con otros.

Cuanto más extendida es la cadena, menos ligados van a estar estos significantes a sus demandas particulares originales. Es decir, la función de representar la “universalidad” relativa de la cadena va a prevalecer sobre la de expresar el reclamo particular que constituye el material que sostiene esa función. En otras palabras: la identidad popular se vuelve cada vez más plena desde un punto de vista extensivo, ya que representa una cadena siempre mayor de demandas; pero se vuelve intensivamente más pobre, porque debe despojarse de contenidos particulares a fin de abarcar demandas sociales que son totalmente heterogéneas entre sí. Esto es: una identidad popular funciona como un significante tendencialmente vacío (Laclau, 2005, p. 125).

Como correlato, se plantean dos lógicas de significación: por un lado, los “significantes flotantes” o flotación, implican significantes que están suspendidos (Laclau, 2005, p. 165), que no necesariamente están articulados en un discurso, en un lenguaje político, en una estructura discursiva. Por el otro, “significantes vacíos” articulados, porque «existe un punto, dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable; que, en ese sentido, permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío dentro de la significación» (Laclau, 2005, p. 136).

Significantes tendencialmente vacíos, porque han sido excedidos de significación. Este exceso se da producto de la lógica de la flotación, la lógica del exceso, de la articulación no porque el término sea escueto, o vacío, sino todo lo contrario, porque significa demasiado y proviene de la cadena de equivalencias que es de donde surge y se constituye. De esta manera, logra aglutinar la representatividad del significado, más amplio y más extenso. A medida que la cadena equivalencial se amplie, existe la posibilidad y probabilidad de que el significado adquiera modificaciones y variaciones en relación al sentido según el contexto.

Las categorías significantes “vacíos” y “flotantes” son estructuralmente diferentes. La primera hace referencia a la «construcción de una identidad popular una vez que la presencia de una frontera estable se da por sentada»; la segunda «intenta aprehender conceptualmente la lógica de los desplazamientos de esa frontera». Una situación en la cual solo la categoría de significante vacío fuera relevante, con exclusión total del momento flotante, sería una situación en la cual habría una frontera completamente inmóvil, algo difícil de suponer. «Inversamente un universo puramente psicótico en el que tuviéramos un flotamiento puro sin ninguna fijación parcial, es también impensable. Por lo tanto, significantes vacíos y flotantes deben ser concebidos como dimensiones parciales —y por lo tanto analíticamente delimitables— en cualquier proceso de construcción hegemónica del pueblo» (Laclau, 2005, p. 167-168).

La cita permite inferir, en primer lugar, que toda identidad es externa y es efecto de una práctica articuladora. En segundo lugar, que todo elemento que se articula en una cadena de sentido queda siempre disponible de manera latente para ser, a futuro, articulado con otras cadenas de significantes. De esta situación es que en el discurso se puede llegar a identificar momentos y elementos discursivos que hacen que no sea cerrado, pero tampoco libremente abierto a interpretaciones.

Laclau y Mouffe (2011 [1985]), al respecto, identifican “momentos” y “elementos”. El momento refiere a las posiciones diferenciales que emergen a través de lógicas de articulación con otros discursos; el elemento cumple la función inversa, no se articula discursivamente y además es la diferencia al interior del discurso. La mencionada diferencia, requiere de tres aspectos: a) coherencia específica en cuanto al tipo de formación discursiva; b) delimitar e identificar las dimensiones del discurso; y c) la apertura o cierre que la formación discursiva presenta para su análisis. En otras palabras, se reconoce que no hay contexto que sea capaz de extinguir definitivamente las huellas que ha dejado el significante flotante y vacío en el discurso.

3.3. Articulaciones políticas y hegemonía

Una articulación hegemónica se consolida cuando un elemento, particular, en un momento determinado, asume la representación de

una totalidad y se vuelve inconmensurable respecto a sí misma. Este elemento, que ahora adquiere la nominación de significante vacío está sobredeterminado, porque condensa la mayor cantidad de cadenas asociativas. De esta manera, hay cierta fijación de sentido social como también hay una representación de universalidad, de ahí que se hable de totalidad. Esta representación totalizante, la cual se genera producto del efecto de una particularidad, es posible porque se adjudica la representatividad universal en un determinado momento. Este tipo de relación es una relación hegemónica.

La relación hegemónica se da cuando, en el discurso y mediante juegos de diferencias, se tensiona lo que corresponde a lo particular y lo universal, suponiendo efectos suturantes. Estos efectos indican la imposibilidad de fijar un orden donde el mismo represente una totalidad coherentemente unificada. En esta categoría, otro término que es utilizado por Laclau y Mouffe y que proviene del psicoanálisis lacaniano es el de “sutura”. Para la comprensión del mismo en el campo de la política, los autores sostienen que:

Las prácticas hegemónicas son suturantes en la medida en que su campo de acción está determinado por la apertura de lo social, por el carácter finalmente no fijo de todo significante. Esta falla originaria es precisamente lo que las prácticas hegemónicas intentan llenar. Una sociedad totalmente suturada sería aquella en la que este llenar habría llegado a las últimas consecuencias y habría logrado, por consiguiente, identificarse con la transparencia de un sistema simbólico cerrado. Este cierre de lo social es imposible (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 77-78).

La hegemonía es una articulación conformada por una serie de elementos. Estos pueden ser semejantes o diferentes, de carácter abierto e incompleto de lo social, que, como tal, solo se puede constituir en un campo dominado por las prácticas articularias de un momento dado, y que responden siempre a lo contingente, a lo performativo, en donde una relación de representación «asume una significación universal inconmensurable consigo misma» (Laclau, 2005, p. 95). No existe ninguna posibilidad social de alcanzar una plenitud, excepto a través y por medio de la hegemonía; y esta no es otra cosa que «la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud que siempre nos va a evadir porque es puramente mítica» (Laclau, 2005, p. 148).

3.4. *Lógicas de la equivalencia y de la diferencia*

Esta articulación hegemónica, que posibilita la representación de una totalidad, emplea el funcionamiento de dos lógicas contradictorias: la “lógica de la equivalencia” y la “lógica de la diferencia”. Ambas contribuyen a pensar ciertos límites del sistema, es decir, pensar en aquellas cosas que van más allá del juego de diferencias. Lo que se encuentra, entonces, es una exclusión radical. Una relación de equivalencia es lo que cuestiona una relación diferencial, lo que está excluido limita y constituye al mismo tiempo la sistematicidad del sistema de diferencias. Así, cada identidad particular aparece escindida sobre la base de dos tipos de relaciones lógicas que son incompatibles: equivalencia y diferencia.

En tal caso la identidad de cada elemento del sistema aparece constitutivamente dividida: por un lado, cada diferencia se expresa a sí misma como diferencia; por el otro, cada una de ellas se cancela a sí misma en cuanto tal al entrar en una relación de equivalencia con todas las otras diferencias del sistema (Laclau, 1996, p. 72).

Sin embargo, dichas lógicas se necesitan la una de la otra como condiciones necesarias para poder lograr la construcción de lo social; «cuanto más extendida es la cadena equivalencia, más mixta será la naturaleza de los vínculos que entran en su composición» (Laclau, 2005, p. 101). Es decir, esta cadena de equivalencias se sutura por medio de un significante que asume la representación de una totalidad en la medida que se vacía de sus rasgos particulares. Tanto más vacío cuantos más elementos entren en equivalencia en la cadena respecto del elemento excluido.

Detenemos en los rasgos particulares de cada elemento que entra en la lógica de la equivalencia posibilita inferir que presenta una relación metonímica. La metonimia es una figura retórica que Laclau (1996) utiliza para expresar que las particularidades del significante se dan por una intermediación donde el significante vacío actúa como punto nodal que las reagrupa. En tanto el elemento asume la representación de la totalidad de las particularidades que en el discurso entran en equivalencia, Laclau acude a la retórica de la metáfora, haciendo alusión a lo fallido y distorsionado.

Laclau estudia el discurso político desde el populismo, desde donde plantea una lógica de funcionamiento y distinción entre las diversas clases sociales. De su esquema se infieren tres tipos de niveles: el primer nivel es la figura del antagonismo dividido por la frontera política entre lo no articulado, el enemigo, y lo que es posible de articular. En un segundo nivel están las fronteras particulares al interior de cada demanda, es decir, el antagonismo con aquello específico de cada demanda, de cada sector; al despojar su particularismo entra en la lógica de articulación con otra demanda y así sucesivamente. Laclau lo representa mediante semicírculos

Los semicírculos inferiores son los círculos que representan las demandas individuales. Mientras que el semicírculo superior apunta al momento estrictamente equivalencial (lo que las diversas demandas comparten en su oposición común al régimen represivo), el inferior representa el particularismo irreductible de cada demanda individual (Laclau, 2005, p. 175).

Finalmente, el tercer nivel, “heterogeneidad radical”, “m n”, presupone la ausencia de un espacio común. «Las demandas m n - que no están divididas en semicírculos- son heterogéneas en el sentido de que no pueden ser representadas en ninguna ubicación estructural dentro de los dos campos antagónicos. Esta heterogeneidad que no es representativa puede en algún momento modificarse y ser visible a demandas particulares y transformarse posteriormente en un signifiante» (Laclau, 2005, p. 187).

3.5. Demandas democráticas y populares

Si se pretende determinar la especificidad de una práctica articuladora, se deben identificar, en primer lugar, “unidades más pequeñas que el grupo” (Laclau, 2005, p. 98) y, de esta manera, establecer el tipo de unidad. Cabe preguntarse: ¿cuál va a ser la unidad de análisis mínima? La unidad de análisis por la cual se da inicio es la “demanda social”, que puede manifestarse a través de peticiones o reclamos. A través de la transición de una petición a un reclamo es donde se materializa la identidad de la demanda constitutiva del grupo en el discurso. «Las demandas surgen, aisladas al comienzo, en diferentes puntos del tejido social, y la transición hacia una subjetividad popu-

lar consiste en el establecimiento de un vínculo equivalencial entre ellas» (Laclau, 2005, p. 113).

Para que la demanda se inscriba como tal es necesario considerar, al menos, dos acciones: una acción que demande y otra a quien se dirija la demanda. La formulación de una demanda está obligada a significarse en los términos impuestos por el otro, inscribiéndose de manera relacional. Si hay una demanda, en cuanto tal, estará siempre dirigida a alguien o a algo específico, así su configuración misma está en relación con otro; siempre y en todos los casos se da de manera relacional. Esto sucede ya que, por un lado, la demanda se constituye en torno a una falta y, por el otro, comprende que el orden social en términos de articulación de demandas significa que no se puede constituir en un sistema cerrado porque, por su naturaleza, la demanda indica que es imposible la clausura de lo social.

Las demandas son clasificadas en “democráticas” y “populares”. Para establecer la diferencia entre ambas, Laclau (2005) apela a las dos lógicas que intervienen en el armado social, la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. El signo (=) representa a aquello que cada demanda mantiene en términos de equivalencia; mientras que el signo (#) representa las diferencias, aquello que distingue a cada entidad y que las hace específicas. La equivalencia es lo que subvierte a la diferencia y, de esta manera, toda identidad se construye de la tensión entre la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia.

Si ante determinadas situaciones problemáticas la ciudadanía o un grupo específico de personas afectadas pide soluciones a las autoridades institucionales puede ocurrir que, ante la demanda, se busque la solución, es decir la demanda actúa como petición. Pero, si el reclamo no se satisface, las demandas comienzan a repetirse; la institución no da respuestas colectivas y el punto en común es dicha demanda.

El resultado fácilmente podría ser, si no es interrumpido por factores externos, el surgimiento de un abismo cada vez mayor que separe al sistema institucional de la población.

Aquí tendríamos, por lo tanto, la formación de una frontera interna, de una dicotomización del espectro político local a tra-

vés del surgimiento de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas. Las peticiones se van convirtiendo en reclamos. A una demanda que, satisfecha o no, permanece aislada, la denominaremos demanda democrática. A la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituyen una subjetividad social más amplia, la denominaremos demandas populares (Laclau, 2005, p. 98-99).

Laclau realiza la distinción de los tipos de demandas: democráticas o populares, y también demarca el grado de articulación de las mismas. Las demandas democráticas, satisfechas o no, van a permanecer aisladas de la articulación equivalencial, mientras que las demandas populares son aquellas donde sí se participa de la lógica de la equivalencia y es en esa articulación que sufren un proceso de metamorfosis social. Es importante destacar que esta distinción de las demandas no es una separación categórica, sino que se encuentran las “huellas o trazas en reserva” (Biglieri y Perelló, 2012, p. 83), que de alguna manera se pueden activar, es decir, se deben tener presente las “huellas de otredad” para analizar las demandas.

Siguiendo a las autoras Biglieri y Perelló, «en las demandas democráticas podríamos encontrar huellas de las articulaciones equivalenciales y en las demandas populares, las huellas de la diferencia» (2012, p. 83). En principio, para comprender la complejidad de las demandas, es interesante destacar que, si bien se puede satisfacer una demanda, hay algo que permanece. Lo que no se inscribe como demanda pero que está latente, insiste, reaparece en el orden del deseo del discurso que, en el mejor de los casos, va a suponer la inscripción de nuevas demandas. Esta situación causa un proceso de ilusión que será analizado mediante la forma en que esas demandas se articulan. Es decir, se incorporan demandas, las cuales conducen a encontrar en el discurso aporías o sentidos contradictorios.

3.6. Heterogeneidad radical

Es importante pensar cómo los procesos políticos gubernamentales tienen un nivel de heterogeneidad relevante, donde la hegemonía política nacional, provincial y local disputan grillas de verosimilitud al interior de las discursividades políticas. En otras palabras, «las prácticas hegemónicas tienen que disponer de significantes flexibles

que no estén condicionados por los discursos existentes» (Howarth, 1995, p. 133). El término hegemonía está estrechamente vinculado al de “antagonismo”. Los antagonismos son importantes en los discursos porque contribuyen a trazar fronteras simbólicas entre un “Ellos” y un “Nosotros” y, de esta manera, se complejiza la modalidad de adquirir identidades completas, ya que las fronteras que se entretajan en el discurso están sujetas a procesos de construcción y deconstrucción. Laclau y Mouffe lo definen como

La imposibilidad del cierre (es decir, la imposibilidad de la sociedad) ha sido presentada hasta aquí como la precariedad de toda identidad, que se muestra como movimiento continuo de diferencias [...], límite de toda objetividad tiene una forma de presencia discursiva precisa, y que ésta es el antagonismo (2011[1985], p. 164).

Como correlato, es importante recuperar de Howarth tres ejes para entender la característica del antagonismo en la Teoría del discurso:

Primero, porque la creación de una relación antagónica, que siempre supone producir un “enemigo” o un “otro”, es vital para el establecimiento de fronteras políticas. Segundo, la constitución de relaciones antagónicas y la estabilización de fronteras políticas es crucial en la fijación parcial de la identidad de las formaciones discursivas y de los agentes sociales. Tercero, la experiencia del antagonismo muestra de modo ejemplar la contingencia de la identidad (Howarth, 1995, p. 131).

Por otra parte, complementando las lecturas acerca del antagonismo, es con Zizek (2000 [1990]) con quien Laclau dialoga. Dicho autor remarca que, si el antagonismo es la presencia de un “Otro” y un “Nosotros”, una posible hipotética derrota de ese enemigo llevaría automáticamente a la abolición del antagonismo, con lo cual la identidad quedaría plenamente constituida. Al respecto agrega

No es el enemigo externo el que me impide alcanzar la identidad conmigo mismo, sino que cada identidad, librada a sí misma, está ya bloqueada, marcada por una imposibilidad. Y el enemi-

go externo es simplemente la pequeña pieza, el resto de realidad sobre el que proyectamos o externalizamos esta intrínseca, inmanente imposibilidad (Zizek, 2000 [1990], p. 259-260).

Laclau y Mouffe (2000 [1990]) le responden a esta apreciación de Zizek. Ellos afirman que las posiciones del sujeto están atravesadas por la sobredeterminación que implica que cada posición del sujeto adquiera un carácter incompleto y abierto. De tal manera, se acentúa la idea de la imposibilidad de constituirse como identidades plenas y cerradas.

4. La genealogía de una categoría de análisis: hegemonía

La perspectiva posmarxista incorpora afinidades teóricas con el posestructuralismo para concentrar la lectura en la ontología de lo político; es decir, pensar las formas de lo político desde el posfundamento. Este despliegue argumentativo permite analizar el porqué de los cambios en el mundo contemporáneo. Entre estos últimos cabe destacar: la irrupción de los nuevos movimientos sociales; las diferentes metodologías de protestas sociales, especialmente mirando a América Latina; el rol de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación; la conformación cartográfica del mapa político económico, principalmente el de las economías regionales del mundo; y también el desdibujamiento de las fronteras nacionales e internacionales, ya que hacen pensar los tradicionales marcos teóricos y políticos con los cuales el marxismo explica e interpreta los acontecimientos de la realidad social y política. Lo que se intenta empezar a discutir es la necesidad de

Revisitar —reactivar— las categorías marxistas a la luz de esta serie de nuevos problemas y desarrollos tenían que conducir, necesariamente, a deconstruir aquellas- es decir, a desplazar algunas de sus condiciones de posibilidad y a desarrollar nuevas posibilidades que trasciendan todo aquello que puede ser caracterizado como aplicación de una categoría (Laclau & Mouffe, 2011 [1985], p. 9).

Marchart, desde la mirada posfundacional, reconoce que en la teoría de la hegemonía «1) son innegables e inmunes a revisión, y

2) están localizados fuera de la sociedad y de la política» (Marchart, 2009, p. 26). Lo que se busca es poder fundar la política desde fuera y por ende el funcionamiento de la misma, «su condición inherente es que una fuerza social particular asuma la representación de una totalidad que es radicalmente inconmensurable con ella» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 10).

Gramsci (1967) describe a la categoría hegemonía como modo de articulación política, social y cultural que se impone, se reafirma y recrea un poder de carácter dominante. En este sentido, entiende que el poder condensa las relaciones sociales de fuerzas (políticas, económicas, culturales e ideológicas) articuladas de manera subordinada y jerárquica en función con los intereses de una clase o sector social que se constituye y se consolida como un sector dominante hegemónico. La teoría gramsciana resulta un antecedente relevante en el debate sobre lo discursivo ya que configura un concepto de hegemonía. Ésta resulta una condición indispensable y, por lo tanto, la representación de intereses de estos grupos y de otros sectores que conforman la estructura social. La hegemonía hace mención a una modalidad de ejercer la dominación desde un juego de entrecruzamientos de fuerzas políticas, sociales y culturales, donde las ideologías desempeñan un rol importante porque expresan transversalmente un determinado tipo de poder político.

El pensamiento gramsciano sobre el accionar activo y dinámico del Estado abre un abanico de perspectivas en clave de lectura social para los procesos de transformación radicales. El Estado no es considerado como aparato de la supraestructura que reprime y cohesiona, sino más bien un aparato que intenta delegar el poder político en manos de los representantes de poderes populares emergentes y movilizados, para así impulsar conjuntamente con la estructura gubernamental cambios articulados. Dicha operación se realiza a través de políticas que recuperan lo que se construye desde las bases sociales más vulnerables pero organizadas, constituidas y reconocidas como sujetos colectivos. Es en este esquema de pensamiento que Gramsci (1967) considera al Estado como el aparato con el cual la clase dominante intenta justificar y mantener su dominación, logrando el consenso de la sociedad mediante vínculos hegemónicos que no solamente implican liderazgos políticos, sino también intelectuales y morales, depositando en la ideología una modalidad de acción unificadora de voluntades colectivas.

Para el filósofo italiano la hegemonía como categoría de análisis busca:

1. Intervenir en la vida de los sujetos.
2. Alcanzar con su poder de dominación todas las esferas del poder del Estado. Asimismo, en este proceso de consolidación y de cambio hay que considerar tres aspectos relevantes:
 - a. El cuerpo social se hace homogéneo y se reconoce el terreno económico.
 - b. Se amplía la solidaridad entre los miembros de las diferentes clases sociales.
 - c. Se da apertura a nuevos grupos sociales.

Las contribuciones de Gramsci sobre “hegemonía” aportan para Laclau y Mouffe características necesarias en torno a la recuperación de sentidos y significados al interior del mismo.

[...] es preciso, además que la articulación se verifique a través de un enfrentamiento con prácticas articulatorias antagónicas. Es decir, que la hegemonía se constituye en un campo surcado por antagonismos y supone, por tanto, fenómenos de equivalencia y efectos de frontera (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 179).

Hay un intento de pensar de manera superadora el contexto histórico y la emergencia de la propia contingencia que intenta diferenciarse al reducir la responsabilidad del accionar hegemónico a la clase social. Además, Laclau y Mouffe admiten: «Sin equivalencias y sin fronteras no puede estrictamente hablarse de hegemonía» (2011 [1985], p. 179). Esta afirmación posibilita pensar que la construcción de la hegemonía implica dominar el campo de la discursividad, detenerse en las diferencias, construyendo puntos de fijación parciales, en los cuales se articulan cadenas equivalenciales que garantizan integración y dominación.

Las articulaciones son posibles porque no hay un centro único que establezca sentidos, sino que hay diferencias, el campo de lo social está abierto, no logra la sutura y es posible de modificarse por un exterior constitutivo. Se da reconocimiento a que la hegemonía es

un tipo de relación política, en la cual hay una diversidad de modalidades relacionales y no una sola direccionada. De tal modo, emergen al menos de dos tipos de prácticas articuladoras: una centrada en la perspectiva menos participativa y deliberativa, y otra centrada en la perspectiva democrática.

En el primer caso, cada reivindicación lleva consigo un interés de clase sobre el resto, con lo cual es importante la relación de legitimidad, representación y poder. En el segundo caso, la práctica democrática hegemónica posibilita, como eje de articulación, que la clase obrera incorpore transformaciones a las demandas particulares del conjunto de la sociedad. En esta dualidad, Laclau y Mouffe promueven un tipo de relación en la cual se encastran, en el mapa político, las prácticas articuladoras entre las demandas heterogéneas. Este ejercicio de representación es posible de lograr porque en un determinado momento histórico las luchas de clases se articulan a partir de que consideran que tienen en común reconocer que hay un Otro y que es un antagonismo.

La “hegemonía” implica la constitución de relaciones de poder y por lo tanto de dominación. En esta línea, y retomando a Gramsci, los intelectuales orgánicos, quienes están mejor organizados y formados, tienen mayores posibilidades y capacidades para construir sus identidades, defender sus posiciones, e interpelar a las otras clases sociales. En palabras de Balsa, las clases sociales que ocupan lugares centrales de dominación tenderán a construir identidades sociales que les garantiza superioridad, mientras que las demás clases sociales, subalternas, encuentran resistencias a sus propias prácticas sociales; «cualquier grupo social solo puede constituirse como colectivo y operar de forma parcialmente conjunta en la medida en que pueda formularse discursivamente como tal e interpelar a sus miembros desde un determinado discurso» (Balsa, 2011, p. 76).

Es en este contexto donde se debilita el sistema relacional que define las identidades de un cierto sector social y político y, en consecuencia, se condice a un debilitamiento de elementos flotantes en la estructura social. Gramsci lo define como “crisis orgánica” (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 180), vinculada tanto a una ruptura en la cadena de representación como a un quiebre de la autoridad de los gobernantes. El concepto hace referencia directamente a una crisis del Estado donde lo que emerge del vínculo hegemónico, que

une al poder político y económico con la sociedad civil, se rompe produciéndose una desagregación de la vida estatal por parte de los sujetos. «La dimensión hegemónica de la política solo se expande en la medida en que se incrementa el carácter abierto, no suturado, de lo social» (Laclau y Mouffe, 2011 [1985], p. 182).

Se infiere en el mapa político que la hegemonía es el resultado de una condición indispensable para defender los intereses agrupados de las clases trabajadoras y, en esta defensa de intereses, representar a otros sectores sociales. Esto implica que hay una ruptura con la ideología y las clases porque lo que se busca es la representación de los sectores sociales a través de las articulaciones. Además, se considera que hay diferencias en cada uno de ellos, donde las luchas de clases son dinámicas y cambiantes. Se trata de dar cuenta de una trama de relaciones desde las cuales se comienza a construir una articulación hegemónica entre ellas. «Toda construcción hegemónica es siempre una construcción contingente, pues el resultado de la disputa nunca está asegurada» (Balsa, 2011, p. 78), en primer lugar, porque hay una multiplicidad de factores y de estrategias articuladoras; en segundo lugar, porque la hegemonía no logra nunca suturar ya que el exterior es constitutivo y siempre es factible de ser modificado. Finalmente, en tercer lugar, porque la hegemonía se construye y se transforma permanentemente, no se cierra a un sistema de significación política.

Se destaca que el concepto de hegemonía trabajado por Gramsci da cuenta de fenómenos sociales y políticos. El autor insiste en que los grupos gobernantes necesitan el consentimiento de los gobernados para establecer la autoridad, la legitimidad y el poder, no solo en virtud de su situación económica, sino también en torno al ejercicio del control político sobre el gobierno y el Estado, logrando de esta manera un liderazgo y reconocimiento intelectual, moral y gubernamental. Para Gramsci, entonces, la política es un proceso de construcción de relaciones, creencias y prácticas colectivas, buscando ganar posiciones políticas e ideológicas en el terreno de la sociedad civil.

El concepto de hegemonía de Laclau surge de las lecturas de Gramsci, quien lo (re)construye y lo pone en tensión en tres aspectos: una clase social que provoque un cambio sustancial y significativo; la centralidad en la esfera económica como lucha política y lucha ideológica; la separación entre coerción y consentimiento. A

partir de estas lecturas deconstructivistas de Gramsci, Laclau desarrolla tres lógicas diferentes que intervienen en la construcción de la hegemonía⁴⁸.

En primer lugar, en sus primeros escritos de la década de 1970, Laclau recupera del materialismo histórico de Althusser las prácticas hegemónicas llevada a cabo por clases sociales fundamentales que aspiran a transformar la sociedad en base a sus propios intereses y valores. En esta primera lógica se destaca la categoría de “alianzas de clase” como mero acuerdo político entre los sujetos sociales. De este modo, las clases dominadas mantienen su relativa independencia ideológica e identitaria y solo aceptan la dirección y la dominación estratégicamente táctica por las ventajas que les representa. Ventajas parciales porque los intereses político–ideológicos son propios de cada clase.

Esta operación se logra esencialmente por la habilidad política de las figuras dirigentes de la clase dominante que logran enhebrar alianzas con las elites de las fracciones dominadas de la clase dominante y/o de las clases subalternas, ofreciendo ventajas materiales a las clases por ellas representadas (Balsa, 2006, p. 17).

La interpretación que realiza Balsa sobre esta lógica permite pensar que este tipo de hegemonía acepta alianzas a cambio de ventajas materiales.

En segundo lugar, la lógica hegemónica construida como “dirección intelectual y moral”. El elemento clave de la dominación es la

48 Estos tres modelos corresponden a tres problemáticas teóricas diferentes y sus concomitantes orientaciones políticas. En la década de 1970, Laclau utilizó principalmente los escritos de Gramsci y Althusser para criticar y reelaborar las teorías marxistas de la política y la ideología. Su obra se ocupó de impulsar lo que podríamos denominar demandas socialistas tradicionales de las clases trabajadoras. En la década de 1980, su producción se desarrolló en torno al punto nodal teórico del posestructuralismo, sobre todo a los escritos de Foucault y Derrida, y reformuló su perspectiva política alrededor del proyecto de democracia radical. En la década de 1990 estructuró su trabajo en torno a la teoría psicoanalítica, particularmente en la obra de Lacan y Zizek y orientó su política (al igual que Chantal Mouffe) hacia la construcción de universalidades contingentes y un pluralismo agonista, ante la percibida fragmentación de las políticas de izquierda producto del auge de las nuevas formas de particularismo (Howarth, 2008, p. 320).

ideología, es decir, un complejo de ideas, o como moral, en tanto es más amplio y abarcador, porque incluye valores, prácticas y representaciones compartidas en una misma cultura. La caracterización de la ideología como concepto es importante porque entran en juego solo aquellas operaciones de legitimación política sobre la base de una relación de dominación. En esta tipología de hegemonía intelectual es importante resolver la disputa por las ideas y la formación de los intelectuales orgánicos de las diferentes clases con las que se cuenta. Aquí, el resultado de esta modalidad de dominación está determinado por el control de los aparatos (Althusser, 1984) de producción ideológica en un plano institucional. El objetivo es representar los intereses particulares de las clases dominantes como si fueran los intereses generales del colectivo. Se trata de lograr una administración que apunte al bien común y que represente los intereses específicos de una clase particular pero que a la vez englobe solo a una parte de la totalidad de la sociedad.

Finalmente, la última lógica considera que la difusión de un “modo de vida” favorece aceptar la dominación. La dinámica social de esta lógica posibilita transformar y/o modificar las condiciones de vida de las clases subalternas. El efecto inmediato se refleja en los modos de pensar hacia la clase dominante.

En el campo discursivo, las formas y los significados que operan en el terreno de las disputas por el orden social resultan indicadores para la modalidad de construcción hegemónica. De modo tal que suponen herramientas para producir articulaciones y exclusiones que delimitan el campo político de los sujetos. Frente a estas demandas, reclamos y repertorios que surgen de diferentes sectores sociales, es interesante recuperar la necesidad de lograr articulaciones y luchas políticas de los diferentes sectores sociales. En tal sentido, pensar cómo poder plasmar y potenciar los reclamos sociales y, a la vez, reparar y construir equivalencias entre demandas diversas y el trazado de fronteras políticas. «Los discursos políticos de las diversas clases, por ejemplo, consisten en esfuerzos articulatorios antagónicos en los que cada una de ellas se presenta como el auténtico representante del pueblo, del interés nacional» (Laclau, 2015 [1978], p. 187). Es bajo esta perspectiva que se comprende en los discursos la posibilidad de articular demandas democráticas y populares, identificar los antagonismos y la formación de las fronteras políticas, para posteriormente

confluir en lógicas equivalenciales que contribuyan a la conformación y consolidación de identidades políticas.

5. Notas acerca del legado intelectual de Ernesto Laclau. Bases ontológicas de la política

La lectura laclausiana posibilita pensar los discursos en su relación con la construcción de un enemigo público a partir del cual definirse, diferenciarse, oponerse, un Nosotros y un Ellos; una(s) frontera(s) política(s) de carácter antagónico, flexible, móvil, que varía según la presencia del enemigo público; un(s) elemento(s) excluido(s) radical(es), aquel que se encuentra por fuera de la estructura pero que puede alterar y condicionar al interior. También implica la presencia de significantes flotantes y vacíos que pueden ser flexibles, articulados necesariamente para que el sistema adquiera dinámica en el discurso.

Al interior de las estructuras discursivas Howarth (1995) señala tres ejes. Primero, la fragmentación de las estructuras sociales, una crítica a los discursos que trazan fronteras simbólicas para delimitar un Ellos y un Nosotros, «como una formación discursiva -que se preocupa de procesos como los de producción, reproducción e intercambio- similar a cualquier otro sistema de comportamiento» (Howarth, 1995, p. 139). Es decir, toda práctica que se realiza en un ámbito institucional determinado tiene un origen de carácter político, en la cual toda formación social es flexible y abierta. Segundo, el abandono del concepto de ideología, «Un discurso “ideológico” será aquel en el que no se reconoce que haya algo exterior o un “otro” que lo constituya» (Howarth, 1995, p. 140). Finalmente, la incapacidad para analizar las instituciones sociales y políticas, la crítica se proyecta en que el discurso no explica el funcionamiento orgánico institucional, no se detiene en analizarlo, pero sí reconoce y admite que en estructuras gubernamentales los sujetos políticos recuperan del pasado la historicidad y la institucionalidad.

La categoría “demanda social” para Laclau (2005) implica reclamos entendidos como un conjunto de diferencias que se encuentran inmersas en una totalidad; el límite es la diferencia de sí mismo, pero la totalidad abarca todas las diferencias. De esta manera, el exterior

que permite constituir un espacio fallido, fracturado, incompleto, es el resultado de una exclusión que posibilita la equivalencia de todas las demandas, ya que todas las diferencias son equivalentes en el rechazo al elemento que está excluido fuera de la estructura, intentando fortalecer las demandas en un sistema de significación identitario. Dicho punto de unión, o significante vacío, debe necesariamente provenir de la misma cadena de demandas. Una demanda está internamente dividida en demanda particular, pero, al mismo tiempo es significativa de una universalidad. Este proceso lógico es denominado por Laclau como hegemonía, relacionándolo con el concepto de articulación, en el cual elementos se articulan o recomponen. Por otra parte, los aportes de Balsa destacan que la hegemonía es un «proceso, una lucha, con un final no escrito» (2007, p. 33).

En síntesis, el esquema teórico propuesto por Laclau se basa en los trabajos de Lacan, Gramsci, Althusser y de Saussure, los cuales conforman un despliegue argumentativo y logran articularse por medio de un significante tendencialmente vacío que cumple la función de unificar a la cadena de equivalencias, a las demandas. Pero, vale aclarar que dicha articulación debe ser el resultado de una lucha hegemónica. En ese sentido, se debe observar el escenario político donde demandas particulares se unen a la totalidad y representan la pluralidad. Una modalidad de comprender, desde lo ontológico, las formas de lo político.

La tarea que proponen las lecturas laclausianas conjuntamente con otros pensadores es la posibilidad de (re)construir discursos de carácter y alcance general a partir de la recuperación de particularismos. Recuperando los postulados lacanianos, hay que (re)preguntarse si esta teoría política puede dar cuenta de lo real, singular y objetivo de la realidad; o bien, es necesario recurrir a otras teorías para complementar los enfoques y poder visibilizar respuestas a los interrogantes sobre la discursividad política.

Capítulo IV

Enunciación y discurso en movimiento. Delineando y configurando marcas discursivas sobre los discursos políticos

«Las huellas no son solo lo que queda cuando algo ha desaparecido,
sino que también pueden ser las marcas de un proyecto,
de algo que va a revelarse»
John Berger

El presente capítulo indaga, desde la perspectiva de Verón (1987), qué se entiende por discurso político, identificando las gramáticas de producción y reconocimiento que posibilitan la emergencia de lenguaje(s) político(s), los cuales circulan y se caracterizan como performativo y estructurante. Preguntar sobre cuáles son las marcas de la enunciación en los discursos políticos posibilita interrogarse desde dos niveles de análisis: el enunciado y la enunciación, reconociéndolos en los mismos desplazamientos y articulaciones de los actores sociales y políticos situados en un contexto determinado.

El capítulo procura, en primer lugar, recuperar conceptualizaciones sobre el término discurso político. Para ello se presentan variadas perspectivas sobre el alcance y la modalidad de denominar al discurso. En segundo lugar, se retoman perspectivas teóricas de Verón, identificando la operacionalización de las categorías triple destinación, entidades del imaginario político y los componentes al interior de cada discurso. Finalmente, se recurre a las marcas de la enunciación para dar cuenta de manera específica las huellas del discurso, los actores políticos y su lenguaje.

La premisa que las palabras no se inscriben en el vacío, sino que adquieren sentido, fuerza de transformación y cambio sobre múltiples destinatarios (Verón, 1987) presupone modificar actitudes, creencias y acciones. Aquí se recuperan solo aquellas categorías que posibilitan visibilizar las modalidades del decir y el hacer en clave discursiva.

1. Algunas precisiones teóricas

Desde la perspectiva del semiólogo Eliseo Verón (1987) el discurso constituye una práctica y sentido social que se da bajo ciertas condiciones de producción y reconocimiento. Verón afirma: «un discurso no es en definitiva otra cosa que una ubicación del sentido en el espacio y en el tiempo» (2004, p. 49). Desde esta lectura, lo discursivo es el resultado de una formación social que asume una dimensión significativa constitutiva. La importancia radica en la interrelación que se establece entre lo social y lo discursivo, porque las palabras no representan la realidad tal cual es, sino, a través del discurso, donde se establecen articulaciones y mediaciones de sentido que contribuyen a una configuración de lo que es real. «El discurso construye la realidad y en ella, se construye a sí mismo» (Arévalo, 2012, p. 93). La realidad social se instituye a través de lo discursivo como social, simbólico, provisorio y contingente, vinculada a la disputa por la imposición de un orden que pretende ser legítimo pero que debe ser analizada en un contexto social determinado. Es en este contexto donde los sentidos y efectos que producen los discursos se visibilizan en la sociedad.

¿Qué es el discurso? ¿Cómo se (re)construye un discurso? ¿Qué se encuentra en la superficie de un discurso? ¿Cuáles son las condiciones de producción y reconocimiento que circulan en el discurso? ¿Cómo son sus estrategias y componentes? Estos interrogantes abren el camino desde la politología y de la sociosemiótica para analizar discursos políticos. Verón (1987) inicialmente plantea el sistema de producción de los discursos sociales a partir de considerar tres instancias: en primer lugar, la identificación de objetos empíricos que hace referencia a los textos; en segundo lugar, “paquetes textuales”, los cuales remiten a «conjuntos compuestos en su mayor parte de una pluralidad de materias significantes: estructura-imagen; escritura-imagen-sonido; imagen-palabra» (Verón, 1987, p. 17); y, por último, “discurso(s)” que indican la modalidad de aproximarnos al

interior de los textos y comprender el sentido situado en un contexto determinado.

Para Verón, el discurso es «un sistema de operaciones discursivas» (1987, p. 17). Desglosando sus acepciones, las mencionadas operaciones discursivas atraviesan los niveles que hacen referencia a lo sintáctico, semántico, y pragmático. Asimismo, se parte de procesos de producción en relación con las condiciones que le dan origen, contribuyendo a lograr pertinencia, ubicuidad e identificación de marcas que remiten a diferentes operaciones discursivas. «Proceso de producción no es más que el nombre del conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual, bajo la forma de operaciones discursivas» (Verón, 1987, p. 18). Esto es plausible de interpretar cuando sí y solo sí se encuentran impresas huellas en el discurso.

Verón afirma que no hay que olvidar que el sistema productivo al cual se refiere está articulado por tres momentos: «producción, circulación y consumo» (1987, p. 19). De esta manera, para abordar la lectura de un discurso, es menester destacar que hay dos gramáticas que funcionan: las gramáticas de producción y las gramáticas de reconocimiento. Entre estas dos gramáticas aparece el concepto de “circulación” que para Verón significa «proceso a través del cual el sistema de relaciones entre condiciones de producción y condiciones de recepción es, a su vez producido socialmente» (1987, p. 20). Entonces la circulación es un conjunto de mecanismos que integra el sistema productivo, que determina y define las relaciones entre ambas gramáticas para identificar y analizar un discurso.

Para ello, el procedimiento comparativo entre ambas gramáticas es el principio básico del análisis de los discursos. La operación metodológica de la circulación se lleva a cabo a través de la diferencia entre la producción y los efectos de los discursos. La superficie discursiva se compone de marcas, huellas, que definen y determinan el sistema de referencias de las posible(s) lectura(s) de ese(s) discurso(s). Es decir, las condiciones de circulación son extremadamente variables, actúan como el “desfase” en un determinado momento entre la producción del discurso y las lecturas en la recepción (Verón, 2004). Este proceso de análisis tiene la forma de un tejido extremadamente complejo, conformado por conjuntos discursivos múltiples a través de la forma de una red intertextual. El discurso, entonces,

se presenta como un doble sistema de relaciones, el encuentro entre dos conjuntos de relaciones (producción/reconocimiento) siendo la circulación la que posibilita la relación de ambos conjuntos. Este sistema de relaciones se puede presentar de manera disociada y desarticulada (Verón, 1987; 2004; Vitale, 2004).

La modalidad de Verón para presentar su teoría de los discursos sociales de manera gráfica en su obra *La Semiosis Social*⁴⁹ (1987) ha sido el eje transversal para estudiar el entramado de relaciones al interior de los discursos. En dicha obra siempre existen varias lecturas posibles de los conjuntos textuales que circulan en el interior de una sociedad, desde el punto de vista de su producción; un discurso puede ser sometido a diversas lecturas. Cada tipo de lectura alude a una conceptualización específica de las condiciones de producción (Verón, 1987, p. 18).

En el año 2004, Verón, escribe *Fragmentos de un tejido* donde se aproxima a la categorización de lo que es la semiosis social. Al buscar condensar sus categorías teóricas afirma «las llaves que me permitieron abrir esas puertas fueron el concepto de “discurso” y la hipótesis de “desfase”, de la discontinuidad necesaria, entre la “producción” y el “reconocimiento”» (Verón, 2013, p. 16). Posteriormente, y luego de un amplio despliegue argumentativo, escribe en el año 2013 la obra *La Semiosis Social 2* como modalidad de indicar que existe una continuación y profundización teórica que recupera categorías previamente trabajadas en el campo de la discursividad (Verón, 1987a; 1987; 2004; 2013).

Con la categoría “red interdiscursiva” Verón piensa en un sistema de distancias, de desfases en proceso de transformación. La red se genera entre las gramáticas de producción y de reconocimiento, pudiendo encontrarse, en determinado momento histórico, en unas más que en otras. Al situar la materialidad de los desfases se hacen visibles las huellas, producto de las condiciones de producción y reconocimiento en los diferentes textos. «Es por ello que, cada vez

49 Es importante destacar que Eliseo Verón «defiende en 1985 su tesis doctoral *Producción de sentido. Fragmentos de una sociosemiotica* presentada en la Universidad de París VIII, para publicar a partir de esta tesis la primera edición en 1987 de *La Semiosis Social. Fragmento de una teoría de la discursividad*, simultáneamente en francés y castellano» (Saur, 2018, p. 125). Para ampliar lecturas, véase Verón (1980; 1987; 1995; 2013).

que un discurso nos interesa, tenemos que encontrar otro que, por diferencia, constituya el revelador de las propiedades pertinentes del primero» (Verón, 2004, p. 54).

La interdiscursividad se reconoce como una de las condiciones fundamentales del funcionamiento de los discursos sociales. Este reconocimiento justifica la estrategia metodológica de trabajo al interior de los discursos sociales ya que opera como una red extremadamente compleja de determinaciones. ¿En qué condiciones se genera la explicación de esta red? Verón (1987) argumenta que se da en el plano de lo objetivo en clave histórica extra-discursiva —esto es, determinar condiciones de producción, circulación y reconocimiento—. La alteridad que se genera en el discurso se da en la intervención que tiene la ideología. En ese sentido, Verón afirma: «en todo discurso existe una multitud heterogénea de huellas de orígenes diversos» (1987, p. 34); como correlato, se obtienen diferentes lecturas de los diferentes discursos.

Al hablar de semiosis, nos retrotraemos al término propuesto por Charles Sanders Peirce (1986), vocablo que hace referencia a la red interdiscursiva de la producción social de sentido, cuyas dimensiones la caracterizan como «ternaria, social, infinita, histórica» (Verón, 2004, p. 56). La inscripción peirceana, como los aportes de Frage⁵⁰ acerca del sentido social entre el significante y significado, son plausibles de diferentes interpretaciones para la comprensión del sentido social a través de la lectura ternaria (Verón, 1987; 2004; 2013; Vitale, 2004).

Se advierte que la naturaleza ternaria del modelo teórico de la semiosis social se configura en una red interdiscursiva, en la cual hay presencia de al menos tres conjuntos: producción, discurso y reconocimiento. Esta triada operacionaliza las huellas que se encuentran en los discursos. La red discursiva propuesta por Peirce (modelo ternario de la semiosis, 1986) está compuesta exactamente de relaciones triádicas, tejidas unas a otras. En este sentido, lo que se demuestra es que, fijándonos en un punto de la red, identificamos un discurso de referencia (identificado con “D”), las relaciones de un discurso

50 Existen dos grandes herencias históricas del signo. Por un lado, la saussureana que plantea el modelo binario (significado/significante); por el otro, el pensamiento ternario o tricotómico de la significación de Pierce (Interpretante/Signo/Objeto) y de Frage (Sinn/Zeichen/Bedeutung).

con sus condiciones productivas, P(D), sus condiciones discursivas de reconocimiento R(D) y, entonces, el objeto del discurso (O). Se trata de relaciones triádicas con dos puntos en común (D) discurso y (O) objeto. Este modelo de red discursiva de Peirce es recuperado por Eliseo Verón (1987), quien utiliza los elementos mencionados para interpretar la estructura del discurso en donde se contiene dos veces el gráfico triádico de Peirce.

Verón representa la estructura del discurso considerando para las condiciones de producción y de reconocimiento. Destaca que las condiciones discursivas de producción (D) es el interpretante de estas condiciones, y es solo en esta medida que constituye a (O) como su objeto. En relación con sus condiciones productivas de reconocimiento, por otro lado, (D) es signo de su objeto y R(D) deviene el interpretante dentro de la relación triádica. Lejos de ser el que responde aislado del discurso que habla, el objeto solo existe en cuanto tal en y por esa red interdiscursiva. Se considera que (O) únicamente puede ser designado en su vínculo con (D), según la terminología de Peirce (1986), como el objeto inmediato de (D). Insertado en la relación triádica [P(D)-(O)-(D)], (O) es el objeto dinámico, porque si mi objeto desborda el discurso que mantengo sobre él, es porque otros discursos han hablado ya de mi objeto. Permaneciendo prisionero de la clausura semiótica, se reencuentra de esta manera, en la red interdiscursiva⁵¹, el espesor de lo real⁵². (Verón, 1987, p. 132-133).

Peirce supone que la semiosis es una relación triádica entre el “signo”, “representamen” e “interpretante”. Se destacan dos aspectos importantes: primero, «todo sistema significante concreto es una composición compleja de las tres dimensiones mencionadas y, en segundo lugar, este pensamiento se puede traducir en una descripción operatoria cognitiva» (Verón, 1987, p. 111). Al referirnos a la semiosis como una acción o influencia entre tres elementos (signo,

51 «Pero ¿es posible salir de ella? Sí, de alguna manera: es en todo caso la pretensión del analista de los discursos sociales. “Salir” de la red, en relación con relaciones interdiscursivas determinadas, quiere decir: tomar los discursos que ocupan posiciones determinadas en la red como objetos. Ello define la especificidad del análisis de los discursos: la relación entre el discurso producido como análisis y los discursos analizados es una relación entre un meta-discurso y un discurso-objeto» (Verón, 1987, p. 133).

52 Este espesor resulta inseparable de la dimensión temporal, del carácter histórico de la red interdiscursiva (Verón, 1987, p. 133).

objeto, interpretante) de manera infinita, posibilita inferir que «un signo es determinado por su objeto» (Verón, 1987, p. 116). Entonces, este objeto es signo y produce otro signo del cual va a ser su objeto. Debido a que este objeto es en sí mismo un signo, produce otro signo del cual él es objeto, éste entonces será otro objeto de otro signo y así infinitamente (Verón, 1987). Para Peirce (1986), hay una realidad que no depende de representaciones y la noción de realidad es inseparable de su producción al interior. Este modelo triádico nos posibilita analizar el status del objeto del signo, que puede ser dinámico o inmediato. El signo, en efecto, remite a su objeto que es lo que representa.

Hay dos tipologías de objetos: *inmediato* y *dinámico*. Se entiende por objeto inmediato al modo de representación del objeto en el signo, no solo con su objeto, sino también la relación que se establece con el objeto. En la segunda tipología, objeto dinámico, el objeto determina el signo y es el signo quien representa a su objeto de una cierta manera. Siguiendo las lecturas de Verón (1987), el objeto desborda el signo y este no puede representar el todo del objeto. Esta representación debe representar el objeto como independiente del signo; subyace un “precepto de explicación”, que se infiere en rigor de que hay diferentes acciones del signo sobre el objeto a partir de un fundamento que hace que determine su emergencia. Este desdoblamiento del signo por el objeto lo denomina objeto dinámico. Ambos objetos son producidos por la semiosis.

«Un discurso cualquiera que fuere de naturaleza o tipo, no refleja nada, él es solo punto de pasaje del sentido» (Verón, 1987, p. 128); esencialmente los discursos se vinculan a la problemática de la construcción social de lo real. El discurso es un objeto entre otros y, en este sentido, no emerge un exterior por fuera del discurso. Considerando estas acepciones que hacen al discurso como objeto, en esta dimensión, es donde Verón y Sigal afirman que «la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que lo genera y del universo imaginario que ella misma engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales» (2010 [2003], p. 15). De esta manera, la modalidad mediante la cual se puede acceder a diferentes mecanismos imaginarios y simbólicos asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales.

Analizar discursos sociales, no implica detenerse en lo que los sujetos sociales (enunciador) dicen en oposición a lo que hacen, sino que interesa analizar la (re)configuración compleja de condiciones de producción y de reconocimiento que determinan el funcionamiento de un sistema de relaciones sociales en una situación dada. Estas condiciones de producción del sentido «abre el camino a la aprehensión del orden simbólico como matriz fundamental del comportamiento social y de las estructuraciones de lo imaginario como red compleja de representaciones engendradas en el seno mismo de las prácticas sociales» (Sigal y Verón, 2010 [2003], p. 16).

El modelo teórico propuesto por Verón, recuperando las categorías del modelo ternario de Peirce, reconoce que no hay un análisis del discurso, sino que hay diferentes tipos de análisis sobre el discurso. El contenido concierne a los mecanismos fundamentales (económico, político y social) de funcionamiento de una sociedad, esto es lo “ideológico” y el “poder”. Se denomina ideológico al sistema de relaciones de un discurso con sus condiciones de producción cuando estas ponen en juego el funcionamiento de una sociedad. Se está ante una presencia de la dimensión ideológica cada vez que una producción significativa (independientemente del soporte y las materias significativas a analizar en el interior del discurso) aborda «sus relaciones con los mecanismos de base del funcionamiento social, entendidos como restricciones al engendramiento del sentido» (Verón, 2004, p. 44). Esta dimensión se ubica en las gramáticas de producción, pero es transversal a la sociedad, se produce como desfasaje, como diferencia interdiscursiva. Analizar lo ideológico en un discurso, es analizar las huellas que dan sentido a las condiciones productivas.

Por otro lado, se denomina *poder* al sistema de relaciones de un discurso con sus efectos, cuando estas condiciones sociales de reconocimiento conciernen a los mecanismos de base y de circulación propias del funcionamiento de una sociedad. Interrogarse cómo y por qué un mismo discurso no posee el mismo poder ni produce los mismos efectos en contextos historiográficos disímiles, o cómo y por qué el poder como dimensión del funcionamiento social adquiere multiplicidad de directrices en los diferentes niveles de la sociedad, cómo se materializa el poder en un discurso, entre otros posibles interrogantes, hacen permeable estudiar el poder a través de sus efectos (Verón, 2004).

“Ideología” y “poder” son dimensiones que corresponden al funcionamiento de los discursos sociales. La ideología remite a configuraciones históricas y poder a la configuración social concreta de instituciones estructuradas. La dimensión ideológica es analítica y tiene una pretensión teórica; es en los discursos donde la ideología designa la relación entre el discurso y sus condiciones sociales de producción, ya que allí es donde se exhiben las propiedades a analizar para dar cuenta de ello. Verón afirma: «todo fenómeno social es susceptible de ser ‘leído’ en relación con lo ideológico y en relación con el poder» (1987, p. 136). Esta afirmación posibilita inferir que las articulaciones del sistema productivo no son las mismas en los diferentes niveles del funcionamiento de la semiosis social en el discurso. Se trata de comprender que la semiosis está necesariamente investida de toda forma de organización social, «sin esta semiosis, no es concebible forma alguna de organización social» (Verón, 1987, p. 136).

Considerar que en la semiosis social se guían los enlaces sistémicos de los discursos, permite al autor interrogarse sobre cuáles son las invariantes y cómo identificar huellas en un discurso. Sus aproximaciones sostienen que «si las condiciones productivas asociadas a un determinado nivel de pertenencia varían, los discursos también, en alguna parte, variarán» (Verón, 1987, p. 138). Pero ¿dónde? Justamente lo que se busca con el modelo teórico de Verón es poder identificar en un discurso las variaciones asociadas a las condiciones productivas, registrar el funcionamiento social, describir la forma de operacionalizar y reconstruir, a partir de esta descripción, las reglas que pertenecen a una o a varias gramáticas.

La semiosis, por consiguiente, solo puede tener la forma de una red de relaciones entre el producto y su producción; solo se la puede señalar como sistema puramente relacional: tejido de enlaces entre el discurso y su “otro”, entre un texto y lo que no es ese texto, entre la manipulación, de un conjunto signifiante destinada a descubrir las huellas de operaciones y las condiciones de producción de esas operaciones (Verón, 1987, p. 139).

Las contribuciones de Verón sobre la semiosis social aportan el trasfondo necesario para señalar que esta noción de discurso abre la posibilidad de una reformulación. Esta implica dejar el modelo

binario propuesto por Saussure (1945) y profundizar el modelo ternario de Peirce (1986) acerca de la significación, la materialidad del sentido y la construcción de lo real en la red de la semiosis propuesta. Ante estos postulados teóricos, Verón reagrupa su pensamiento con la “teoría de la discursividad” o “teoría de los discursos sociales⁵³” (1987, p. 122).

El esquema categórico de la semiosis social (Verón, 1987; 2004; 2013; y Vitale, 2004) concibe a los fenómenos como conglomerados de materias significantes y observa también el funcionamiento de una red semiótica denominada sistema productivo⁵⁴. La misma se detiene en los modos de funcionamiento de la semiosis social, al estudiar los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido. Esta acepción destaca una doble perspectiva: primero, toda producción de sentido es social, por lo tanto, hay que detenerse en explicar las condiciones sociales productivas; y, en segundo lugar, todo fenómeno social implica un proceso de producción de sentido. Si en este funcionamiento se encuentra sentido social se hace mención a “representaciones sociales” (Verón, 1987, p. 126), porque es en la semiosis donde se construye la realidad de lo social. El análisis de los discursos sociales, posibilita la apertura a la construcción social de lo real. Toda producción de sentido tiene una manifestación material que es la condición esencial del estudio empírico de la producción de sentido.

53 «Hay que destacar que la expresión se emplea en plural: análisis de los discursos, con lo cual se busca señalar una diferencia respecto de aquellos que hablan del “análisis del discurso”, concibiendo así el Discurso como una especie de homólogo de la lengua del cual podría hacerse una teoría general “fuera de contexto”. Lo que se produce, lo que circula y lo que engendra efectos en el seno de una sociedad, constituyen siempre discursos (ciertamente, se trata de tipos de discursos cuyas clases habrá que identificar y cuya economía de funcionamiento habrá que describir)» (Verón, 2004, p. 48).

54 El acceso a la red semiótica siempre implica un trabajo de análisis que opera sobre fragmentos extraídos del proceso semiótico, es decir, sobre una cristalización (resultado de la intervención del análisis) de las tres posiciones funcionales (operaciones-discurso-representaciones). Se trabaja así sobre estados, que solo son pequeños pedazos del tejido de la semiosis que la fragmentación efectuada transforma en productos. La posibilidad de todo análisis del sentido descansa sobre la hipótesis según la cual el sistema productivo deja huellas en los productos y el primero puede ser (fragmentariamente) reconstruido a partir de una manipulación de los segundos (Verón, 1987, p. 124).

Para comenzar con el proceso de operacionalización de las categorías que forman parte de la teoría de los discursos sociales propuestas por Verón, se parte siempre de “paquetes” de materias sensibles investidas de sentido. Estos paquetes son productos, es decir, configuraciones de sentido que abarcan un texto, imagen o fragmento que conforma/n la semiosis. En este contexto, es importante destacar que al realizar el análisis de la producción discursiva encontramos una subdivisión categórica que posibilita operacionalizar el discurso.

En primer lugar, las condiciones productivas de los discursos tienen que ver con determinaciones⁵⁵ que dan cuenta de las restricciones de generación de un discurso la cual se denominada “condiciones de producción”; o bien, en segundo lugar, las determinaciones que definen las restricciones de su recepción, Verón (2004) las identifica como “condiciones de reconocimiento”. Es entre las condiciones de producción y de reconocimiento que los discursos circulan. La consecuencia de esta modalidad de análisis radica en que los discursos, como objetos significantes, no pueden analizarse por sí solos. Es necesaria siempre la búsqueda de relaciones de conjuntos significantes —es decir, el sentido incorporado en discursos observados/analizados— con aspectos determinados de las condiciones de producción.

Siempre el análisis es en relación con un determinado punto de vista, o un determinado nivel de pertenencia, puesto que «todo texto es un objeto heterogéneo y constituye el lugar de encuentro de una multiplicidad de sistemas de determinación diferentes» (Verón, 2004, p. 42). Esta cita permite analizar la multiplicidad de discursos que circulan en la sociedad recuperando, al interior de cada uno, las condiciones de producción y de reconocimiento que emergen de los contextos en los cuales el sentido, el significado y los efectos se desplazan. Además, implica la búsqueda de inscripciones que provengan de las condiciones de producción, ya sea las generativas o explicativas, o bien las que dan cuenta de su recepción.

Asimismo, se plantea que no se pueden llevar a cabo análisis de discursos ni exclusivamente de manera externa, ni interna. Esto se sostiene porque de manera externa se buscan en el discurso huellas

55 La palabra *determinado* resulta decisiva en este contexto, porque estas gramáticas no expresan propiedades en sí de los textos, sino que intentan representar las relaciones de un texto, o de un conjunto de textos, con su más allá, con su sistema productivo (social) (Verón, 1987, p. 130).

inscriptas del objeto significante que provengan de las condiciones de producción, pero no se realiza un análisis interno, el cual implica contar con objetos que contribuyan a describir las condiciones de producción y como correlato las condiciones de reconocimiento. Es importante considerar que, para Verón, un objeto significante tiene la posibilidad de una multiplicidad de lecturas. «Solo deviene legible en relación con criterios que se deben explicitar y que movilizan siempre, de una manera u otra, elementos que tienen que ver con las condiciones productivas del objeto significante analizado (sea en producción o en reconocimiento)» (Verón, 1987, p. 128).

Preguntar sobre qué es lo que interesa analizar de los objetos en los discursos permite pensar qué emerge de las relaciones que todo producto/objeto significante mantiene entre las condiciones de producción que se generan en el discurso y las condiciones de reconocimiento que se encuentran impresas al interior considerando para ello los efectos. Entender el pensamiento veroniano remite a comprender que en la existencia de un discurso siempre hay otros discursos que se interrelacionan. Las relaciones de los discursos con sus condiciones de producción y reconocimiento se representan de manera sistemática. Para observar dichas características se tienen en cuenta reglas de generación y reglas de lectura, esto da lugar a la tipología de gramáticas⁵⁶ de producción para las primeras y gramáticas de reconocimiento para las segundas, las cuales describen las operaciones de asignación de sentido en el discurso significante. Estas operaciones se reconstruyen a partir de marcas, huellas que se encuentran inscriptas en la superficie de los discursos. Ambas gramáticas tienen la forma de un conjunto complejo de reglas que describen operaciones (Verón, 2004).

Verón, en *La semiosis social*, reconoce que las condiciones de producción y de reconocimiento como las gramáticas no son idénticas. La distancia entre ambas varía según el funcionamiento de la semiosis, el contexto, el lugar y el conjunto significante a ser estudiado. Esta lectura posibilita pensar que «tanto desde el punto

56 Una gramática es un modelo de reglas que caracterizan la producción (o la lectura) de una clase; esta clase, como la de todas las frases que se pueden producir en una lengua, es infinita. Por lo tanto, cuando se identifica elementos (huellas) lo que se hace es describir un conjunto de invariantes discursivas (Verón, 1978, p.135).

de vista sincrónico como diacrónico, la semiosis social es una red significativa infinita» (Verón, 1987, p. 129), en todos sus niveles hay encastramientos. En la red infinita de la semiosis, «toda gramática de producción puede examinarse como resultado de determinadas condiciones de reconocimiento; y una gramática de reconocimiento solo puede verificarse bajo la forma de un determinado proceso de producción» (Verón, 1987, p. 130). Su funcionamiento deviene de la lógica de las redes, esto es, «cuando el punto de partida es, en un momento posterior, punto de llegada, ya no es el mismo punto; el retorno no es nunca un regreso» (Verón, 2004, p. 9). No hay que olvidar que la red infinita de la semiosis se desenvuelve en un contexto en clave de lectura espacio-temporal de las materias significantes, la historia, la sociedad, los sujetos y que solo se pueden analizar gramáticas de producción porque se definen los campos de efectos de sentido posibles. En ese mismo sentido, las de reconocimiento solo se identifican si se aplican a un texto dado en un momento determinado.

La teoría de los discursos sociales es importante para comprender el funcionamiento de la discursividad política. Analizar discursos políticos y sociales implica interiorizarse por las relaciones interdiscursivas que aparecen en el seno de las relaciones sociales. La unidad de análisis, por lo tanto, no se detiene en el sujeto, enunciador, sino en la distancia que se genera entre los discursos. Se infiere que en el análisis del discurso y en la construcción de las palabras, las modalidades del decir, la enunciación, posibilitan que el locutor/alocutor construya la naturaleza del contacto por medio de operaciones de comparación analógicas y el tono de voz. La importancia de articular todos estos elementos y los que surgen del análisis son indispensables cuando se los considera “paquetes” significantes complejos, es decir, abarcar texto, gestos, palabras, intercambios interpersonales e imágenes en los discursos. El carácter analítico de los discursos autorreferenciales refleja unos de otros desde el momento en que se extrae y se comprende que las frases no son simples elementos que construyen un discurso. Por el contrario, las frases y los objetos extraídos del discurso son construidos mediante diferentes operacionalizaciones que posibilitan distinguir las dimensiones dentro del funcionamiento social para explicar y dar a luz la noción de discurso.

Algunas herramientas conceptuales y metodológicas son indispensables para la comprensión y el análisis de los discursos, y de cómo los mismos mediante soportes tecnológicos (Verón, 2001) de mayor complejidad se vuelven socialmente disponibles y generan en la sociedad nuevas y sofisticadas formas de discursividad. Verón expresa: «medios al servicio de un fin: la comunicación» (2001, p. 13). Esta modalidad de pensar el accionar de los medios, la sociedad y el discurso se presenta como principio de inteligibilidad, de performatividad, audible y visible que posibilita comprender los sentidos y significados de lo que se piensa y cómo se piensan las palabras desde el discurso.

Los aportes de Eliseo Verón sobre la semiosis social y el análisis del discurso permiten distinguir condiciones de producción y condiciones de reconocimiento desde las cuales se puede abordar discursividades políticas, ya sea que se tenga en consideración las reglas que dan cuenta de su generación o bien los efectos de sentido, denominando las gramáticas de producción y gramáticas de reconocimiento. Estos dos polos de producción teórica, no pueden coincidir exactamente, como tampoco son relaciones y operaciones simples, lo cual significa que (re)construir una gramática de producción no da cuenta de los efectos de sentido en el discurso involucrado y, consecuentemente, un efecto de sentido no va a posibilitar deducir por sí solo las condiciones de producción. Lo que se genera son campos de efectos de sentido para comprender de manera referencial y relacional el funcionamiento de una red interdiscursiva del sentido social inscripto en el discurso.

En este marco referencial, se orienta a reconocer e identificar, en el campo de la política, la modalidad de construir el entramado de significados y de relaciones al interior del discurso. Se busca reconocer si el discurso logra articular distintas demandas; si existe una dicotomización del espacio político; y si se trascienden condiciones de producción y de reconocimiento para configurar en la territorialidad identidades políticas más amplias.

En definitiva, esto ayuda a comprender por qué en algunos casos los sujetos y discursos forman parte de la formación discursiva y hegemónica de las gestiones gubernamentales vigentes más allá de sus diferentes configuraciones, antagonismos y dislocaciones y, en otros, representan un desafío a la misma. Así, el discurso político se

sitúa en el terreno de la producción de efectos de sentido social y, con ello, el desarrollo de una identidad colectiva lejos de representar constructos cerrados y definidos se remite a conceptos abiertos y polisémicos. Supone la construcción y producción de significados, creencias y decisiones compartidas en la territorialidad que se destinan a producir puntos nodales de acción de actores emergentes en un proceso de (re)construcción de discursividades políticas del espacio gubernamental de actores y discursos.

2. Dispositivo de enunciación: discurso político

El discurso constituye una práctica social generadora de sentido que se da bajo ciertas condiciones de producción y de reconocimiento. Es decir, lo discursivo es entendido como el resultado de una formación social que asume una dimensión significativa constitutiva. Siguiendo a Verón (1987) el doble anclaje, de lo social en el sentido y el sentido en lo social, ejemplifican la interrelación entre discursos y sus contextos al interior de cada uno de ellos en la sociedad. Por un lado, pensar en el desarrollo de la teoría de los discursos sociales desde las gramáticas de producción para dar cuenta de los discursos. Mientras que, por el otro, la enunciación permite complementar el análisis político de los enunciados (lo que se enuncia) mediante la incorporación del plano enunciativo (cómo y desde dónde se enuncia) el discurso.

En este contexto, desde la mirada de Verón y pensando en lo político, cabe preguntar: ¿qué puede decir el discurso sobre lo político?, ¿de qué modo se da cuenta de procesos de conformación de identidades político-ideológicas y a la vez de disputas hegemónicas por el sentido?, ¿cómo comprender fenómenos políticos? y ¿cuáles son las herramientas que se deben esgrimir para iluminar aspectos de las teorías que no pueden, por sí solas ni aisladas, dar cuenta? Emergen de estos interrogantes ciertos “juegos del lenguaje” (Wittgenstein, 1999), entrecruzamientos de campos discursivos que se visibilizan en los discursos.

Verón establece ciertas distinciones entre los dispositivos de enunciación a partir de tipificar los discursos. Alude a tipos de discursos para hacer referencia «por un lado, a estructuras institucionales complejas que constituyen sus soportes organizacionales y, por

el otro, a relaciones sociales cristalizadas de ofertas/expectativas que son correlatos de estas estructuras institucionales» (2004, p. 195). En ese marco, se encuentran los tipos de discursos “políticos”⁵⁷, de la “información”⁵⁸ y los “publicitarios”⁵⁹.

El concepto de “político” posibilita inferir dos instancias diferentes: por un lado, discursos, por el otro, instituciones. En primer lugar, se trabaja con un campo discursivo, lo que se busca es la construcción de una tipología de juegos de discursos entre destinatarios, entidades, componentes, estrategias y marcas. En segundo lugar, trabaja con una diversidad de estrategias dentro del mismo discurso. Además, en tercer lugar, la descripción de los intercambios discursivos implica niveles diacrónicos, visibilizar las estrategias y la variación entre las mismas. En cuarto lugar, se da importancia a los diferentes modos de manifestación de un cierto tipo de discurso, con una diversidad de soportes significantes, que determinan las condiciones de su circulación. Finalmente, en quinto lugar, hay un permanente entrecruzamiento de campos discursivos; una interacción entre juegos de discursos políticos y de discursividades.

Hay dos niveles dentro de la enunciación: «el nivel del enunciado es aquel en el que se piensa cuando se habla de contenido de un discurso, el enunciado, es aquello que se dice» (Sigal y Verón, 2010 [2003], p. 23). La diferencia entre preguntar y afirmar es una diferencia que se visibiliza en el plano de la enunciación. Es en el plano

57 «Resulta difícil, por ejemplo, definir el discurso político como tipo, sin conceptualizar su anclaje en el sistema de los partidos y en el aparato del Estado, por un lado, y sin teorizar las modalidades a través de las cuales ese tipo de discurso construye las figuras de sus receptores, por otro» (Verón, 2004, p. 195-196).

58 «También parece difícil definir como tipo el discurso de la información (ese discurso cuyo objeto es la actualidad) sin conceptualizar, por un lado, su articulación con la red tecnológica de los medios y con los sistemas de normas que rigen la profesión de periodista y, por el otro, sus modalidades de construcción de un único destinatario genérico, el ciudadano habitante (asociado al colectivo mundo) comprometido en rutinas diversas de apropiación del espacio-tiempo de lo cotidiano» (Verón, 2004, p. 196).

59 «Igualmente parece difícil definir como tipo de discurso publicitario sin conceptualizar, por un lado, sus relaciones complejas con el mercado económico de los bienes de consumo, con la red institucional de la comunicación comercial y con la red de los medios en los cuales obtiene su legitimidad y por el otro lado, sus modalidades de construcción de toda una galería de paradesinatarios entendidos como consumidores potenciales» (Verón, 2004, p. 196).

de la enunciación al interior del discurso «en el que se construye no lo que se dice, sino la relación del que habla a aquello que dice, relación que contiene necesariamente otra relación: aquella que el que habla propone al receptor, respecto de lo que dice» (Sigal y Verón, 2010 [2003], p. 23). Es en el plano de la enunciación que se encuentran inmersas dos grandes dimensiones: las entidades de la enunciación y las relaciones entre esas entidades. Al respecto afirman

Todo discurso construye dos entidades enunciativas fundamentales: la imagen del que habla (que llamaremos el enunciador) y la imagen de aquel a quien se habla (que llamaremos el destinatario). El enunciador no es el emisor, el destinatario no es el receptor: “emisor” y “receptor” designan entidades materiales (individuos o instituciones) que aparecen respectivamente como fuente y destino en la realidad. Enunciador y destinatario son entidades del imaginario: son las imágenes de la fuente y del destino, construidas por el discurso mismo. La distinción es importante, puesto que un mismo emisor, en diferentes momentos, puede construir imágenes muy diferentes de sí mismo (Sigal y Verón, 2010 [2003], p. 23).

En otras palabras, hay entidades enunciativas compuestas tanto por el enunciador y como por el destinatario. El proceso de análisis implica detenerse en las condiciones de producción y en las condiciones de reconocimiento que dan lugar a la emergencia de las huellas a la superficie discursiva. En ambas categorías, el discurso posibilita entender las prácticas discursivas que se producen en todas las esferas de la vida social en las que el uso de la palabra forma parte de las actividades que en ella se desarrollan.

Interrogarse acerca de la relevancia que adquiere el enunciador en el discurso político implica realizar la operación lingüística acerca de la pregunta ¿quién es el que me habla?

Enunciador y destinatario son entidades del imaginario: son las imágenes de la fuente y del destino, construidas por el discurso mismo. La distinción es importante, puesto que un mismo emisor, en diferentes momentos, puede construir imágenes muy diferentes de sí mismo (Sigal y Verón, 2010 [2003], p. 23).

Estos diálogos entre el enunciador y el destinatario en el campo político implican la emergencia de un «enfrentamiento relación con un enemigo, lucha entre enunciadores» (Verón, 1987a, p. 16), porque la enunciación política aparece en el terreno de lo político inseparable de la construcción de un adversario. Se está ante una dimensión y función polémica del discurso.

Identificar al adversario significa que en todo acto de enunciación política se supone la existencia de otros actos de enunciación, «todo acto de enunciación política a la vez es una réplica y supone (o anticipa) una réplica» (Verón, 1987a, p. 16). Esta distinción posibilita la realización de dos operaciones discursivas: el enunciador y el ethos discursivo. En relación con la primera operación, se hace referencia a «la imagen del que habla» (Verón, 1987, p. 16); mientras que, en el caso de la segunda, hace referencia a aquellos valores en los cuales el enunciador se legitima⁶⁰. Hablar de enunciador implica una modelización que posibilita diferentes operaciones discursivas a través de las cuales se construye el discurso: esa imagen del que habla. Mientras que, para designar un acontecimiento/fenómeno que implica la producción de un enunciado o una sucesión de enunciados, se hace mención a los actos de enunciación (Verón, 1987a).

2.1. Destinación

La escritura permite construir piezas textuales que dan lugar a las múltiples formas de narrar los sentidos, significados y efectos. Las palabras son variadas, se configuran según los contextos donde la distribución de roles cumple un papel trascendental.

Así pues, abordar un tema como el discurso significa adentrarse en el entramado de las relaciones sociales, de las identidades y

60 En las investigaciones de Verón con la coautoría de Sigal (2003) analizan el discurso político de Perón en la Argentina. Los autores contribuyen a pensar el modelo teórico-analítico que consiste en analizar las diferentes posiciones de sujeto y las estrategias que se ponen en juego frente a cada uno de los destinatarios. Intentan analizar desde dónde se sitúa el enunciador, cómo persuadir a los indecisos o cómo los destinatarios se contradicen en el discurso de sus adversarios político-discursivos. Finalmente, busca responder a cómo se legitiman los discursos frente a sus seguidores a partir de los colectivos de identificación que se refieren a las entidades del imaginario político que definen un “Nosotros inclusivo” frente a un “Ellos”. Para ampliar la lectura remitirse a Sigal y Verón (2010 [2003], p. 29-97).

de los conflictos, intentar entender cómo se expresan los diferentes grupos culturales en un momento histórico, con unas características socioculturales determinadas. Entender, en fin, esa conversación que arranca desde los inicios de la humanidad y que va desarrollándose a través de los tiempos, dejando huellas de dialogicidad en todas las manifestaciones discursivas, desde las más espontáneas y menos elaboradas hasta las más planificadas y más elaboradas (Calsamiglia y Tusón, 2015 [1999], p. 2).

Un discurso es un espacio habitado de actores, de escenarios, objetos, y leer su contenido implica poner en movimiento un conjunto de herramientas y dispositivos que contribuyen a acercar la realidad desde y sobre la superficie discursiva. Desde los estudios semióticos, y con una vinculación hacia los postmarxistas recuperando las lecturas de Foucault, (1970; 1969), la ideología en los discursos presenta un contenido trasversal, como una red de redes sobre los discursos.

Los aportes de Kerbrat - Orecchioni (1997) resultan relevantes para los estudios del discurso político y la vinculación sujeto-discurso. La tarea de estos trabajos es buscar lugares de inscripción y modalidades de existencia de subjetividades aun cuando en el discurso se predetermina la relación del sujeto con el texto. Se destaca la figura de un hablante que descifra sentidos y significados en los textos como así también las marcas de un sujeto/autor/locutor.

En el campo político en particular, hay competencias entre las palabras y los sujetos políticos. En esta relación dual al interior del discurso, se presentan dos niveles: el enunciado y la enunciación. El enunciado es el contenido mientras que la enunciación es donde el sujeto construye su relación con el contexto al cual está haciendo referencia (ejercicio lingüístico). Es una imagen verosímil que se va construyendo y reconociendo: “yo” y “nosotros”. El uso permanente de las referencias son las que construyen al propio sujeto del que se habla. En palabras de Montero (2009) el ethos discursivo, vocablo que proviene de la retórica clásica aristotélica que distingue tres tipos de pruebas para la persuasión: el logos, el pathos y el ethos (Montero, 2009, p. 40). El logos hace referencia a la razón, el entendimiento, la capacidad técnica de argumentar en un discurso. El pathos y el ethos, a diferencia de la razón, destacan las virtudes y las emociones del orador. Para Montero la figura del ethos específicamente

[...] trata del conjunto de rasgos o características que el orador muestra de sí mismo a fin de atraer la atención de su auditorio y de persuadirlo de forma eficaz. Esa proyección discursiva del sujeto en su discurso, sus modos de hablar y las propiedades que en virtud de estos rasgos se le atribuyen tienen especialmente en el discurso político fuerza persuasiva (2009, p. 41).

Es en el discurso donde se profundizan los conflictos se trazan fronteras, se identifican los antagonismos, generando que este espacio de lo político sea interminable. Las relaciones que se establecen entre el enunciador y el destinatario son simétricas y se encuentran en un mismo nivel, en un “Nosotros Inclusivo”. Pero, además, están las asimetrías: el “yo” singular, que en el campo discursivo desde lo político adquiere un rol complementario con los destinatarios “yo” - “ustedes”, una distancia desde la construcción enunciativa de un “Nosotros Restringido” y un “Nosotros Inclusivo”.

El primero (Nosotros Restringido) es la articulación del “yo” más “él”, mientras que el segundo (Nosotros Inclusivo) es una relación simétrica e inversa, se incorpora el “yo” más el “tú” más “él”, donde las figuras en el discurso aparecen y se articulan de manera complementaria, hay un común denominador de las tramas colectivas, “yo” y “nosotros”. En esa operación analítica las acciones que se llevan a cabo se enmarcan dentro de la conjunción verbal del hacer, desglosado en las modalidades que hacen al poder, saber, querer y deber. «El lugar del enunciador no se define entonces solamente por la autorreferencia sino por ese “Otro” que instaura ante sí, atribuyéndole determinadas competencias, saberes, expectativas y hacia el cual se orientan las estrategias del discurso» (Arfuch, 1987a, p. 31). El contenido es inseparable de la enunciación, de las marcas que en el discurso se materializan mediante relaciones intersubjetivas (yo/nosotros del tú/ustedes) y de las coordenadas espacio-temporales (aquí y ahora) indispensables para el discurso.

Verón (1987a) afirma que en el tipo de discurso político la destinación y las funciones, que son múltiples, están explícitamente detalladas. En efecto, la destinación se subdivide en tres dimensiones. En primer lugar, “prodestinatarios”, que es el partidario, simpatizante u “Otro Positivo” que forma parte de colectivos de identificación y que, por ende, se expresa en términos de un “Nosotros Inclusivo”.

En esta categoría, el “Otro Positivo”, cuya posición corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciador. El destinatario positivo es, antes que nada, el partidario. Verón (1987a) utiliza el concepto de prodestinatario para referirse al que contiene la función discursiva que hace referencia al tipo de discurso orientado al refuerzo. Ahora bien, esta categoría entre el enunciador y el prodestinatario en el discurso político adquiere la forma de una entidad que denomina “colectivo de identificación”, que se expresa con un Nosotros Inclusivo.

La segunda dimensión de la destinación es el “Otro Negativo”, “contradestinatario”; es el adversario u Otro Negativo que se encuentra excluido del colectivo de identificación, enunciado como un ellos excluido, cuya función discursiva en el discurso es la polémica. «Ese otro discurso que habita todo discurso político no es otra cosa que la presencia, siempre latente, de la lectura destructiva que define la posición del adversario» (Verón, 1987a, p. 17).

La tercera dimensión, el “paradestinatario”, es el destinatario indeciso respecto al cual se establece una relación incierta, ya que no es posible definir su posición con respecto al enunciador y su propuesta. Son aquellos sujetos que se mantienen fuera del juego político y que, por ejemplo, en los procesos políticos electorales son identificados como independientes. Aquí aparece la persuasión, ya que «Al paradestinatario va dirigido todo lo que en el discurso político es del orden de la persuasión» (Verón, 1987a, p. 17).

El carácter político de un discurso no está dado exclusivamente por el rol que ocupa el emisor del mensaje sino por el contenido temático de este. Los aportes de Montero (2009) sobre la figura de la triple destinación están presentes en las funciones que se le delegan a cada uno: así al prodestinatario le corresponde la función del refuerzo, al contradestinatario la polémica y finalmente, al paradestinatario la persuasión (Montero, 2009, p. 320). Estas funciones van dinámicamente cambiando y modificando a los destinatarios. Lo que en un momento es el exterior constituido, es decir el antagonismo inherente al discurso puede al mismo tiempo ser parte de la cadena equivalencial interna de los destinatarios.

En esta misma línea, Barros (2002) sostiene que hay una dimensión discursiva y simbólica de los hechos y que reducir el discurso a sus mecanismos o dispositivos de enunciación deja afuera todo enfoque o fenómeno que no sea analizado desde la materialidad del discurso.

Para estudiar la política, para intentar responder como una cierta posición pasa a dar sentido a una situación y triunfa imponiendo este sentido a otras posiciones, será más productivo concentrarse en la manera en la que el discurso exitoso articula un sistema de diferencias en una nueva cadena de equivalencias (Barros, 2002, p. 23).

De modo que, en términos generales, se puede decir que, en los discursos políticos, las funciones de refuerzo, persuasión y polémica conviven en el escenario político donde los sujetos se desplazan considerando los contextos socio-políticos de una época determinada.

2.2. Entidades del imaginario político

Todo discurso político supone la construcción de una entidad colectiva, de un “Nosotros” que sienta la base sobre una identidad que se nuclea, generalmente, en torno a la figura de un sujeto político, líder, caudillo, jefe, orador. Mediante diferentes operaciones discursivas de interpretación sobre sujeto político, esta figura nombra y a la vez reconoce a sus seguidores con vocablos y/o frases nominales que, dotadas de un poder performativo y visibilizado, permiten interpelar las expresiones y narrativas de los destinatarios y construir un espacio discursivo propio; ejemplo de ello, “ciudadanos”.

En el plano del enunciado, Verón (1987a) realiza una categorización con cinco subcategorías que intervienen tanto en la construcción del enunciador (que va a establecer relaciones con unas u otras) como en la construcción de los destinatarios. Las cinco entidades que conforman el discurso político son:

1. Colectivo de identificación, marcado por un Nosotros en el plano enunciativo de manera explícita en el interior del discurso. Este colectivo es la base dual que se genera en el discurso entre el enunciador y el prodestinatario. Son entidades numerables, vale

decir, que admiten la fragmentación y la cuantificación con una designación que puede ser positiva y/o negativa, en relación a la triple destinación.

2. Entidades más amplias que los colectivos. Como su nombre lo indica, son entidades numerables que designan colectivos que corresponden a entidades más amplias. En el discurso, a estas entidades se las vincula con marcas que identifican al paradesinatario.
3. Meta colectivos singulares. Son singulares porque no admiten ni cuantificación ni fragmentación. Por el contrario, son más abarcadores que los colectivos políticos que fundan la identidad de los enunciadores. Son entidades significativas porque representan el colectivo de ciudadanos.
4. Ciertas formas nominalizadas. Expresiones que adquieren autonomía semántica respecto al contexto discursivo. Su función es adquirir en el discurso un valor metafórico en relación a una posición política del destinatario. Esta posición puede ser positiva en relación al enunciador o negativa si es hacia el contradestinatario.
5. Formas nominales. Poseen un poder explicativo y actúan como operadores de interpretación. La utilización de estas entidades supone, en el plano del análisis del discurso, un efecto inmediato de inteligibilidad del prodestinatario. Son entidades que intervienen en la construcción del enunciador (quien va a establecer relaciones con unas y otras) y la construcción del destinatario, utilizando diferentes modalidades de colectivos. Poseen diferentes lógicas de análisis y de operacionalización al interior del discurso; Verón las denomina “leyes de composición” (Verón, 1987a, p. 18-20).

2.3. Componentes

En el plano del enunciado encontramos los “componentes”. Estos operan como articulación entre el enunciado y la enunciación, puesto que los mismos definen modalidades por medio de las cuales el enunciador construye la red de relaciones con las entidades del imaginario. Estos componentes que Verón divide en “descriptivo”, “didáctico”, “prescriptivo” y “programático”, se ubican en las “zonas del discurso” (1987a). El discurso político entreteje permanentemente

estas cuatro zonas, pero, las figuras que se dibujan en esta trama son diferentes, según las posiciones de enunciación dentro del campo político.

El componente descriptivo es aquel en que el enunciador político ejercita la constatación, es decir, realiza un balance de la situación en clave de lectura temporal retrospectiva y prospectiva. La figura del enunciador se construye como una fuente privilegiada de inteligibilidad de las múltiples operacionalizaciones descriptivas que se encuentran impresas al interior del discurso. En esta zona predominan los verbos en presente indicativo y responden al orden del saber.

El componente didáctico corresponde al orden del saber, y aquí es donde el enunciador político enuncia un principio general formulando una verdad universal. En la “zona” didáctica del discurso político, las marcas de la subjetividad del enunciador no son tan recurrentes y los principios se enuncian en el plano de lo verdadero.

El componente prescriptivo corresponde al orden del deber hacer, del orden de la necesidad deontológica. Esta necesidad es de carácter impersonal como un imperativo universal. Finalmente, el componente programático se caracteriza por el predominio de formas verbales en infinitivo y de carácter propositivo. Corresponde al orden del poder hacer, donde el enunciador promete, anuncia, se compromete, entre otras modalidades de enunciación.

Tanto las entidades como los componentes en el discurso operan como estrategias discursivas recuperando la trayectoria histórica. Esta modalidad de abordajes que se efectúa en el discurso es relevante porque facilita realizar consideraciones a ulteriores procesos de significación, para la comprensión de un fenómeno que excede ampliamente el poder de la palabra en el discurso.

Verón sostiene que el objeto de su perspectiva teórica consiste en analizar estrategias que, explícitamente, se encuentran en el discurso enunciado por un sujeto de la enunciación. Quienes se detienen en el estudio del discurso, se encuentran con la posibilidad de múltiples y variadas interpretaciones sobre la enunciación. Para el autor, el lenguaje es polifónico, es decir, hay un diálogo de palabras que circulan entre dos locutores heterogéneos, una diferenciación de voces enunciativas (Kerbrat-Orecchioni, 1997). Por otra parte, las estrate-

gias discursivas enuncian palabras en el campo político que consiste en situarse a sí mismo conjuntamente con los tipos diferentes de destinatarios, a través de explicaciones, prescripciones y promesas con relación a las entidades del imaginario. Allí es donde se busca construir relaciones o donde se funda la legitimidad de la palabra.

Dentro del campo político, prevalecen múltiples estrategias que se vinculan y relacionan de diferente manera. Entre ellas podemos encontrar estrategias: a) en términos de la relación del enunciador con los meta colectivos singulares; b) en términos de la relación del enunciador con su colectivo de identificación; c) en términos de las modalidades de construcción de destinatarios; d) en términos del modo de articulación del enunciador a sus enunciados, en el contexto de cada componente; e) en términos del peso y del rol desempeñado por los tres tipos de destinatarios, en el contexto de cada componente; y finalmente f) en términos de las modalidades de articulación de los componentes entre sí (Verón, 1987a).

La vinculación entre relaciones y posibles estrategias discursivas al interior del discurso político siempre va a ser infinita e incompleta, porque cada situación discursiva implica un análisis exhaustivo. «Lo que caracteriza la especificidad del discurso político es cierta configuración de operaciones discursivas, uno de cuyos aspectos fundamentales es el de las operaciones enunciativas» (Verón, 1987a, p. 24), para poder performativamente comprender el sentido, significado y los efectos al interior del discurso.

2.4. Marcas de la enunciación en el enunciado

En los discursos, se encuentra la impronta del enunciador, locutor, quien a través de expresiones tiene a cargo la función de planificar y organizar el discurso, como una red simbólica de relaciones entre él y sus destinatarios. Esta red tiene una mirada ideológica, social y cultural que posibilita identificar déicticos (formas elementales que hacen a las personas, tiempo y espacio), subjetivemas, apelativos y modalidades de enunciación. Adentrarse al discurso como objeto implica considerar sine qua non a un sujeto productor, locutor, emisor y una relación dual entre locutor–interlocutor al interior del discurso.

En la enunciación, denominada “acto del lenguaje”, es donde se genera el discurso y también es este acto el encargado de crear el contexto al interior del mismo. Desde esta perspectiva, el discurso puede relacionarse de manera directa con el enunciado o con lo que es enunciado. El acto individual de apropiarse de la lengua introduce al que habla. La presencia del locutor en la enunciación hace que cada palabra del discurso constituya un centro de referencia interna. Esta situación se materializa por medio de juegos de lenguaje y de formas específicas, cuya función es ubicar al locutor de manera directa e imprescindible con la enunciación. De esta manera, Adelstein (1996) expresa:

Compete al análisis de la enunciación todo aquello que en el texto indica la actitud del sujeto respecto a lo enunciado: el texto se presenta siempre como “marcado” o “no marcado” subjetivamente, esto es, referido a un sujeto que manifiesta expresar sus opiniones, puntos de vista, referir una experiencia o unos acontecimientos respecto a si mismo, o bien como hechos y saberes objetivos ajenos a quien los enuncia (p. 18).

De la cita se desprenden algunas modalidades de marcar huellas en el texto del discurso. Estas se inscriben de diversas formas: los indicadores de personas, espacio y tiempo, las modalidades de la enunciación, subjetivemas, adverbios y conjunciones. Como correlato, entonces, los enunciados conllevan marcas inscriptas en el discurso que posibilitan leer el enunciado desde el lugar que el locutor prefiere, destacando u omitiendo entidades. Estas marcas se las puede identificar de diversas maneras, según el sentido y significado de las palabras.

El termino deixis proviene de una palabra griega que significa ‘mostrar’ o ‘indicar’, y se utiliza en lingüística para referirse a la función de los pronombres personales y demostrativos, de los tiempos y de un abanico de rasgos gramaticales y léxicos que vinculan los enunciados con las líneas espaciotemporales del acto de enunciación. La deixis puede ser definida como la localización y la identificación de personas, objetos, procesos, acontecimientos y actividades de que se habla en relación al contexto espacio temporal que se crea y se entremezcla en el discurso mediante el acto de enunciación (Adelstein, 1996). Los déicticos son, entonces, las unidades lingüísticas cuyo

funcionamiento semántico referencial (codificación, interpretación, decodificación) implica considerar ciertos elementos del proceso de comunicación (circunstancias espaciotemporales, circulación de la producción-reconocimiento, mensaje, canal, contexto sociohistórico, discurso). Se hace referencia al papel que desempeñan los actos de la enunciación en el proceso de la comunicación y la situación espacio-temporal de los protagonistas del discurso locutor (emisor) y alocutor (destinatario).

Dentro de estas marcas en el discurso podemos reconocer los “pronombres”, los cuales tienen la capacidad de ser personales (singular o plural) o posesivos. En relación con los pronombres personales, “yo”, objetivo “me”, y terminal “mí” y con relación a los posesivos “mi” y “mío” son deícticos de personas. Con relación a los primeros, los usualmente utilizados y conocidos son “yo”⁶¹ y “tú/vos”⁶², “él”, “ellos”, “ella” y “mí”. Estos pronombres personales y posesivos reciben el contenido referencial específico donde el receptor debe tomar en consideración la situación comunicacional que se canaliza mediante el discurso. En el caso de los segundos, hace referencia a la distinción del nosotros inclusivo, esto es el “yo” más el “vos” singular o plural y el nosotros exclusivo “yo” más el singular o plural. Asimismo, dentro de los deícticos se encuentran las localizaciones temporales, estas marcas expresan el tiempo. Significa localizar un acontecimiento en un momento determinado cuya referencia se acentúa en clave de lectura historiográfica local.

La deixis, además de identificar a los pronombres, abarca la localización temporal y espacial, en donde se realiza el acto de enunciar: “acá”, “en este lugar”, remiten exclusivamente al lugar de la enunciación y “hoy”, “ahora”, “en este momento”, refieren al momento de la enunciación que se encuentran inscriptos en el discurso. Expresar el tiempo y el espacio en el discurso implica localizar un acontecimiento, en un momento determinado, tomando como referencia fechas

61 “Yo”, el pronombre de primera persona singular, designa al individuo que enuncia la instancia de discurso que contiene el pronombre yo. El “yo” refiere al locutor y no puede ser definido más que en términos de locución (Adelstein, 1996, p. 25).

62 “Tú/vos”, el pronombre de segunda persona singular designa al alocutorio, al individuo al que se dirige el discurso que contiene el pronombre “tú”. Es necesariamente designado por el “yo” y no puede ser pensado fuera de una situación planteada a partir del “yo” (Adelstein, 1996, p. 25).

históricas, alusiones contextuales o las mismas referencias deícticas. Ahora bien, cuando estas marcas o unidades léxicas (sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios) se manifiestan en un discurso, informan acerca de una evaluación valorativa o afectiva del enunciador y se hace mención de los subjetivemas. Dentro de estos, se encuentran los “subjetivos”: donde el locutor asume explícitamente una opinión; y los “axiológicos”: aquellos juicios de valor sobre determinados hechos y/o fenómenos de la realidad. Estos pueden ser —por caso— para describir la realidad, resaltar estrategias y/o errores adaptados por el gobierno desde la esfera institucional gubernamental.

En un discurso se puede analizar no solo la consistencia y el tipo de subjetivemas, sino también las redes semánticas que se establecen entre ellos y la reagrupación a través de campos semánticos. Por campo semántico se entiende a una agrupación de palabras que conforman un dominio conceptual similar y por afinidad. Esta modalidad de reagrupar los subjetivemas por campos semánticos posibilita, en el discurso, analizar los efectos de sentido que se generan al interior. Cuando un término del léxico es empleado en el discurso para mencionar a una persona, esta marca se transforma en el enunciado del discurso, en apelativo. Los apelativos se usan como primera, segunda o tercera persona, para designar: a quien habla, el locutor, a quien se habla, destinatario o alocutor, y a aquella persona de la cual se habla, el delocutor. Se los llama respectivamente locutivos, alocutivos y delocutivos. Todo apelativo locutivo y alocutivo tiene un carácter deíctico porque en el discurso posibilita la identificación de un referente, es predictivo y manifiesta relaciones sociales dependiendo del locutor y del contexto.

La lengua permite al hablante, locutor, diversas modalidades o marcas mediante las cuales adopta una actitud en relación a lo que enuncia en el discurso, manifestando cierta emergencia y consolidación de una nueva subjetividad en la elección de las mismas. Las marcas se pueden agrupar en: morfológicas, que hacen referencia a los modos y/o tiempos del verbo; lexicales, conformadas por adverbios y verbos; sintácticas, compuestas por la construcción del verbo ser más los adjetivos; y las prosódicas, que se refieren a la entonación.

Analizar la figura del locutor y del alocutor en el discurso genera relaciones que posibilitan materializar y visibilizar en primer lugar formas declarativas, como trasmisión de información; en segundo

lugar, formas interrogativas, mediante signos de interrogación que proponen la búsqueda permanente de la interpelación entre el enunciador, la enunciación y el alocutor; en tercer lugar, formas imperativas, las cuales exigen respuesta inmediata y suponen una relación jerárquica, asimétrica, entre el enunciador y el enunciatario.

La importancia de la retórica y de la lingüística en el campo de la política se materializa por medio de desplazamientos discursivos, ya que estos conforman las herramientas para analizar los campos de la política y lo político en la gobernabilidad institucional. Las marcas en el discurso político posibilitan construir una representación de sí mismo, en el cual los sujetos políticos adquieren diferentes ubicidades en un contexto determinado. Para esta representación, al respecto Montero expresa:

si todo discurso político implica efectivamente una puesta en escena, esa representación que el discurso ofrece de sí mismo es necesariamente incompleta e inacabada lo que evidencia que en democracia el lugar de poder y el de la verdad están permanentemente sometidos a debate y pueden ser siempre puestos en cuestión (2009, p. 341).

De la cita se desprenden algunas implicancias que ubican al discurso desde el lugar de las marcas de la enunciación, las cuales posibilitan lectura(s) que reivindican, reelaboran y articulan de manera explícita la matriz discursiva. Lejos de reflejar la transparencia de un objeto preexistente, nítido y homogéneo, se trata de una elaboración discursiva cuyo efecto establece un puente entre el sujeto-instituciones y el territorio.

Es pertinente tener en cuenta varias cuestiones. En primer lugar, el estilo de la enunciación, la forma de contrato de lectura⁶³ y la interpelación que mantiene con la ciudadanía en la elaboración,

63 Conjunto de condiciones en las que se realiza todo acto de comunicación (sea cual fuere su forma, oral o escrita, monolucativa o interlocutiva). Es lo que permite a los participantes de un intercambio reconocerse el uno al otro con los rasgos identitarios que los definen en tanto sujetos de ese acto (identidad), además de poder reconocer la mirada del acto que los sobredetermina (finalidad), entenderse acerca de lo que constituye el objeto temático del intercambio (asunto) y considerar la pertinencia de los imperativos materiales que determinan dicho acto (circunstancias) (Charaudeau y Maingueneau, 2005, p. 130).

redacción y producción de los acontecimientos y fenómenos políticos y sociales que acontecen al interior del territorio. En segundo lugar, las estrategias discursivas, que en los discursos se encuentran acompañadas por la modalidad enunciativa. De tal modo, el análisis del discurso del dispositivo enunciativo reconstituye la confirmación acerca del discurso como construcción social de sentido. En tercer lugar, la indispensable articulación interdisciplinaria que posibilita realizar lectura(s) de los sentidos y significados que circulan en el campo de la política y lo político. Analizar, describir, categorizar, inferir, son acciones que posibilitan reconocer y confrontar posicionamientos ideológicos que se ejemplifican en las marcas al interior de cada discurso

[...] en la que el estudio de los entornos de las unidades léxicas seleccionadas a partir de la indagación en las condiciones de producción, de los textos fue uno de los modos de abordaje más transitados a los que se agregó luego el análisis del dispositivo enunciativo y de lo que lo sostiene, el género (Arnoux, 2006, p. 10).

Los aportes de Arnoux (2006) sobre las estrategias metodológicas permiten el análisis del discurso político desde los destinatarios, la enunciación y el enunciado para explorar cómo, en los espacios heterogéneos y asimétricos, se delimitan y entrecruzan formaciones discursivas. Pero dichas formaciones no se quedan allí, sino que atraviesan sentidos, objetos y dispositivos genéricos que proporcionan lecturas de los discursos de manera infinita. Ser capaz de articular los sentidos y significados, reconociendo marcas discursivas como indicios que sirven para responder al cómo construir la discursividad política.

Conforme con lo propuesto sobre la enunciación discursiva, se considera que orienta a reconocer al interior del discurso la modalidad de identificar y buscar la construcción de categorías que den cuenta de ciertos tópicos discursivos estructurantes, los cuales hacen que el discurso político sea verosímil, hegemónico y performativo. Asimismo, desde el enunciado y los componentes, se reconoce e identifica a los sentidos, efectos y significados que adquieren los sujetos. Desde la enunciación, se identifican las marcas que dan cuenta de quién es el que me habla y desde qué lugar lo hace.

Es decir, la propuesta de la enunciación ayuda a comprender y complejizar los discursos políticos de una época determinada. También, a observar cómo los mismos son un soporte que evidencia diferencias entre los contextos nacionales y locales en los cuales el discurso político circula y es objeto de múltiples interrogantes que lo sitúan en el terreno del análisis, la explicación, la pregunta. En estos terrenos, estas lecturas que recuperan a Pierce desde sus raíces genealógicas (1986) y a Saussure con el discurso (1945), exponen a diversos autores a múltiples lenguajes políticos que resignifican miradas de lo político, para esclarecer la gobernabilidad institucional.

3. Posibilidades de articulación teórico-metodológico

El capítulo reúne aportes desde una amplia bibliografía concerniente a las articulaciones provenientes de campos disciplinares diversos, poniendo de relieve un lugar especial en la imbricación del análisis del discurso. El análisis semiótico no mira un discurso político aislado, sino un campo discursivo en el que se dan relaciones de oposición, enfrentamiento inter-discursivos, con grillas de inteligibilidad receptivas en la sociedad. Este tipo de análisis busca dar cuenta de la configuración de los sujetos en el discurso, y de sus vínculos de alianza, interpelación, antagonismos, constitución y conformación de discursos verosímiles que propenden una configuración discursiva sobre otra.

Verón posibilita desde sus escritos sentar bases teóricas para plantear preguntas desde la discursividad y encontrar huellas en los discursos políticos. ¿Qué significante estructura el discurso desde la identidad política? ¿Cuál es la dimensión polémica y adversarial del discurso? ¿Cómo se configura el enemigo/adversario? ¿Cómo se establecen relaciones de refutabilidad y grillas de inteligibilidad que posibilitan leer discursos? ¿Cómo se resignifica la política como espacio legítimo de transformación y lucha? Estos interrogantes posibilitan pensar en tres ejes que contribuyen a leer un discurso político:

1. El sujeto se configura al interior del discurso; la identidad colectiva es simbólica, se inviste de mecanismos imaginarios y simbólicos que dan sentido e inteligibilidad a la acción.

2. En los discursos sociales se configuran las figuras de los sujetos, el nosotros y el otro negativo.
3. La dimensión polémica del discurso político predomina sobre la función de persuasión.

Estos, a su vez, dan la posibilidad de analizar a los discursos políticos desde su configuración, y tener en cuenta que existen otros discursos del mismo tipo con los que está en una relación de oposición o enfrentamiento, es decir, disputas por la verosimilitud. Hay una organización esencial en torno a la configuración de un Nosotros de identificación y de un Ellos, el Otro negativo.

La palabra al interior del discurso se presenta como producto de las interrelaciones entre quien es el emisor y quien es el receptor. En términos de Voloshinov: “la palabra es el puente construido entre el yo y el otro” (2009, p. 137). Desde luego, lo que se intenta esclarecer son expresiones y narrativas del discurso, como también saber cómo el mismo enuncia elementos dentro de otro enunciado, discurso sobre otro discurso, que incorpora y complementa el sentido y significado en su interior.

Conclusiones

«El pensamiento de Laclau ha tenido impactos caleidoscópicos.

En parte por la propia fertilidad epistemológica y política de sus articulaciones y propuestas, en parte por su propio ejercicio abierto y flexible de mentoría (formas de enseñar o quizá tan solo de ofrecer condiciones para aprendizajes que ya no son su responsabilidad sino del sujeto mismo que se apropia de ellas en el sentido de aprendizaje) y quizá también en parte por lo que su propio carisma atrae a jóvenes inquietos por otras posibilidades de imaginar el planeta»

(Rosa Nidia Buenfil Burgos y Zaira Navarrete Cazales, 2018)

Este libro analiza dos perspectivas teóricas en torno a los estudios sobre los discursos políticos y sus procesos históricos en las sociedades contemporáneas. La Teoría Política del Discurso de Ernesto Laclau y la Teoría de los Discursos Sociales de Eliseo Verón constituyen ámbitos de indagación de la ciencia política y la semiótica.

Se propuso entender a los discursos como un lugar investido de sentido y de significados, y recuperar en cada uno de ellos la evidencialidad, la performatividad, la búsqueda de un sujeto político y su representatividad. Al analizar discursos políticos se describen operaciones, entre ellas las marcas semánticas en su superficie textual, y se las entiende como huellas de las operaciones discursivas, las cuales remiten e identifican las condiciones de producción, reconocimiento y circulación del discurso en contextos sociales determinados.

Se reconoció la inherente dimensión relativa, parcial y contingente del conocimiento sobre el discurso político en Laclau y Verón. Ello implicó la necesidad de la reflexión crítica y el reconocimiento de las potencialidades en la reformulación que aloja su acervo teórico y metodológico. Involucró también formas de pensar la pluralidad de los sujetos políticos, la conflictividad, el antagonismo, la alteridad

y la mediación significativa entre los discursos sobre la construcción de las identidades políticas y la relevancia que adquiere la hegemonía para el territorio situado. Las estrategias más recurrentes del análisis del discurso, especialmente desde Verón con los dispositivos de la enunciación, brindaron la posibilidad de recuperar de los materiales de trabajo las significaciones de aquellas palabras que limitan lo decible, encontrando huellas discursivas que se materializan en condiciones de producción y condiciones de reconocimiento.

Por otra parte, las narrativas discursivas posibilitaron rastrear huellas en clave temporal para, posteriormente, unificar los ejes temáticos desde el lenguaje político y su significado. Es en el análisis teórico–metodológico donde decide la construcción de la matriz colectiva, disruptiva y su mixtura analítica a fin de recuperar categorías constitutivas del discurso político. Para Panizza (2009) estas interpelaciones en el plano político se materializan de diferentes modalidades, definiendo relaciones antagónicas que pueden ser desde políticas y/o económicas como de cualquier otra modalidad de manifestación, las cuales impiden aproximarse a su plenitud; rastros de un determinado contenido moldeado por el lenguaje y la historia política contemporánea.

Como epílogo, se exponen algunas de las aristas principales que se han desprendido de la literatura, intentando trascender la descripción lineal de los hechos y acontecimientos desde la comprensión procesual anclada en un escenario de interacciones múltiples. Se trata de discursos que dan sentido a las demandas sociales y que son garantes de variadas instancias institucionales no solo en sentido formal, sino también a partir del dinamismo adquirido por su carácter flexible.

Un primer eje relevante para la producción y reproducción del objeto de estudio sitúa a las narrativas políticas representando aquello que no puede visibilizarse. Se trazan puentes analíticos desde la articulación y convergencia de dos teorías que estudian el discurso político: la Teoría de la Hegemonía de Ernesto Laclau, indagando y profundizando en las lógicas de los procesos políticos, y la Teoría de los Discursos Sociales de Eliseo Verón, estudiando las materialidades discursivas. Ambas teorías comparten la perspectiva constructivista que posibilita leer un discurso reconociendo la tensión individual-colectiva en su constitución. Dichos autores plantean desafíos

metodológicos y epistemológicos para trazar mapas cartográficos, para leer la política y lo político desde el análisis del discurso. En esta línea de pensamiento, abordan el discurso no solo desde sus componentes significativos, recuperando las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de sentidos, sino también el modo mediante el cual se construyen los procesos y las lógicas políticas que les dan sentido a las demandas.

Siguiendo las dimensiones propuestas por Laclau, Aboy Carles y Rancière, la construcción de hegemonía(s), definidas como el ejercicio de universalizar demandas trascienden su propia particularidad, es siempre precaria, permanece en tensión entre lógicas de la equivalencia y la diferencia interpeladas desde una heterogeneidad constitutiva. Esta articulación da lugar a la disputa de ciertos sentidos y significados que se visibilizan desde los diferentes discursos gubernamentales que representan, en palabras de Rancière, a los irrepresentables.

De este modo, es posible encontrar en el análisis del discurso un segundo eje de encuentro. Éste presupone que el sentido, el significado y el efecto de las palabras son constitutivos de lo social. Coloca el acento en las fronteras políticas atravesadas por articulaciones y tensiones entre las lógicas de la equivalencia y la diferencia, las cuales se ubican en las coordenadas ideológicas del pasado reciente. De tal modo, se busca fortalecer un reservorio discursivo y significante vacío que interprete el presente.

Como correlato, es posible inferir dos supuestos paradigmáticos que ambas teorías comparten: inicialmente, parten de una crítica a la idea de una realidad objetiva. Esto se debe a que dicha realidad depende de las interpretaciones de los sujetos políticos en relación a las coyunturas que condicionan y transforman el contexto de emergencia de los discursos. Sostienen una forma latente y diferente de leer discursos. En segundo lugar, la lectura pragmática propuesta por Peirce y Saussure: reconocen que la realidad se encuentra atravesada por una multiplicidad de interpretaciones y representaciones de los hechos, acontecimientos y fenómenos. Las mencionadas perspectivas posibilitan demarcar en el terreno analítico algunos distanciamientos. Verón remite al contexto de producción, circulación y reconocimiento respectivamente, mientras que Laclau propone una

manera de leer el discurso de manera dinámica, flexible y abierta. Hay un exterior interpelante/constitutivo en la estructura discursiva.

Hallazgos y disrupciones en la trastienda de lo decible e indecible

El juego dialógico de rearticulación de narrativas aparece en los textos vinculado a la necesidad de develar categorías orientadas al análisis de los discursos políticos correspondientes a la política y lo político. De tal modo, se recupera el contexto situado que se expresa en los discursos. En Laclau, las formas de construir una discursividad política y, en Verón, el aspecto simbólico e intersubjetivo.

La categoría triple destinación propuesta por Verón contribuye a identificar sujetos y actores de tramas colectivas, colocando el acento en el contexto espacio temporal. Principio de lectura indispensable, donde los discursos problematizan espacios colectivos en los intersticios de voces visibilizadas e invisibilizadas. Al mismo tiempo, se busca analizar los discursos políticos en permanente articulación entre el texto y el contexto, reconociendo que sus abordajes son complejos porque muestran un entrecruzamiento entre las categorías que, inicialmente, se ponen en diálogo y, luego, en tensión. De allí, que este libro no busca respuestas absolutas para la confección de discursos políticos sino más bien interpelar a los sujetos y a los actores.

En un contexto de profundas transformaciones asociadas a la globalización, la mediatización, la pluralidad de espacios como colectivos de identidades políticas, las voces adversativas reconocen tensiones, conflictos y antagonismos que operan en esa construcción discursiva. Especificar el lenguaje político de los sujetos y sus actores, implica trascender la pertenencia a un territorio como condición inherente, colocando el acento en las posiciones y disputas políticas.

Los lenguajes políticos se explicitan a través de los discursos que circulan como narrativas indisociables. Es decir, no existen discursos descontextualizados, como tampoco discursos aislados, son textos con características hegemónicas y performativas. Está claro que la discursividad política no es menos compleja y, por lo tanto, requiere de marcos conceptuales y herramientas metodológicas para su análisis.

Consciente de que todo análisis del discurso político implica el posicionamiento del investigador en cuanto a las aristas analizadas, se ha emprendido el estudio desde una perspectiva posfundamento que intenta recuperar la verosimilitud hegemónica de la relativa estructuralidad en la cual los bordes de lo político y la política se encuentran ideológicamente desde el lenguaje, las palabras y sus sentidos, como un recurso para (re)construir y consolidar una posición hegemónica. En este sentido, los análisis que se realizaron se revelan como herramientas metodológicas para trabajar lógicas políticas y materialidades discursivas, como también su posibilidad de situar contextualmente a los diferentes actores sociales y a las voces invisibles al interior del territorio, sin pretender por ello agotar los significados que resultan de la articulación con las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de los enunciados.

Como se argumenta, los discursos cargados de sentido trazan fronteras y sus narrativas complejizan teórica y metodológicamente el carácter analítico, en relación a las condiciones de producción. En principio, remite a un problema específico del lenguaje: no hay lenguajes y narrativas objetivas, sino que evidencia performatividades. Por otra parte, se registran, a partir de ciertas etiquetas semánticas propias de los discursos, las representaciones y los sentidos de los lenguajes políticos.

Las voces polifónicas logran situarse como andamios entre lo decible y lo indecible. Hay experiencias y especificidades identitarias que contribuyen a su enunciación. Además de proponerse articular y trazar puentes analíticos entre la literatura de Verón y Laclau, el libro es una invitación a reconocer en los intersticios del lenguaje y en sus campos discursivos contingentes sus representaciones y significados.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, G. (2001). Las dos fronteras de la Democracia Argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Editorial HomoSapiens.
- Aboy Carlés, G. (2011). Los movimientos sociales y los estudios de identidades. En G. Di Marco, Movimientos sociales, identidades y ciudadanía. Buenos Aires: UNSAM, 1-8.
- Alemán, J. (2012). La subjetividad política del siglo XXI. En Barros, M., Dain, A. y Morales, V. Escritos K (pp. 9-12) Editorial EDUVIM
- Alemán, J. (2015). Laclau y la vocación por construir una ontología política. Revista Debates y Combates. Edición Homenaje a Ernesto Laclau, 1, pp. 79-89.
- Althusser, L. (1967). La Revolución teórica de Marx. México: Editorial Siglo Veintiuno.
- Althusser, L. (1984). Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Arévalo, L. (2012). Imputaciones de lo juvenil. Configuraciones de sentido acerca de la juventud en el discurso de la prensa. En Martínez, F. (Comp.), Lecturas del presente. Discurso, política, sociedad (pp. 91-108). Villa María: Editorial EDUVIM.
- Balsa, J. (2006). Las tres lógicas de la construcción de la Hegemonía. Revista THEOMAI (Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y desarrollo), 4), pp. 16-36. Recuperado de: <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtBalsa.pdf> (fecha de consulta: 22 de noviembre de 2015).
- Balsa, J. (2007). Hegemonías, sujetos y revolución pasiva. Revista CELA, Centro de estudios latinoamericanos (n.º 125), pp. 29-51. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Panama/cela/20120718101926/hegemonia2.pdf>. (fecha de consulta: 22 de noviembre de 2015).
- Balsa, J. (2011). Aspectos discursivos de la construcción de la Hegemonía. Revista Identidades, 1, pp. 70-90.
- Barros, S. (2002). Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991. Córdoba: Editorial Alción.
- Barthes, R. (1980). Mitologías. México: Editorial Siglo XXI.

- Biglieri, P. y Perelló, G. (2012). Los usos del psicoanálisis en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. Buenos Aires: Editorial GRAMA.
- Butler, J., Laclau, E., y Žizek, S. (2004). Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Critchley, S. y Marchart, O. (Comps.) (2008). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Ducrot, O. (1984). El decir y lo dicho. Buenos Aires: Editorial Hachette.
- Expósito, J. (2017). El marxismo inquieto. Sujeto, política y estructura en el capitalismo neoliberal. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Prometeo Libros.
- Fair, H. (2014). Lo ético-político en las democracias contemporáneas. Reflexiones críticas en torno al déficit normativo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. Revista CS Ética, Democracia y Sociedad, 13, pp. 20-46.
- Fair, H. (2014). Mitos y Creencias en torno a la teoría post-marxista de la hegemonía de Ernesto Laclau. Una hermenéutica sobre los estudios críticos. Revista Eikasía, pp. 125-138.
- Gramsci, A. (1967). La formación de los intelectuales. México: Editorial Grijalbo S.A.
- Gramsci, A. (2008). El Risorgimento. Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta.
- Grosso, A. (2009). Incondicionalidad y Particularismo en las identidades políticas en Argentina durante el Primer Peronismo. IV Coloquio de investigadores en Estudios del Discurso, I Jornadas Internacionales de Discurso e Interdisciplina. Córdoba.
- Howart, D. (2008). Hegemonía, subjetividad política y democracia radical. En Critchley, S. y Marchart, O. (Comp.) (2008). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra (pp. 317-343). Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (2015 [1973]). El Seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Laclau, E. (1996). Emancipación y Diferencia. Argentina: Editorial Ariel.
- Laclau, E. (2000). Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

- Laclau, E. (2005a). *Populismo. ¿Qué hay en el nombre?* Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2008). *Debates y Combates. Por un nuevo horizonte de la política.* Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad.* Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2015 [1978]). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo.* Madrid: Editorial Siglo Veintiuno.
- Laclau, E. y Mouffe, C. H. (2011 [1987]). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia.* Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau.* Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Marramao, G. (2015). *Conflicto, Populismo, Hegemonía. La democracia radical de Ernesto Laclau.* Revista debates y combates: edición homenaje a Ernesto Laclau, 2, pp. 63-70.
- Mouffe, C. (2000). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea.* Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Mouffe, C. (2014). *Agonística. Pensar el mundo políticamente.* Buenos Aires, Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz, M. A. y Retamozo, M. (2008). *Hegemonía y discurso en la Argentina Contemporánea. Efectos políticos de los usos de pueblo en la retórica de Néstor Kirchner.* Revista Perfiles Latinoamericanos, pp. 121-149.
- Panizza, F. (Comp.) (2009). *El populismo como espejo de la Democracia.* Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, J. (2007). *El Desacuerdo. Política y Filosofía.* Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Rancière, J. (2007a). *En los bordes de lo político.* Buenos Aires: Editorial La Cebra.
- Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político.* España: Editorial Alianza.
- Stavrakakis, Y. (2007). *Lacan y lo político.* Buenos Aires: Editorial Prometeo.

Stavrakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Vergalito, S. (2016). *Laclau y lo político*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Prometeo.

Bibliografía referida al análisis del discurso

Adelstein, A. (1996). *Enunciación y crónica periodística*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Ars.

Aguilar, H., Moyano, M. (Comp.) (2009). *Sentido y Performatividad. Aportes teóricos y desarrollos sobre la construcción discursiva de la identidad*. Río Cuarto: Universidad Nacional de Río Cuarto.

Angenot, M. (1998). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Argentina: Editorial Universidad Nacional de Córdoba.

Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos entre lo decible y lo pensable*. Argentina: Editorial Siglo Veintiuno.

Arfuch, L. (1987a). Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983. En E. Verón y otros, *El Discurso Político. Lenguajes y Acontecimientos* (pp. 27-52). Buenos Aires, Argentina: Editorial Hachette.

Arnoux, E. (2006). *Análisis del Discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Santiagos Arcos.

Arnoux, E. (2008). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Editorial Biblos. Ciencias del Lenguaje.

Auge, M. (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Austin, J. L. (1995). *Cómo hacer cosas con palabras*.

Bajtín, M. (1988 [1979]). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal*. México: Editorial Siglo Veintiuno.

Buenfil Burgos, R. N. (2005). *Adiós a Derrida*. En Martínez de la Escalera, A. M. (Ed.) (2005). *Adiós a Derrida*. México: Universidad Autónoma de México.

Buenfil Burgos, R. N. (2008). *La categoría intermedia*. En O. C. Pineda y L. Echavarría Canto (Coords.), *Investigación Social: Herramientas teóricas*

- y Análisis Político de Discurso (pp. 29-40). México: Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación, Casa Juan Pablos.
- Buenfil Burgos, R. N. y Navarrete Cazales, Z. (2018). Ernesto Laclau: Apropiaciones, debates y diseminación de su pensamiento en Latinoamérica. México: Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación, Editorial Plaza y Valdes.
- Calsamiglia, H. y Tusón, A. (2015). Las cosas del decir. Manual de Análisis del Discurso. España: Editorial Ariel.
- Contursi, M. E. y Ferro, F. (2000). La narración. Usos y Teorías. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (2005). Diccionario de Análisis del Discurso. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Díaz, M. (2011). La palabra y la acción: la máquina de enunciación k. Villa María, Argentina: Editorial Eduvim.
- Fair, H. (2008). Laclau y Verón: discusiones teóricas y contribuciones para la praxis en dos teorías del discurso. Revista anual de la Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas – INCIHUSA (n.º 10), pp. 9-24.
- Fair, H. (2016). Análisis político del discurso de Ernesto Laclau: una propuesta para la investigación social transdisciplinaria. Revista de Ciencias Sociales, pp. 199-226. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica de Ecuador. Quito, Ecuador.
- Fairclough, N. (2005). Análisis crítico del discurso. Reino Unido: Lancaster University.
- Fernández Massara, B. (2015). Encuentros teóricos entre Ernesto Laclau y Eliseo Verón: el problema del discurso político. Kairos. Revista de Temas Sociales (n.º 36), pp. 74-94. Universidad Nacional de San Luis. San Luis, Argentina.
- Foucault, M. (2005 [1969]). La Arqueología del saber. Buenos Aires, Argentina: Editorial Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (2008 [1970]). El orden del Discurso. Buenos Aires, Argentina: Editorial Fabula Tusques.
- García Negroni, M. M. (2016). Discurso Político, contradestinyación indirecta y puntos de vista equivalenciales. La multidestinyación en el discurso político revisada. Revista Aled (n.º 16), pp. 37-59.

- García Negroni, M. M. (Coord.) (2015). Sujeto(s), alteridad y polifonía. Acerca de la subjetividad en el lenguaje y en el discurso. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ampersand.
- García Negroni, M. M. y Tordesillas Colado, M. (2001). La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía. España: Editorial Gredos.
- Gindin, I. L. (2019) Mi aparente fragilidad. La identidad política en el discurso de Cristina Fernández de Kirchner: 2007-2011. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Prometeo Libros.
- Goldman, N. (1989). El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina: Editorial Hachette.
- Granja Castro, J. (2003). Miradas a lo educativo. Exploraciones en los límites. México: Editorial Plaza y Valdes y Sade.
- Grosso, A. (2009). Los dos príncipes Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María, Argentina: Editorial Eduvim.
- Howart, D. (1995). La Teoría del Discurso. En D. Marsh y G. Stoker (Ed.), Teoría y Métodos de la Ciencia Política (pp. 125-142). Madrid, España: Editorial Alianza.
- Howart, D. (2005). Aplicando la Teoría del Discurso: el Método de la Articulación. Revista Studia Politicae (n.º 5), pp. 37-88.
- Kerbrat - Orecchioni, C. (1997). La grilla enfrentada al corpus. En La Enunciación de la subjetividad del lenguaje. Editorial Hachette.
- Laclau, E. (1993). Discurso. En R. Goodin y P. Pettit (Ed.), The Blackwell Companion to Contemporary Political Thought [traducción de Saur, D. G., revisión de Buenfil, N.] (pp. 7-18). The Australian National University, Philosophy Program.
- Laclau, E. (2002). Misticismo, retórica y política. Buenos Aires, Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005). La Razón Populista. Buenos Aires, Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Maingueneau, D. (1980). Introducción a los métodos de análisis de discurso. Problemas y Perspectivas. Buenos Aires, Argentina: Editorial Hachette.
- Martínez, F. (2011). Lecturas del presente. Discurso, Política, Sociedad. Villa María, Argentina: Editorial Eduvim.

- Montero, A. S. (2009). Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso Kirchnerista (Argentina, 2003-2007). *Revista Discurso y Sociedad*, volumen 3, pp. 316-347.
- Montero, A. S. (2012). ¡Y al final volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007). Buenos Aires, Argentina: Editorial Prometeo.
- Montero, A. S. (2016). El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias. Buenos Aires, Argentina: Editorial Prometeo.
- Peirce, C. S. (1986). La ciencia de la semiótica. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.
- Preatoni, B. (2009). La construcción del otro negativo en el discurso kirchnerista. *Clarín, el adversario ideal. Ley de medios y resurrección. La trama de la comunicación*, volumen 15, pp. 41-55.
- Retamozo, M. y Fernández, M. (2010). Discurso Político e Identidades políticas: producción, articulación y recepción en las obras de Eliseo Verón y Ernesto Laclau. *Cuadernos de H. Ideas*, volumen 4 (n.º 4). Recuperado de: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/index> (fecha de consulta: 21 de noviembre de 2015).
- Saur, D. (2016). Desnaturalización y gramáticas. Aportes para una discusión sobre Análisis Político de Discurso. XI Encuentro de Análisis Político de Discurso e Investigación. Universidad Pedagógica Nacional. México.
- Saur, D. (2018). Ernesto Laclau y Eliseo Verón: espacios compartidos, diálogos posibles, tensiones, divergencias. *Fermentario*, volumen 1 (n.º 12). Recuperado de: www.fe.unicamp.br (fecha de consulta: 6 de agosto de 2018).
- Saur, D. (2018a). Ernesto Laclau, una lectura biográfico-teórica. En R. N. Buenfil Burgos y Navarrete Cazales, Z. (Coord.), *Ernesto Laclau: Apropiaciones, debates y diseminación de su pensamiento en Latinoamérica* (pp. 25-32). México: Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación: Editorial Plaza y Valdes.
- Saussure, F. (1945). *Curso de lingüística general*. Editorial Losada.
- Sigal, S. y Verón, E. (2010). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Eudeba.
- Van Dijk, T. (2009). *Discurso y poder*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Verón, E. (1968). *Conducta, estructura y comunicación*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Jorge Álvarez.

- Verón, E. (1974). *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de Sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Verón, E. (1980). *Discurso, poder, poder del discurso*. En *Anais do Primer Colóquio de Semiótica*. Loyola. Río de Janeiro, Brasil.
- Verón, E. (1983). *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Island*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Gedisa.
- Verón, E. (1985). *El análisis del contrato de lectura. Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media*. *Les Medias: Experiences, recherches actuelles, applications*, IREP. París, Francia.
- Verón, E. (1987). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Editorial Gedisa.
- Verón, E. (1987a). *El Discurso Político. Lenguaje y Acontecimientos*. Editorial Hachette.
- Verón, E. (1995). *Semiosis de lo ideológico y del poder*. *Revista Communications* (n.º 28), pp. 43-51.
- Verón, E. (2001). *El cuerpo de las imágenes*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Grupo Editorial Norma.
- Verón, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Gedisa.
- Verón, E. (2011). *Papeles en el tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- Verón, E. (2013). *La semiosis social 2. Ideas, Momentos, Interpretantes*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- Vitale, A. (2004). *El estudio de los signos. Peirce y Saussure*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Eudeba.
- Wittgenstein, L. (1999). *Investigaciones Filosóficas. Grandes obras del pensamiento contemporáneo*: Ediciones Altaya S.A.
- Zizek, S. (2004). *Más allá del análisis del Discurso*. En E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 257-267). Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.

Bibliografía de publicaciones y comunicaciones científicas producidas y vinculadas con la investigación

- Bridarolli, I. A. y Reynoso, C. A. (2018). Lenguajes y actores políticos emergentes en la cartografía territorial. Fundación ICALA. XXIII Jornadas Internacionales Interdisciplinarias Río Cuarto [ISBN: 978 987 1318 38 4] (pp. 31-34). Crisis de la Democracia. Desafíos para América Latina. Michelini, D., Pérez Zavala, G., y Galetto, M. N. (Eds.) [Comité evaluador]
- Bridarolli, I. A. y Reynoso, C. A. (2017). Indicios: Reflexiones en torno a la ciudadanía, el territorio e identidades políticas en contextos locales. III Congreso Internacional Nuevos Horizontes de Iberoamérica. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina. Sitio web: <https://congresonuevoshorizontes.weebly.com/resumenes/III-Congresonuevoshorizontes>. (fecha de consulta: 23 de agosto de 2018).
- Bridarolli, I. A. y Reynoso, C. A. (2016). Narrativas discursivas e identidades políticas territoriales. Delineando marcos teóricos – metodológicos. VIII Congreso Internacional de CEISAL “Tiempos posthegemonicos: sociedad, cultura y política en América Latina”. Salamanca, España.
- Bridarolli, I. A. (2016). Laberintos entre laclausianos y veronianos, en clave de lectura retrospectiva metodológica. V Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales [ISSN 2408 3976]. Facultad de Ciencias Política y Sociales y la red Latinoamericana de metodología de las Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina. Sitio web: <http://elmecs.fahce.unlp.edu.ar>.
- Bridarolli, I. A. (2015). (Re)construcción política identitaria desde la discursividad local. En M. Vargas Aguirre, C. Basconzuelo, M. V. Quiroga y J. D. Buelvas (Comps.), Colección e-200 Internacional del Conocimiento: Territorio y Prácticas socio-culturales en debate. Aportes desde América latina (pp. 164-180). Universidad de Santiago de Chile (USACH).
- Bridarolli, I. A. (2015b). Las marcas de la enunciación y los destinatarios en la territorialidad local. Un estudio de casos sobre discursos municipales de la ciudad de Río Cuarto (2008-2016). III Encuentro de las Ciencias Humanas y Tecnológicas para la integración de la América Latina y el Caribe – Internacional del Conocimiento: Diálogos en Nuestra América [ISSN 2238-0078. 2015] (pp. 3359-3378). Goiânia, Goiás, Brasil. Recuperado de: <http://www.dialogosenmercosur.org/Simposio%2049a.pdf>.

- Bridarolli, I. A. (2015a). (Re)lecturas identitarias en clave política desde la territorialidad local. XII Congreso nacional de Ciencia Política. La política en balance. Debates y desafíos regionales. Sociedad Argentina de Análisis Político. Mendoza, Argentina. Libro PDF [ISBN 978 987 26929 4 0]. Recuperado de: <http://www.congreso.saap.org.ar/files/ponencias-saap/descarga.html>; <http://www.congreso.saap.org.ar/files/ponencias-saap/ponencias.html>
- Bridarolli, I. A. (2013). Lecturas en torno a las modalidades de enunciación del Diario Puntal de la ciudad de Río Cuarto. Una mirada desde la enunciación del semiólogo Eliseo Verón. Revista de Divulgación Académico - Científica del Departamento de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales Perspectivas, volumen 1, pp. 113-129.
- Bridarolli, I. A. (2009). Una mirada hacia el Concejo deliberante de la ciudad de Río Cuarto. Estilos y prácticas en el ámbito legislativo [Tesis de Maestría]. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto, Argentina.

Intersticios

Abordajes teóricos y metodológicos sobre las obras de Ernesto Laclau y Eliseo Verón desde el análisis del discurso político

Ivana Andrea Bridarolli



El presente libro tiene la pretensión de estudiar en las obras de Ernesto Laclau (1985) y de Eliseo Verón (1987) categorías teóricas que posibilitan analizar la discursividad política vinculada con el análisis del discurso político. Propone dar cuenta de tópicos que permiten reflexionar sobre una organización general de cómo es posible, metodológicamente, leer discursos políticos. En este contexto de intersecciones interdisciplinarias, problematizar la discursividad política orienta la lectura en buscar diálogos entre los pensadores acerca del discurso político. Tanto Laclau como Verón consideran que el discurso adquiere sentido social y nada se encuentra fuera de la significación. Hay acuerdos entre ambos pensadores sobre cómo entender el discurso político. Laclau recupera la lógica de los procesos políticos adentrándose en las materialidades discursivas, para dar cuenta de actores sociales y políticos que trastocan bordes y contornos entre las articulaciones políticas y la gobernabilidad institucional; Verón, por su parte, analiza las condiciones de producción y reconocimiento que circulan y producen representaciones políticas y sociales como modalidades significativas de entender el discurso.

Colección
C*G+U
Académico-Científica

ISBN 978-987-688-537-9



9 789876 885379

UniRío | 10 años
editora



Universidad Nacional
de Río Cuarto
Secretaría Académica

